desInformémonos
periodismo de abajo

BRIGADA CALLEJERA DE APOYO A LA MUJER "ELISA MARTÍNEZ", A.C.

PUTAS, **ACTIVISTAS** Y PERIODISTAS



PUTAS, ACTIVISTAS Y PERIODISTAS

EDICIÓN: GLORIA MUÑOZ RAMÍREZ Y KRIZNA (DAVID AVENDAÑO MENDOZA)
ENTREVISTAS: TALLER DE PERIODISMO DE ABAJO AQUILES BAEZA

PUTAS,
ACTIVISTAS Y
PERIODISTAS

Putas, activistas y periodistas

Primera edición, enero 2018

Diseño: Mireya Guerrero Cercós
Corrección de estilo: Héctor Peña Holguín
Asistente editorial: Delia Fernanda Peralta Muñoz
Fotografía de portada: Ricardo Ramírez Arriola

Impreso en México / Printed in Mexico.

PUTAS, **ACTIVISTAS** Y PERIODISTAS

desInformémonos
periodismo de abajo



BRIGADA CALLEJERA DE APOYO A LA MUJER “ELISA MARTÍNEZ”, A.C.

ÍNDICE

Putas, activistas y periodistas. ¿Por qué lo hicimos?	**8**
Desinformémonos, un aliado	**22**
De la calle. 16 testimonios	**24**
1. Libertad	24
2. Marilyn	32
3. Flor	44
4. Amanda	56
5. Nancy	60
6. Berenice	68
7. Renata	72
8. Rubí	78
9. Magnolia	82
10. Kenia	88
11. Viridiana	94
12. Xóchitl	98
13. Miroslava	108
14. Salomé	116
15. Alessa	126
16. Margarita	142
Nosotras	**155**
Krizna	156
Beatriz	164
Mérida	170
Sandra	178
Soledad	186

PUTAS,
ACTIVISTAS Y
PERIODISTAS

¿POR QUÉ LO HICIMOS?

El taller

Quizás ya no tenemos tan claro el momento en el que inició todo. Sabemos que a mediados del año 2009. El proyecto de *Desinformémonos* estaba naciendo. Me recuerdo en un autobús repleto de trabajadoras sexuales rumbo a Tlaxcala. De 40 personas, sólo tres no ejercíamos el oficio. Iba sentada junto a Elizabeth, una joven trabajadora sexual que, igual que yo, era la primera vez que acudía a un Encuentro Nacional de Trabajadoras Sexuales. Dormimos juntas. No, no dormimos. Platicamos toda la noche. Yo terminaba una relación y estaba en duelo. No tenía ganas de entrevistarla, sólo quería platicar. Ella me escuchó, platicó de sus relaciones y terminó consolándome.

Elvira Madrid no se tomó la molestia de devolverme la sonrisa. Su atención estaba con sus compañeras, quienes no, paraban de abrazarla. De mí sabía poco y lo que sabía no la conmovía. "Si viene de Chiapas o no es cosa de ella. Aquí no la conocemos", decía. Su desconfianza tiene fondo. Decenas de antropólogos, sociólogos, periodistas, médicos, fotógrafos, trabajadoras sociales y documentalistas se han acercado a la Brigada Callejera, "pero pocos se quedan". Algunos, dice, "se llevan lo que pueden de información, otros tratan de 'salvar' a las chicas, otros sólo quieren hacer su tesis o reportaje, pero no devuelven nada. Y otros, sí, otros traicionan".

"No es fácil trabajar con putas", coinciden Elvira, Rosa Icela Madrid y Jaime Montejo, los fundadores de Brigada Callejera de Apoyo a la Mujer "Elisa Martínez", A.C. Y en efecto, no es fácil. Pero no por ellas, sino por los prejuicios y consignas con las que nos acercamos a su trabajo. Es viejo el debate entre la reivindicación de su trabajo en condiciones dignas versus el abolicionismo que proclama su desaparición. Desde algunas "izquierdas" y feminismos parece más fácil exigir la extinción por decreto de "algo" que puede considerarse todo menos trabajo. Tratar de entender las causas estructurales que llevan a miles de mujeres y trans a refugiarse en este oficio, acompañarlas, escucharlas sin tratar de salvarlas y luchar junto a ellas por sus derechos, es más complejo y está lleno de matices. Y por ahí empieza el aprendizaje.

Putas, activistas y periodistas. Eso somos. Aprendimos a nombrarnos y a reconocernos. Nos sabemos dignas en nuestros oficios y en nuestras luchas. No apelamos a la objetividad, tan manoseada en estos tiempos. Ni víctimas ni victimarias, ni tratantes ni objetos de trata. Sujetos sí, de nuestra propia historia.

"Escribe un libro sobre nosotras", propusieron después de un tiempo de conocernos. "No", fue la respuesta llena de miedo. La descomunal ignorancia sobre sus calles y quehaceres no permitía otra respuesta. No se trataba de entrevistar y transcribir, sino de intentar otra cosa. Ninguna recuerda quién soltó la propuesta de iniciar un taller de periodismo para que ellas mismas contaran su historia, redactaran sus denuncias y escribieran su libro.

Empezamos el taller en una casa de trabajo que la Brigada Callejera tenía en la calle Mapimí, en la colonia Valle Gómez, barrio bravo del centro de la Ciudad de México. Unas cuantas sillas y un pequeño pizarrón en el patio hicieron de aula



Somos trabajadoras sexuales, somos activistas y queremos ser periodistas para poder contar nuestras batallas, nuestras guerras, nuestros sueños. Queremos decirle a la gente ‘éstas somos nosotras‘, sin depender de nadie.



durante las primeras sesiones. Yo, lo confieso, no estaba segura de nada. Ahora sé que ellas tampoco. ¿A dónde iría a parar con un taller de redacción periodística un grupo diverso de trabajadoras sexuales y los equipos de Brigada Callejera y *Desinformémonos*?

¿Qué es el periodismo? Fue la primera pregunta. Tardamos en resolverla alrededor de seis sesiones. La respuesta de ellas estaba vinculada a la prostitución de la información, la manipulación, el amarillismo, la discriminación, el “chayo”, la enajenación y la mentira. Y, por lo tanto, los periodistas éramos manipuladores, vendidos y mentirosos. Por lo menos.

“¿Entonces por qué quieren ser periodistas? Este es un taller de peridismo y no podemos empezar si ustedes desprecian tanto este oficio”, cuestioné. Construimos entonces las respuestas del “otro periodismo”. Es decir, lo que queríamos hacer con la nueva herramienta que se nos acercaba.

“Queremos decir nuestra verdad. Queremos ser tratadas con respeto. Queremos que nos escuchen. Queremos que no nos discriminen. Queremos que se hable de nuestros derechos”, fueron las primeras respuestas a “por qué queremos seremos ser periodistas”. Si no podíamos cambiar el trato que nos dan desde los grandes medios, entonces nos formaríamos como periodistas y lo contaríamos nosotras.

Empezamos a reunirnos los lunes a las 10 de la mañana. Nadie llegaba puntual y yo me exhasperaba. Después cambiamos a las 12 del día. Y pasaba lo mismo. Un día me atreví a soltar un discurso sobre la disciplina, el respeto, la puntualidad y demás principios que marca el *establishment*. Nadie dijo nada. Un día Melisa llegó corriendo y con un ojo morado al taller. “Me acabo de madrear a un policía que me quería detener, pero llegué”. Otro día supe que Eli regresaba de visitar a sus hijas en Veracruz, o que Mérida había trabajado toda la noche, o que Montserrat estaba en el hospital, o que Elvira y Jaime venían de reconocer el cuerpo de una compañera para impedir que se lo llevaran a la fosa común, previo paso por una funeraria que les dona los ataúdes. Fui tomando las lecciones en silencio. El taller se pasó a los martes a las tres de la tarde. Y todas, en la medida de lo posible, empezamos a cumplir.

Nos tomó seis meses responder a las preguntas ¿quiénes somos?, ¿qué queremos?, ¿para qué lo queremos?, ¿cómo lo vamos a hacer?, todas inspiradas en la organización zapatista que plan-

tea el principio de caminar preguntando. Y así lo hicimos.

Somos trabajadoras sexuales, somos activistas y queremos ser periodistas para "poder contar nuestras batallas, nuestras guerras, nuestros sueños". Queremos decirle a la gente "éstas somos nosotras" sin depender de nadie.

Vinieron sesiones de catarsis. Empezamos por conocer nuestras historias para responder al quiénes somos y desde dónde queríamos iniciar este trabajo. "Cuando grupos, pueblos, colectivos y personas analizan su situación y se dan cuenta de que nunca se les ha reconocido su dignidad ni sus derechos y sus sueños, empiezan a organizarse y eso se llama rebeldía. Mientras, los otros empiezan a etiquetar a las personas con nombres insultantes y despectivos y a tratarlas como objetos", concluimos.

¿Qué es la prostitución? "Es la acción de vender los principios y la ética de un valor monetario", respondimos. Por eso no somos prostitutas. ¿Sexoservidoras? "Es estar dispuestas a que el amo nos tome en el momento en que se le antoje. A que nos use y nos tire". Tampoco somos sexoservidoras.

Somos trabajadoras sexuales porque ofrecemos un servicio sexual y recibimos una retribución económica por él. "Ejercemos este trabajo desde la libertad. No somos víctimas ni victimarias" y "vemos que ya es tiempo de gritar que somos libres de decidir sobre nuestros cuerpos, nuestra sexualidad y nuestro trabajo. No somos víctimas, o en todo caso lo somos de un sistema que va haciendo al rico más rico y al pobre más pobre…".

Las palabras "cansancio" y "depresión" fueron recurrentes cuando hablamos de cómo nos tratan los periodistas y los medios de comunicación. Aunque hemos aprendido a diferenciar, pues hay periodistas honestos que trabajan en medios que no lo son, pero luchan por sus espacios. "En general", escribimos en nuestras libretas, "hay muchos ejemplos de cómo los medios y su estructura hacen creer a la población situaciones irreales… Al campesino que lucha le dicen guerrillero, y a la trabajadora sexual prostituta o sexoservidora. Todo es amarillismo y nota roja. No hay espacio para nuestra verdad".

En nuestro andar "hemos visto cómo los medios de comunicación y periodistas están al servicio de los poderosos". Y, señalamos, "cuando se trata de nosotras desvirtúan una realidad para volverla amarillista, oscura, alarmista. De plano invisibilizan los hechos trascendentes de nuestra historia".

Por eso estamos aquí, "para contar nuestra historia. Para que cada verdad, cada situación, cada denuncia y cada evento sea conocido sin que interfieran intereses que puedan desviar lo importante".

El taller inició con diez compañeras, siete trabajadoras, entre mujeres y trans, y tres integrantes de la Brigada Callejera. Y, como el chorrito, se hacía grandote y se hacía chiquito. Luego de tres meses quisimos nombrarnos y en una sesión de albures y carcajadas nos decidimos por "Taller de periodismo comunitario Aquiles Baeza". Ahí nos reconocemos.

"La esquina es de quien la trabaja", dice una de las mantas con las que cada primero de mayo

marchamos para reivindicar nuestros derechos y rechazar a los explotadores. En el taller advertimos: “la nota es de quien la trabaja”, es decir, el oficio no lo da una carrera universitaria ni un título académico, sino, en todo caso, las ganas de hacerlo y la práctica. Y para eso nos prepararnos.

Partimos de que así como la política ha estado secuestrada por los políticos profesionales, el ejercicio periodístico lo ha estado por los medios de comunicación convencionales. Nuestra postura es que tanto la política como el periodismo pueden ser ejercidos desde abajo, por cualquier persona o colectivo que decida producir y difundir información con un objetivo social y, sobre todo, con una intención. La nuestra es clara: cambiar el mundo, empezando por “nuestro mundo”.

Las respuestas a nuestros “para qué” se perfilaron desde el principio en la prevención, defensa y lucha. Prevención de la trata de personas, de la explotación, de las enfermedades de transmisión sexual, de la violencia institucional, familiar y laboral. Defensa de la fuente de trabajo, de la salud y de todos nuestros derechos. Lucha contra la discriminación, las mentiras mediáticas, la falsa moral, la misoginia y la homofobia. Sí, para eso queríamos formarnos como periodistas. Y para eso escribimos este libro.

¿A quién queremos dirigir nuestro trabajo?, nos preguntamos, y en nuestra lluvia de ideas concluimos lo siguiente: en primer lugar a nuestras compañeras, organizadas o no. A mujeres que se identifiquen con nosotras, a padres de familia, a estudiantes de secundaria, preparatoria y universidades, a las autoridades, a los municipios productores de padrotes, al público en general que se interese por nosotras.

¿Cómo hacerlo? Vertimos durante muchas sesiones nuestras ideas y enfoques del taller. Quedamos en utilizar herramientas del periodismo para entrevistar a compañeras trabajadoras y que ellas fueran las que, con sus historias, nos ayudaran a cumplir el objetivo. Acordamos entrevistar a nuestras compañeras respetando el anonimato o el pseudónimo de quienes por cuestiones de seguridad o familiares no pudieran decir su nombre real. Y, lo más importante, insistimos en que, siendo reporteras, nos relacionaríamos con nuestras entrevistadas como nos gustaría que se relacionaran con nosotras los periodistas convencionales, es decir, con respeto y dignidad, de igual a igual, pues somos las mismas.

Nuestro resultado, sin duda, sería diferente al de cualquier periodista. No nos entrevistaríamos entre nosotras, las del taller con las del taller, sino que invitaríamos a compañeras mujeres y trans a participar como entrevistadas, previa explicación de quiénes somos y para qué queríamos su testimonio.

El siguiente paso fue armar un cuestionario para las diferentes entrevistas, con bloques de preguntas que cubrieran los objetivos que nos planteamos. Aproximadamente seis meses nos llevó idear el cuestionario. Cada pregunta era respondida por quien la proponía para argumentar su viabilidad, de tal manera que las historias de cada una de las talleristas se fueron deshilvanando en el taller durante meses.

El cuestionario base de nuestras entrevistas se compuso nada menos que de 20 bloques, 222 preguntas en total. ¡Una vida entera! Como coordinadora del taller intenté explicar que era

(36) ¿Como Nos han tratado los medios de comunicacion y los periodistas a las trabajador@s sexuales?

Borrador

Hay muchos ejemplos de como los medios y toda su estructura han hecho creer a la poblacion ~~tt~~ situaciones irreales, como que los campesinos tienen apoyo para sembrar, hay medicamentos y acceso a la salud para todos, en que el salario minimo es ~~equivalente a~~ congruente con la inflacion. ect. Sin embargo cuando ~~decimos la verdad~~ algunos de estos sectores o personas intentan "desinformar" lo que el "cuarto poder" va publicando falsedades ~~[illegible]~~ al campesino ~~se le~~ ~~trata com~~ lo vuelve machetero, al indigena ~~como~~ gerrillero a la trabajadora sexual prostituta mercenaria. y toda estas situaciones ~~nos ponen a~~ solo los merecemos como amarillismo y nota roja y quedar sin un espacio para decir la verdad Nuestra Verdad.

demasiado para una entrevista. Pero no hubo modo. Todas las preguntas tenían un objetivo, eran importantes y deberían incluirse en su libro.

Lloramos mucho, pero reímos más. También nos enojamos y hasta conatos de peleas a golpes se dieron. La realidad de las calles se introdujo al taller más de una vez y con ella lidiamos todo el tiempo. No faltó la ocasión en la que un cliente llamó a alguna tallerista para solicitarle un servicio. La compañera respondió su celular con naturalidad, pidió permiso para "salir un rato" y al cabo de una o dos horas se reincorporó a la clase. "Les traje regalitos", dijo contenta de habernos encontrado a su regreso: unos cerillos, un vaso y un cenicero del hotel.

Las 20 temáticas que abordamos con nuestras entrevistadas fueron las siguientes: datos generales, historia personal del inicio en el trabajo sexual, economía en el trabajo, relaciones sentimentales, vanidad y salud, la tercera edad en el trabajo sexual, explotación sexual, trata de personas, gobierno, policía y extorsión, los medios de comunicación (cómo los vemos y cómo nos ven), salud sexual y reproductiva, métodos anticonceptivos, violencia en el trabajo sexual, violencia y discriminación específica contra trans, trabajo sexual en iglesias, cárceles, oficinas de gobierno y cuarteles militares, alcoholismo y drogadicción en el trabajo sexual, vestuario y arreglo personal.

Llevábamos prácticamente un año de sesiones y aún no teníamos ni una sola clase de periodismo "formal", pero por aprendizaje no parábamos y, lo más importante, nuestras vidas empezaron a moverse. Eli, cuyas hijas pequeñas vivían en Veracruz, fue por ellas en vacaciones y las trajo al taller. Les dijo la verdad, o parte: ella estudiaba en México y sus hijas podrían comprobarlo. Por su parte Krizna decidió terminar la secundaria y luego la preparatoria abierta. Mérida empezó a escribir poesía. Y a mí se me olvidó el duelo.

Así empezamos nuestras sesiones de géneros periodísticos, en particular nota informativa y entrevista. El grado de formación académica era tan diverso como el número de participantes. Del segundo grado de primaria hasta la secundaria. Ninguna había usado nunca una computadora, tampoco una grabadora para una entrevista ni había transcrito nada. Había que empezar de cero.

Simultáneamente a las clases de qué, quién, cómo, cuándo, dónde y por qué, iniciamos talleres de computación, uso de la grabadora y cómo transcribir una entrevista. El esfuerzo fue descomunal, pues al mismo tiempo cada una ejercía su oficio y atendía sus quehaceres familiares. Fueron meses intensos que se fundieron con el entusiasmo de nuestras primeras entrevistas.

Se completaron también los perfiles de nuestras entrevistadas. Teníamos que invitar a compañeras no sólo dispuestas a participar en el libro, sino que además sus historias abarcaran algunos de los bloques temáticos de preguntas: víctimas de trata, con experiencias de alcoholismo y drogadicción, con VIH, con prácticas laborales en cárceles o cuarteles, de la tercera edad, con cirugías, con historias de violencia y discriminación. En realidad este abanico se cubría entre las propias talleristas, pero acordamos no entrevistarnos entre nosotras.

El taller cambió de sede varias veces. De la calle de Mapimí fuimos a la casa de Eli, en Tlalpan, y luego a la de Montserrat, en el Centro Histórico. Después llegamos a la sede de la Brigada Callejera, en la calle de Corregidora, y finalmente, cuando *Desinformémonos* tuvo un espacio de trabajo, el taller se mudó a la nueva oficina.

El principio de la autogestión rigió todo el taller. Nadie recibió un solo peso por su participación ni por impartirlo. No hubo fundaciones ni ONGs que lo financiaran ni compromisos de informes con nadie. Luego del primer año decidimos colocar un bote recaudador en el centro de la mesa en el que acordamos depositar una cooperación voluntaria para cada sesión, de entre 5 y 20 pesos por cinco horas de taller. Lo que se juntó, alrededor de 100 pesos, se utilizó para comprar agua y papel higiénico.

También acordamos llevar comida, pues muchas veces se nos juntó la hora de comer con la cena. Cada una llevó un platillo, fruta y botanas para compartir y a partir de ese momento la hora de la comida se convirtió en parte importante de la convivencia. Ahí nos platicamos más de nuestras vidas y corrieron los albures, la risa loca y las aguas frescas.

Poco a poco se fueron conformando los perfiles de las compañeras a las que entrevistaríamos. La dinámica pedagógica consistió en aprender con la práctica teniendo como eje nuestros objetivos y necesidades. Aprendimos las reglas básicas de la nota y entrevista, el uso de la computadora y grabadora y a transcribir, al tiempo que teníamos una trabajadora sexual invitada al taller para entrevistarla.

Durante las entrevistas, que fueron de una a cuatro sesiones cada una, entre nosotras nos observamos y corregimos y, al final, le pedimos a nuestra entrevistada que evaluara nuestro trabajo como reporteras. Su juicio es el que nos importó siempre. ¿Cómo te sentiste durante la entrevista?, ¿cómo sentiste las preguntas?, ¿qué piensas de nuestro trabajo como periodistas?, ¿qué consideras que nos falta?, ¿qué modificarías?, les preguntamos al final de cada sesión. Lo importante para nosotras era que, al ponernos del otro lado de la grabadora, lográramos el triple papel que nos propusimos: periodistas, activistas y tan trabajadoras sexuales como nuestras entrevistadas.

Nos tomó más de cuatro años completar las entrevistas. El taller se interrumpió por periodos, pero siempre lo retomamos donde nos quedamos hasta completar los perfiles que vislumbramos al inicio. Transcribir cada entrevista nos llevó meses de trabajo y en varias ocasiones se requirió del apoyo del equipo de reporteras de *Desinformémonos*.

En este libro presentamos 16 entrevistas realizadas a igual número de trabajadoras sexuales, tanto mujeres como trans. Son historias de violencia y de violaciones, descomposición familiar, trata y explotación, discriminación y extorsión, que involucran a la sociedad y a autoridades estatales y federales. Son testimonios de mujeres adultas y de la tercera edad, migrantes centroamericanas, transgénero, portadoras de VIH e indígenas que abren su corazón para hablar del amor, la soledad, el miedo, la vanidad y sus sueños. También de sus operaciones plásticas, la drogadicción, el alcoholismo y sus enfermedades.

Platican también cómo opera la prostitución en las cárceles o en los cuarteles y, con valentía, ofrecen su testimonio sobre la trata tanto en la Ciudad de México como en el interior del país. ¿Cómo se mueve un padrote?, ¿cómo viste?, ¿qué ofrece?, ¿cómo les habla? Las respuestas tienen un objetivo muy claro: prevenir a otras, meta también de este libro que no niega la existencia de la explotación y trata, pero advierte que no todas son víctimas y que hay quienes asumen la decisión y consecuencias de su trabajo.

Después de tener los testimonios y sus transcripciones (previas clases de computación), vino la etapa de edición. La dinámica consistió en leer en voz alta cada transcripción, mientras se corregían ortografía y puntuación. Se elegieron entradas y se buscó armonía narrativa, ritmo, secuencias y coherencia en cada entrevista. Acordamos el formato de testimonio en primera persona, de tal manera que las respuestas a más de 150 preguntas que se hicieron por trabajadora se fueron ensamblando como piezas de un rompecabezas con las propuestas de cada tallerista.

Quedamos de respetar el lenguaje de cada entrevistada, la jerga particular y sus modismos, sin excluir un trabajo de edición que ofreciera un texto legible y fluido. Hubo limpieza de repeticiones, de excesos de groserías y palabras en doble sentido, además de una revisión final realizada por Brigada Callejera en la que se cuidó todo lo referente a la seguridad e integridad tanto de las entrevistadas como de las talleristas, pues, hay que decirlo, con su testimonio todas se juegan la vida.

Durante ocho años, con sus interrupciones, nos hemos mantenido juntas. Durante este tiempo el número de participantes cambió intermitentemente. Al final, cinco trabajadoras editaron este libro: Beatriz, Soledad, Mérida, Sandra y Krizna, además de Jaime, Rosa Icela y Elvira, del equipo de Brigada Callejera, y del equipo de Desinformémonos, de manera notable Ligia García, Fernanda Peralta y Adazahira Chávez.

En la etapa final decidimos incluir las historias de quienes participaron en el taller, mismas que por sí solas podrían conformar otro libro. Son tres mujeres y dos trans que vencieron su historia personal y se reconfiguraron. Todas putas, activistas y periodistas, frase acuñada por Krizna en una de las sesiones del taller. Entrevistarlas a ellas fue mi tarea y el resultado conforma el capítulo final.

Debemos las imágenes de esta publicación al acompañamiento solidario de grandes fotógrafos: Elsa Medina, Luis Jorge Gallegos, Ricardo Ramírez Arriola, Iván Castaneira y Ricardo Enrique Guerrero. Antes de convocarlos sostuvimos reuniones para definir lo que queríamos. No fue difícil acordar una lista de requerimientos para los fotógrafos participantes, partiendo de que éste es nuestro libro y queríamos ser retratadas, quizás por primera vez, poniendo las reglas del juego: dignidad, valentía, resistencia, lucha, belleza, fortaleza, sin amarillismo, en nuestra cotidianidad y en nuestro trabajo. Ella y ellos asumieron el reto y caminaron por los espacios de su intimidad y cotidianidad. Aclaramos que son las talleristas las que aparecen en las imágenes de esta publicación, pues por seguridad se decidió no tomar fotos de las entrevistadas.

Si un día nos representa en nuestras tres facetas es el primero de mayo. Ese día salimos a mar-

char por las calles del Centro Histórico y desembocamos en el Zócalo. Los contingentes organizados exigen respeto a sus derechos y reconocimiento. Las integrantes del taller Aquiles Baeza cargan cartulinas y marchan junto a sus compañeras. Una cinta en el antebrazo con la palabra "Prensa" las identifica como reporteras. Hacen entrevistas, toman fotos, recrean la movilización y, al terminar, se van a escribir. Más tarde a la esquina de alguna calle de esta ciudad oscura.

La Brigada Callejera

Si hay una imagen que retrata a Elvira Madrid es el momento en el que le arrebata la pistola a un policía que la amenaza, mientras otro encañona a Jaime Montejo, su compañero de vida y de lucha. "Lo sueltas o se los carga la verga", les dijo a los policías que no entendían de dónde le salía tanto coraje a esta mujer chaparrita con cara de luna llena. "Todos se abrieron y soltaron a Jaime cuando viene otro piquete de policías, y ahí sí supe que nos iban a matar. Vi una coladera destapada y eché la pistola para distraerlos. Unos se fueron por la pistola y otros contra nosotros. Nos dieron duro".

Ésta y muchas más experiencias han vivido Jaime Montejo y las hermanas Elvira y Rosa Icela Madrid en los bajos mundos de la Ciudad de México. Los tres fundadores de la Brigada Callejera de Apoyo a la Mujer "Elisa Martínez", A.C. recorren desde hace más de 20 años calles, prostíbulos, ministerios públicos, antros, hoteles, sanatorios, fosas comunes, callejones, zonas de tolerancia y demás sótanos en los que se mueve el trabajo sexual o a donde llegan las trabajadoras heridas, detenidas o muertas.

En aquella ocasión la policía se llevó a Jaime y a otro compañero. Elvira se levantó como pudo, tomó un taxi y se fue al Ministerio Público. "Les dije que quizá éramos nadie, pero que uno de los que detuvieron trabajaba en un lugar importante y que si no aparecía empezarían a llegar medios de comunicación. Dije que yo quería que aparecieran mis compañeros, que ya había hablado a mucha gente y que se iba a armar un desmadre. Me llevaron a una casa a la vuelta del Ministerio, sin rótulos ni nada, y ahí estaban los hijos de mierda que nos habían golpeado. Los que dirigieron el operativo me pidieron una disculpa, que había sido un error".

La historia de la Brigada Callejera inicia con una investigación universitaria que Elvira, Jaime y otros estudiantes realizaron para la clase del maestro Francisco A. Gomezjara, quien escribió un libro de sociología de la prostitución y era su profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

Así llegaron a La Merced, donde los primeros que se incomodaron con su presencia fueron las madrotas y padrotes que controlan la zona. "Vimos muchas cosas que no nos gustaban, se lo dijimos al maestro y él dijo que podía apoyar sólo con la investigación. Nosotros dijimos que entonces cómo íbamos a cambiar lo que veíamos. Total que de 25 estudiantes sólo nos quedamos cuatro. Y así empezamos a hacer el trabajo con las chicas".

Era la época de la propagación del VIH y el tiempo entre la vida estudiantil y el trabajo en La Merced no les alcanzaba. Por eso, cuando



terminaron la carrera, empezaron a dedicarle cuatro horas diarias. Las chicas empezaron a denunciar a doctores que abusaban de ellas y a funcionarios y policías que las extorsionaban. "Acordamos cada quien dar lo que quisiera o de tiempo completo, pero que se necesitaba preparar a gente para que conociera y defendiera sus derechos. Logramos meter a funcionarios a la cárcel, a padrotes y madrotas, y eso nos ganó el respeto de las compañeras, pues desconfiaban porque mucha gente las ha utilizado y engañado, y al ver que íbamos caminando juntas fue creciendo la confianza, al grado que llegamos a ser promotoras de salud".

La promoción del uso del condón se convirtió en prioridad. Las trabajadoras les solicitaron a los activistas que los distribuyeran ellos y que sacaran una línea propia. "No teníamos dinero ni la idea de cómo hacerlo y dijimos que no podíamos. Pero inisistieron en que lo intentáramos y empezamos a visitar empresas". Meses después nació "El Encanto", marca que con los años fueron perfeccionando hasta lograr un certificado de alta calidad.

El nombre de Brigada Callejera de Apoyo a la Mujer "Elisa Martínez" tiene la siguiente historia. Brigada lo tomaron de las brigadas del movimiento estudiantil de 1987 contra la imposición de cuotas en la UNAM, donde se organizaban grupos para informar y "nosotros queríamos lo mismo". Callejera "porque nos quedó claro que lo nuestro no es estar en una oficina, que los problemas están en la calle". De Apoyo, "porque no pensábamos resolver todo el asunto, sino apoyarnos unas y otras". De la Mujer, "porque fue con la principal población con la que empezamos a trabajar", aunque después llegarían las trans. Y el nombre de Elisa Martínez "es el de la primera chica que conocimos con VIH y murió, pero no por la enfermedad, sino por la discriminación que sufrió en el hospital por ser trabajadora sexual".

A la Brigada Callejera le ha tocado cuidarlas y, si mueren, vestirlas y enterrarlas. "Y eso te va haciendo más fuerte. El abuso de parte de la policía, la extorsión, la persecución no sólo a ellas, sino también a los clientes, son los principales atropellos en las calles". La Brigada ha visto y vivido los golpes, asesinatos, secuestros, violaciones y demás abusos contra ellas. Y, en ese contexto, los obstáculos y prohibiciones para organizarse, pues "las quieren como esclavas".

Son más de 20 años de organización, pero parece que todo lo ganado vuelve a empezar con la promulgación de la nueva Ley de Trata, "que no hace diferencia entre trabajo sexual y trata de personas". En eso están ahora. Ni víctimas ni victimarias, es la consigna.

Una de las líneas de trabajo principales de la Brigada es la salud, porque "aunque digan que es gratis y que todos tenemos derecho a ella, para las trabajadoras sexuales no es así. Nos toca exigir que se les atienda, y dignamente". Y otra área importante es la defensa del trabajo, "pues a veces cierran los negocios sin motivo, cuando hay intereses económicos, sobre todo en los centros históricos de toda la República".

La Brigada Callejera es parte fundadora de la Red Mexicana de Trabajo Sexual, estructura creada para que "se conozcan, se apoyen y defiendan entre ellas". Y enfrenten juntas la prevención de la trata de personas con fines de

explotación sexual, tema complejo y polémico, pues, lo tienen claro, "no todo es trabajo sexual ni todo es trata". Considerar que hay trabajadoras sexuales que han decidido esa opción laboral es una de las grandes batallas de la Brigada, situación y contexto rechazado por organizaciones feministas que tienen como bandera la abolición del trabajo sexual.

"Existen trabajadoras que están por su decisión, porque el gobierno no genera alternativas reales para sobrevivir. Eso es trabajo sexual. Pero hay quienes dicen que todo es trata, o como las abolicionistas, que quieren desaparecer este oficio, pero no hacen una diferencia y desde un escritorio quieren salvarlas", explica Elvira, quien vive en el ring defendiendo esta postura. "Yo me río", dice, porque con esa postura "presionan al gobierno para que haga operativos, pero no atacan las causas estructurales. Si tenemos identificados en qué municipios, en qué escuelas y en qué colonias está pasando esto, no creo que no puedan hacer un trabajo de prevención y protección".

Este es un debate internacional añejo, dice Elvira Madrid y, para ella, "tiene que ver con los financiamientos. Si llega un financiamiento para decir que todo es trabajo sexual, entonces todas dicen que es la libertad de las mujeres y que todo es trabajo sexual. Pero si llega un financiamiento que diga que vamos a combatir la trata, entonces todo se convierte en trata. Tengo compañeras que defendían nuestra causa, pero que ahora que hay dinero para el combate, ya se les olvidó".

No se trata, dice Elvira, "de desaparecer todo lo que es trabajo sexual y negocios del espectáculo o las zonas de tolerancia", pues con esta postura "lo que hacen es exponerlas más, pues las envían a lugares más inseguros, les cobran por supuesta protección y ya no las pueden sacar".

La postura de la Brigada Callejera es lograr mejores condiciones de trabajo y, en lugar de luchar por abolir el trabajo sexual, "organizarnos para denunciar la violación a los derechos de las trabajadoras, sobre todo en su relación con las autoridades, quienes amenazan su vida, las extorsionan y las encarcelan".

Zapatistas

La Brigada Callejera no se calla nada. Ni su historia, ni sus fobias, ni sus filias. Son prozapatistas, firmaron y se comprometieron con la Sexta Declaración de la Selva Lacandona y han participado en muchas de las iniciativas que nacen en el sureste mexicano. "Hubo un momento en que ya no creíamos en nadie y no veíamos para dónde. Las organizaciones estaban más del lado institucional. No empatábamos. Entendimos que lo que íbamos a hacer, lo haríamos solas, y en eso estábamos cuando escuchamos de los zapatistas, los conocimos y fuimos a ver sus clínicas, sus cooperativas de artesanías, de café, sus escuelas. Y dijimos, se puede. Ya no estamos solas".

La Brigada toca espacios institucionales pero no se ensucia. "No creemos en los partidos políticos ni en las elecciones. Hay gente que te encuentras con una visión diferente, pero estando en el poder eres o no eres. A los que no han accedido los matan o los corren. No podemos entrarle al juego si no creemos en eso. No votamos por nadie porque ya llegó gente de supuesta izquierda y no hizo nada".

Putas y periodistas

Por la Brigada Callejera han pasado decenas de medios de comunicación, pero "nos dimos cuenta de que cuando hablan de trabajo sexual es puro amarillismo. No hablan de cuántas mueren, cuántas asesinan y por qué. Nada más difunden lo que vende". Por eso crearon *NotiCalle*, una hojita tamaño carta para difundir sus denuncias contra funcionarios, delegados, doctores, padrotes y madrotas, "pero necesitábamos algo más, algo escrito por las propias trabajadoras", dice Elvira.

Entonces se encontraron con *Desinformémonos* y nació la idea del taller de periodismo para que ellas mismas pudieran contar sus historias. "A las compañeras les ha gustado mucho, aunque fue difícil al principio cumplir con que a tales días y tales horas, pues son mamás, trabajadoras, luchadoras sociales, tienen muchos papeles al mismo tiempo, pero conforme le fueron agarrando amor y querían ir a la siguiente clase, todo fue más fácil. Ahora saben cómo escribir una nota con su propia visión".

Son ellas, dice Elvira con orgullo, "las que hicieron todo el trabajo. Nadie puede decir que no, ellas fueron". Y fue justo la necesidad lo que las llevó a sentarse a redactar. "Hay mucho cambio ahora. Conforme iba avanzando el taller e iban viendo su importancia, se fueron disciplinando. Al principio costaba mucho juntarlas, pero después no. En realidad toda la gente que ha pisado Brigada ha cambiado. Nadie les dice que dejen de trabajar, sino que ellas, conforme van viendo que está jodida la situación y su vida, quieren terminar su escuela, construir su casa, vivir en otros lugares. Muchas han volado, se han casado, van creciendo como personas. Sube su autoestima". Y de eso se trata todo esto.

El trabajo que costó sentirnos entre iguales. Lo bueno es que nunca nos rajamos.

Gloria Muñoz Ramírez
Ciudad de México, diciembre de 2017

DESINFORMÉMONOS,
UN **ALIADO**

A lo largo de estos ocho años, el equipo de *Desinformémonos* se involucró con el taller de periodismo Aquiles Baeza en distintas etapas, desde la coordinación general a cargo de la periodista Gloria Muñoz Ramírez, hasta el apoyo en los talleres de computación, en las transcripciones y el apoyo logístico del resto del equipo. A partir del 2009, *Desinformémonos* y Brigada Callejera son organizaciones aliadas.

Aquí las palabras de Brigada Callejera:

Elvira Madrid Romero, presidenta y una de las fundadoras de la Brigada Callejera: *Desinformémonos* ha sido una mano hermana en el camino de Brigada Callejera y un altavoz en medio de la represión. Es un aliado por ser un medio libre que dice lo que realmente sucede en el contexto del trabajo sexual, ya que estamos en las mismas luchas sociales, las que nadie quiere ver y escuchar. Son compañeros y compañeras comprometidas con las luchas sociales del México empobrecido.

Jaime Alberto Montejo, promotor de salud y fundador de Brigada Callejera. *Desinformémonos* es un puño en alto que grita cada primero de mayo ¡respeto total al trabajo sexual! Se ha convertido en una parte sustantiva de nuestra seguridad al prestarnos su tribuna para denunciar acosos, atentados e intimidación. Es un pozo de agua en medio del desierto. Es una mano amiga de las trabajadoras sexuales que no se reconocen víctimas ni victimarias y es un apoyo para quienes promovemos la defensa del derecho a trabajar en el sexo. En conclusión, *Desinformémonos* ha mostrado el rostro oculto de la explotación sexual, la trata de personas, los abusos laborales y de la autoridad hacia nuestras compañeras trabajadoras sexuales, meseras, bailarinas y cocineras, mexicanas y migrantes, que luchan por un mundo donde el talón sea respetado.

Rosa Icela Madrid, fundadora y coordinadora de promoción y relaciones. *Desinformémonos* es un espacio que te invita a soltar la mano, escribir un suceso o actividad que te interese o te incomode. No se cuestionan los lenguajes o las formas, porque todos tenemos la finalidad de compartir con otras personas nuestras historias. Le da la voz a las mujeres que nadie quiere ver en las columnas más que en la nota roja. Es un espacio de dignificación y, lo chingón, es que es dirigido por una mujer, sensible, sencilla y estricta.

Ricardo Guerrero, coordinador de promotoras de salud. *Desinformémonos* es la contradicción consciente de la noticia. *Desinformémonos* recoge esas pequeñas voces que hacen mucho eco. Voces de pueblos guerreros. Voces de lucha. Voces de resistencia. Voces de solidaridad. Voces de naturaleza. Voces de dignidad. Voces de compañerismo. Voces que no se callan bajo el deslumbramiento del progreso. Voces de tradiciones. Voces de rabia. Voces de plenitud. Voces de esperanza. *Desinformémonos* es un digno eco de todos nosotros.

Arlen Palestina Pandal, coordinadora de asuntos jurídicos. *Desinformémonos* es un espacio que nos permite estar informados y da pauta a la reflexión. Es un medio libre que ha tenido fuerza en un país donde para algunos periodistas mentir es igual a trabajar. *Desinformémonos* es ese barco al que te subes y te hace reflexionar en temas que son peligrosos en estos tiempos.

1 LIBERTAD

En mi pueblo los niños sueñan que de grandes van a ser padrotes. Juegan a que tienen viejas y les dicen a otras niñas: "pónganse a trabajar".

Vivo en la Ciudad de México y ya no tengo ninguna relación con mis papás ni mis hermanos. Tengo dos hijos, una niña de cinco años que estudia y otro de tres. No saben cuál es mi trabajo y me llevo bien con ellos. Voy a regresar a mi pueblo, mi papá tiene a mi hijo, tengo que quitárselo. Él dice que si lo hago me va a castigar, que me va a meter a la cárcel porque es robo de infantes. No es un delito, no es un robo porque él es mi hijo.

Mi mamá ya tenía dos hijos cuando se juntó con mi papá. Él abusó de la más chica cuando ella tenía sólo 13 años. Yo lo vi. Una vez llegó tomado y la violó. Mi mamá trabajó 10 años en esto, también fue víctima de mi papá. Yo era muy chamaca, no sabía qué onda. En muchas ocasiones él le pegaba muy feo, no sabía por qué lo hacía. Fui creciendo y me di cuenta de cómo eran las cosas. Nunca le tuve miedo hasta que tuve a mi niña, porque la cuidaba él.

A los 19 años comencé en este trabajo. Llegué porque mi papá me obligó, me decía que no serviría en mi pueblo, que mejor viniera a trabajar de puta a la ciudad, que iba a hacer más dinero para tener bien a mis niños. Me dijo que buscara a las más grandes de edad porque ellas llevan más años trabajando en esto, que hablara con ellas y que les pidiera chance de trabajar, aunque les diera para sus dulces. Mi papá retuvo a mis hijos. Me dijo que tenía que trabajar para solventar los gastos de ellos y me exigió una cuota semanal. Comencé a mandarle mil 700 pesos a la semana, con mucho esfuerzo juntaba esa cantidad.

No fui feliz en mi infancia porque mis hermanos y yo nunca estuvimos con mi mamá. Ella era puro trabajar. Me llevaba bien con mis hermanos, pero con mi madrastra no. Ella nos pegaba con un cinturón o nos aventaba las cosas. Mi papá era puro salir con sus amigos y cada vez que llegaba de malas nos pegaba. Me sentía mal porque sólo consentía a sus otras hijas, pero a nosotros nadie nos dio amor. Cuando mi mamá llegaba a vernos nos trataba bien, nos daba juguetes, nos llevaba a la escuela y veíamos la tele junto a ella. Sentía muy bonito, pero casi no pasaba esto porque la veíamos cada mes o dos meses.

Ahora mis papás ya no viven juntos. Él tiene a mi niño y la niña está con mi mamá. Ella también me pide dinero para mi hija y le doy. Hace poco le dejé de dar a mi papá porque a mi hijo siempre lo tenía desnutrido. Lo tiene mugroso porque lo baña sólo dos veces al mes. La última

vez que fui a mi pueblo le pedí que me lo regresara, pero me dijo que no, que mejor le pusiera una sirvienta para cuidarlo. Se queja porque ya no puede hacerse cargo de él, pero me sigue pidiendo dinero.

Llevo un año en el *talón*. Me costó trabajo adaptarme porque algunas chavas me quitaban el dinero. Otra me empezó a cobrar piso, 200 pesos diarios. Me amenazaba con golpearme y aventarme a las demás para que también me pegaran si no le daba dinero. Yo estaba sola, me daba mucho miedo verla, incluso que se me acercara, por eso le comencé a dar. No sabía el movimiento, no sabía si era cierto todo lo que me decían. Jimena, una de mis amigas que lleva varios años trabajando en esto, me aconsejó que no le diera ni un peso. Me dijo que me iba a llevar a un lugar para que me ayudaran.

Todo un mes estuve así, después ya no quise darle más dinero y me pegó. No me dejé y le aventé a los policías para que me dejara en paz. Cuando la denuncié, las autoridades no me trataron mal, al contrario, me dieron su apoyo. Gracias a eso ya no me molesta, ni siquiera se va a parar a donde yo estoy. Los policías pasan a verme y me preguntan cómo estoy, que si necesito cualquier cosa, les hable para que se la lleven. Ella sigue explotando a más chicas y nadie la denuncia.

El papá de mis hijos tomaba y se drogaba. En mis dos embarazos no me daba de comer. Una vez me tiró de las escaleras, tuve un sangrado y no me atendí, aun así nacieron bien mis hijos. Sólo una vez aborté. Compré unas pastillas, me las recomendó un muchacho que trabajaba en la farmacia. Fue mi decisión, no quiero tener hijos con cada pareja que me junto. No quiero traerlos a sufrir, ya no estoy preparada y no quisiera tener otro bebé, con los que tengo es más que suficiente. No me he operado y por eso no dejo que mi actual pareja termine dentro de mí.

Me he enamorado sólo una vez. Lo conocí hace dos años en mi pueblo, él era servidor público. No me pega ni me exige nada, pero no le gusta mi trabajo, aunque sepa por qué lo hago. Quiere que sólo sea su mujer, no le gusta compartirme. Cuando descanso nos vamos al cine, a bailar, al tianguis, a comer. Nos vamos juntos, comemos juntos, vivimos juntos. Le cuento todo lo que me pasa en el trabajo y con cada cliente. Está al pendiente de mí.

Mi sueño es estar siempre con él, me gusta la forma en que me ama. Nunca había vivido esto, ni con mis padres. Mi relación sería perfecta si yo tuviera a mis hijos, me sentiría completa, me saldría de trabajar y formaría un hogar. No es lo mismo sin ellos. Al que más extraño es a mi niño, a veces es tanto que para no pensar en él me dan ganas de agarrar el vicio, de empezar a tomar, a drogarme. Tengo amistades que me invitan, me hago la fuerte y no lo hago. No quiero caer en esto, quiero ir por buen camino. Me quiero a mí misma.

Me pongo pantalón de mezclilla, una playerita y tenis o sandalias para trabajar. A la mayoría de mis clientes les atrae cómo visto. No quieren a una muy destapada, piensan que se pierde la curiosidad de saber cómo estará sin ropa. No me gusta pintarme las uñas, sólo lo hago cada dos o tres meses. Me tardo media hora en arreglarme y me gusta ponerme perfume. No he pensado en operarme o inyectarme el cuerpo

para lucir más bella o para tener más clientes. Estoy bien. Así soy feliz.

A los clientes les hablo bonito, les digo que se queden una hora más conmigo y lo hacen. Lo que gano me alcanza para mandarles a mis hijos, para la renta y comprarme mis cosas. Nunca me ha atraído algún cliente, a todos los trato igual. Tengo uno que sólo me paga para platicar, me dice que quiere conocerme y salir conmigo. Yo no siento nada, pero creo que soy importante para él. Eso me gusta, pero no voy a ceder. Los hombres sólo nos mienten para envolvernos y si te conocen en este ambiente no te van a sacar de aquí. Si quisieran a una mujer bien, la buscarían en otro lado.

Cuando te exigen una cuenta y te tienen muchas horas trabajando es explotación sexual. Conozco a muchos padrotes. Siempre andan con alguna chica que ya envolvieron. Le hablan bonito, la invitan a salir y le prometen todo para engancharla. Como a los dos meses se la llevan y le dicen que va a trabajar en esto porque ellos tienen una deuda muy grande y ella tiene que ayudarlos. Ya enamorada, hace todo lo que le dicen. A las mujeres las golpean si no quieren trabajar, las amenazan hasta de muerte o les dicen que se van a arrepentir, que les van a quitar sus hijos, que las van a matar a ellas o a su familia, y por eso muchas terminan aceptando. Las obligan a *talonear* desde temprano hasta la noche, les piden cuenta y si no la llevan completa, les pegan.

Conocí a una chica forzada que, como no completaba la cuenta, comenzó a tener relaciones sin condón. Ella se enfermó y la mataron. Su padrote no le dijo nada a la familia de ella. La enterró, no hizo rosarios ni nada por ella. Tenía un vecino que le dicen el Chino, lo detuvieron porque una de sus chavas lo denunció en un operativo. Le dieron 17 años de cárcel por tratante. Conozco a otra de 20 años, se queja todo el tiempo porque no le gusta trabajar en esto. Yo apoyaría a las chavas que están en esta situación, les brindaría mi casa y lo poco o mucho que tenga. A los padres les digo que no descuiden a sus hijas, que sepan con qué personas andan, porque podrían estar con unos tratantes.

El gobierno sube todo, como la gasolina. La última vez nos afectó porque hubo golpes contra nosotras y saqueos en los negocios. Esa vez tuvimos que dejar de trabajar. Le diría al gobierno que ya no sea ladrón, que baje los precios, que se ponga a arreglar la ciudad y castigue a los delincuentes que andan libres por ahí.

Soy trabajadora sexual y no es ningún delito mi trabajo. Nunca he tenido problemas con los policías. No me han detenido, tampoco me han robado ni me han llevado en un operativo. Lo que sí he visto es que siguen a mis clientes y les piden dinero porque, según ellos, es un delito meterse con nosotras. Los clientes se van a quejar al hotel, pero no denuncian. No está bien.

Los periodistas publican muchas cosas, ya sea para que no se metan con nosotras o para jodernos. Lo que dicen nos perjudica. Nos llaman prostitutas, putas, y eso no me gusta. Muchas personas no nos quieren ver en las calles y cuando pasan por donde trabajamo nos insultan, nos dicen que mejor busquemos un trabajo, creen que éste no es uno. Ignoro sus comentarios porque a fin de cuentas es mi trabajo y me dedico a esto. Preferiría que los medios dijeran que somos trabajadoras, que tenemos una

familia que mantener, que la sacamos adelante para que tenga un futuro. Les pediría a los periodistas que no nos discriminen.

En Puebla te obligan a hacerte la prueba de VIH cada cuatro meses y te cobran 100 pesos. Está mal que nos cobren, además de que depende de cada persona saber si está bien o mal de salud. No me gustaría que nadie me obligara, sentiría que desconfían de mí.

Me hago la prueba del VIH voluntariamente cada tres o cuatro meses y he salido sin nada. Me gusta checarme constantemente para saber que estoy bien de salud. No conozco a alguien que tenga sida, pero sé que cuando se enferman los discriminan y ya no quieren convivir con ellos. Piensan que no les va a pasar a ellos, pero no es cierto, si tienen relaciones sexuales sin preservativo, se pueden contagiar. Muchas trabajan sin condón, necesitan unos pesos más y por eso aceptan. También hay clientes que no les gusta usarlos.

Está mal que algunas compañeras lo hagan sin condón con los clientes porque no saben cómo están de salud ni con cuántas más ya se metieron. Los hombres andan de cabrones y se meten con varias mujeres. Nos pasan a fregar y además nos acusan de que no nos cuidamos, aunque sepamos que ellos andan de calientes. Muchas usamos el condón con los clientes, pero con nuestra pareja no. Yo no lo uso con mi novio porque veo que no está con nadie más, estamos juntos casi todo el tiempo y además los dos nos vamos a checar.

Siempre cargo una toalla porque los hoteles están sucios. No cambian las sábanas, hasta mocos hay en la cama y por eso llegamos a tener infecciones. Cuando entro con un cliente le pido que se lave su zona íntima, le echo alcohol y hasta gel antibacterial. Algunos hasta sacan sangre de su pene y me da temor que se llegue a romper el condón. Me ha llegado a pasar y pienso que ya me pegó algo. Me voy a checar luego luego, aunque los resultados estén hasta un mes después. No conozco a alguien que haya muerto por una infección, pero me da mucho miedo que me pase algo.

Algunos clientes han llegado a golpear y hasta matar a las que nos dedicamos a esto. Hace poco salió en el periódico que mataron a dos chicas en Tlalpan, aparecieron muertas y fueron violadas. A todas las compañeras les recomiendo que denuncien para que ya no las maltraten, las violen, las dañen o les quiten el dinero como a mí, aunque también he visto que entre las mismas compañeras se agreden. En general soy tranquila, pero cuando me agreden soy violenta, saco mi otro yo. Creen que como soy chamaca voy a tenerles miedo. El otro día cuando la Regia me molestó me le puse al brinco. La calle es dura pero yo ya no tengo miedo. Ningún lugar es seguro, pero me siento protegida por la Niña Blanca. Tiene dos meses que la tomé como mi protectora y hasta ahora no me ha pasado nada.

El trabajo sexual se ejerce en muchas partes: en casas de citas, en las calles o en lugares disfrazados de papelerías o tiendas que en realidad tienen a chavas trabajando. Ahí es más peligroso, te arriesgas más. Nadie sabe lo que pasa ahí y pueden hacerte lo que ellos quieran. A mí no me gusta trabajar en los bares porque debes tomar mucho alcohol, te desvelas diario y es más peligroso.

El alcohol y las drogas existen en el trabajo. Muchas se empiezan a enviciar porque se presionan, no tienen al lado a sus hijos y a su familia. Se drogan para aguantar más y así durar toda la noche. Otras quizá buscan no sentirse sola, y por eso agarran el vicio. He visto a muchas chavas que nada más trabajan para su vicio, sólo les importa seguirse drogando. Su vida ya no es estable, pienso que no quieren madurar a pesar de que ya están grandes y tienen hijos.

Nunca he consumido drogas, pero sí tomo dos o tres veces al mes. Me han tocado clientes que quieren que tome y me drogue con ellos, pero les digo que no. Si ya me pagaron y me doy cuenta de que ya se van a drogar, mejor me salgo. Puede llegar un operativo y me pueden llevar y en lo que empieza una investigación podría estar detenida varios meses.

Cuando yo era chiquita le decía a mi mamá que me inscribiera en clases de actuación, pero me metió a estudiar canto. Duré sólo dos meses ahí, soñaba con actuar, ser artista.

Estudié hasta primero de secundaria. Hoy me gustaría aprender computación o estilismo porque me gusta mucho arreglarle el cabello a mis amigas. Me gustaría acabar mis estudios y tener una carrera. No lo he hecho porque no me da tiempo. Si no se me da ser actriz, quisiera dedicarme a algo que me deje más dinero, pero no a un trabajo que me deje menos. Si fuera así, mejor me quedo donde estoy.

Creo que en mi pueblo no quieren a sus hijos ni a su familia. Los ponen en riesgo, no les importa si algo les pasa. En mi pueblo es común que los hombres se dediquen a ser padrotes, ahí la trata es algo normal. Los hombres presumen cuántos carros tienen, el número de viejas que tienen trabajando y muchas cosas más. Ahí no hay trans y a los gays los llaman putos. Si descubren que un hombre es así, lo violan y luego lo matan.

Mi hermano es un padrote y tiene a su mujer trabajando, pero no sé dónde. Sigue los consejos de mi papá porque él también lo fue. Mi familia sabe todo, pero no dicen nada. Los niños de seis años en adelante dicen en la escuela que cuando sean grandes quieren ser padrotes. Juegan a que sus hermanas o amiguitas son sus viejas y les dicen que se pongan a trabajar. Entre juegos van creciendo con esto, para ellos no está mal.

Los niños aprenden cómo ser tratantes por medio de sus padres. Les dicen que si quieren tener mucho dinero, tienen que ser padrotes. Cuando ya son adolecentes les dan un carro, dinero, y los llevan a los pueblitos para que practiquen. Que aprendan qué y cómo hacer para que las mujeres caigan. Es un negocio heredado de familia. En el pueblo hacen lo mismo, todos se dedican a la trata de personas.

Los hombres van a los pueblos a enganchar a las mujeres. Las traen de Oaxaca, Tabasco y Veracruz y las llevan con la familia de ellos, las presentan como sus esposas, enamoradas las tienen más seguras. Después de unos meses las distribuyen en varios estados, sobre todo en Veracruz. Tengo un primo que tiene una chava, ella quedó impactada con el carro y el dinero que él tenía y por eso se fue con él. La tuvo viviendo bien dos meses, pero ella nunca imaginó lo que le esperaba.

Los padrotes tienen a todas viviendo en la misma casa. Cuando las llevan por primera vez al lugar en el que van a vivir, les advierten primero que tienen a otras más viviendo ahí. Les explican cómo está la onda. Unas nada más se aguantan, otras se llevan bien. No hay envidias ni nada. El mismo padrote las lleva con un brujo para que estén tranquilas. Si alguna no acepta estar con las demás, se la llevan a otra casa para castigarla y no le dan de comer por varios días. Ellos tienen hasta tres mujeres en cada casa y llegan a tener hasta diez casas diferentes.

Se les llama carnalas o hermanas a las mujeres que tienen un mismo padrote. Según ellas no saben nada, pero siguen el juego. Ellos van acumulando más viejas y algunas mujeres terminan volviéndose cómplices. En Puebla, una prima mía le dijo a una chava que se juntara con su primo, pero en realidad era su marido. Varias de ellas les consiguen más chavas a sus hombres. Nadie se atreve a decir algo porque están amenazadas. A las que se han rebelado las han matado. Todo aparenta estar tranquilo.

Los padrotes se distinguen de los que no lo son porque visten bien, usan sólo ropa de marca, traen cadenas de oro y tienen varios carros. Tienen una forma muy especial para envolver a las chicas. Tienen frases muy estudiadas, como por ejemplo: "ven, te llevo a mi casa", "te invito a salir", hablan bonito y tratan diferente a las mujeres en comparación con los que no lo son.
Sé de un tratante que tiene 41 años y que empezó a los 20. A todas sus chavas les pega y las insulta muy feo. Las manda a trabajar a Estados Unidos y tiene una fortuna en dólares, muchas casas, departamentos, vive muy bien. Ya saben, están preparados, todo lo tienen arreglado. Si quieren que sus mujeres crucen la frontera, ya saben con qué *polleros* ir y a dónde van a llegar. Cada mes mandan dos o tres chavas diferentes. Hay otro que tiene ocho viejas y un ropero lleno de dólares.

No me gustaría que mi hijo copiara lo que hacen mi papá y mi hermano, ni tampoco que mi hija pase lo que yo estoy viviendo. No pienso estar toda la vida así. Me gustaría salirme de esto, poner un negocio, estar con mis hijos y con mi pareja. Por mi mamá siento un poquito de amor porque casi no estuvo con nosotros. Ella tampoco me ha apoyado para recuperar a mis niños, hace todo lo que mi papá dice.

No siento nada por mi papá, no quiero verlo ni vivir con él. Lo que él me ha hecho me ha afectado porque hago cosas que no debería de hacer. Tengo miedo de lo que llegue a pasar. Aunque él sea malo y no quiera regresarme a mi hijo, no lo denunciaría porque es mi papá.


¡VIVAS NOS QUEREM

2 MARILYN

Lo que hacemos es honesto y de mucho valor. El trabajo sexual nunca se va a acabar. Yo inicié con sueños, algunos se han realizado gracias a Dios, pero otros no porque tengo el cuerpo lastimado. Las piernas, las nalgas y la piel se me mancharon y para trabajar tengo que usar ropa especial, pero estoy joven y sigo en el camino.

Las madrotas son grandes de edad, fueron pioneras. Desde su juventud comenzaron a trabajar en la calle, pasaron por razias, redadas y cosas muy feas. Ahora dicen que están cosechando, se justifican por lo que vivieron, se adueñan de los puntos, de las circunstancias, de los momentos y de las que se dejan.

Estudié hasta secundaria. A los 17 años decidí trabajar en Tlalpan. Llegué a una calle donde había madrotas, una de ellas me dejó trabajar, pero me cobraba comisión por cada uno de los servicios que yo daba. Ella nos metía a su coche cuando había redadas y nos cuidaba de los operativos. Cuando me llegaban a detener los policías, me hacían el paro. Llegaban inmediatamente las madrotas, yo me bajaba de la unidad y mientras una de ellas se quedaba con los policías haciendo negocio.

Hace como cuatro años hubo un operativo muy fuerte contra las madrotas por lenocinio. Metieron a muchas personas al reclusorio porque ya las habían investigado, una de ellas ya tenía departamentos y casas, ya había hecho dinero y se fue, simplemente se alejó y no hubo más. La explotación sexual y trata de personas me suenan igual, eso es padrotear, maltratar niñas y pedir dinero a cambio de traerlas a trabajar. Donde trabajo francamente no hay menores de edad, pero sí de 18 o 20 años. Hay otras de 30 que se ven impecables y jóvenes.

He conocido mujeres que se enamoran de un hombre. Ellos se encargan de cuidar a los niños, hacen los quehaceres de la casa mientras esperan a que lleguen de trabajar. A eso no se le puede llamar explotación porque lo veo como un intercambio. Nunca he pensado en alguien que me tenga como si tuviera una correa de perro, porque es algo que me inculcó mi mamá. Sólo pienso en llevarme mi dinero y ahorrar.

En México cualquier policía es corrupto; la mayoría son ignorantes, despectivos, mamones, me tratan como hombre, pero son los primeros que quieren conmigo. ¡Qué poca madre! Algunos me han apoyado y agarran la onda. Les digo: "sabes qué güey, déjame trabajar, haz paro". A veces llegamos a un acuerdo porque hay dinero de por medio y en otras ocasiones se quieren pasar de listos. Yo trato de darles la vuelta, pero la mayoría de las veces me quedo callada. Cuando no les sale mordida por otro lado, van a los

puntos de trabajo. Esperan a que nos suba el cliente y después nos siguen, nos paran y le piden al cliente sus documentos. A la mayoría de ellos los mueven con la familia, les dicen: "¿ya sabes que traes a un puto, sabes que es hombre?, ¡ni siquiera es mujer, güey!". Los intimidan con que es una falta administrativa y que los van a llevar a la delegación. Extorsionan a los clientes, los llevan a algún cajero, les roban el dinero y a mí me regresan al punto.

Hay otros que tienen unos güevotes para defenderse y los mandan a chingar a su madre. Quizá sean políticos. A veces los polis no saben ni con quién se meten, hay clientes muy entrones y les vale madre lo que pase. Me encantan los tipos con decisión; cuando los policías los amenazan con que se va a enterar su familia, les dicen: "llévame a la delegación, me vale madre". Yo defiendo a mis clientes cuando quieren meterles miedo.

Cuando le gusto a algún cliente, pero está espantado, quizá porque nunca habían tenido una experiencia homosexual, le digo: "relájate, no soy el demonio ni nada que se le parezca, soy una persona que siente, que quiere y que hace cosas deliciosas". Eso los tranquiliza y les gusta.

La primera vez que me pagaron por sexo tenía como seis años y él 26. Mi primo arreglaba televisiones, radios y grabadoras. Era alto, con unas piernotas, estaba riquísimo. Me gustaba verlo y más cuando estaba desnudo. Una vez tocó su entrepierna y me dijo: "si me la agarras, te voy a dar todo eso". Eran como 30 pesos, paletas y dulces Sugus. Sentí una mezcla de placer y temor. Lo que él me ofreció fue como un tesoro para mí, porque en mi infancia hubo carencias y pobreza. Yo acepté los dulces, dinero y verga. Tenía seis años. En ningún momento pensé que habían abusado de mí, porque también tuve encuentros sexuales con unos tíos y primos. Usaba mi inocencia para acercarme a ellos y agarrarles el pene, aunque me llegaron a decir que tenía una sexualidad muy torcida.

Nuestro trabajo no está permitido, sólo tolerado. Sigue siendo una falta administrativa, aunque donde estoy parece zona de tolerancia. Todavía me tocó que si me agarraban en un operativo me encerraban en el *torito,* es un lugar con separos y celdas. Si bien me iba, estaba detenida 24 horas, pero a veces hasta 72. Podía salir antes si pagaba mi multa y nunca me puse al pedo.

Sería muy padre que tuviéramos todas las prestaciones, como las que dan en otros trabajos. Es totalmente incongruente que nos obliguen a hacernos pruebas de VIH y que todavía nos cobren. La obligación del gobierno es darnos más información, porque hay compañeras que no tienen la más mínima idea de qué son las infecciones de transmisión sexual. Que nos dieran seguro social con médicos que nos atiendan, tratamiento. Sería más seguro, habría más compañeras sanas trabajando que no fueran portadoras del VIH/sida, porque si no podrían infectar a otras más. Que nos reconocieran como trabajadores y que fuera algo permitido, ¿por qué no?

A los 16 me hice amiga de una *vestida* que *taloneaba* en la calzada Ignacio Zaragoza. Me encantaba verla porque ya se había inyectado la cara y las bubis y los labios los tenía carnosos. Con el sueldo tan bajo que tenía era imposible que me hicieran todo eso. Una vez me dijo: "no

seas tonta, qué haces aquí, estás perdiendo el tiempo, tú puedes hacer muchas cosas". Nos fuimos conociendo más y un día me dijo: "vamos a que conozcas la calle". Ella y sus amigas tenían una calle para trabajar. Quedé encantada desde que llegué. Era una esquina con mucho despapaye, me encantó el sabor y el olor de la noche. Tuve empatía con ellas y me hacían sentir protegida. Locas, finalmente locas.

Cada una tenía sus propias fantasías y sueños. Las mías estuvieron invadidas por un mundo de riqueza, deseaba salir, viajar, conocer y vestir bonito, realizarme como mujer y tener un novio que me diera regalos. Soy vanidosa y por eso me junté con ellas. Eran unas bellezas y yo quería verme igual. Sentí que ese lugar era cristal fuerte donde nadie, nadie se podía meter. Yo necesitaba aceptación y me sentí fortalecida y con libertad. Mi familia me prohibía llegar tarde, a las once de la noche tenía que estar en mi casa, mientras que ahí podía estar hasta las dos de la mañana.

Quiero aprender dos idiomas, trabajar en Alemania, España o Nueva York. Ahí hay trabajadoras sexuales mexicanas, van recorriendo lugares y regresan aquí cuando pueden. Me gustaría atender a extranjeros y que me pagaran muy bien, conocer culturas y tradiciones diferentes.

Estoy estudiando dos carreras. Una es de idiomas. Creo que las lenguas te conectan con el mundo de muchas formas. La otra es la música. Cuando era chiquito crecí al lado de mis tíos y su grupo musical. Entre bodas y bautizos yo tocaba el pandero, el güiro y cantaba una que otra rola. Me gustaba, creo que esa es mi vocación. A los siete años escuchaba canciones de Thalía y Paulina Rubio, me encantaba verlas e imitarlas. Sexoservidora es un término que manejo para mí porque ofrezco un servicio sexual. Siempre trato de conservar a los clientes que valoran mi trabajo. Mi tarifa es de 300 pesos, incluye el hotel y que me toquen el cuerpo sin quitarme la ropa. Si quieren besos, agarrada de pene y chupar mis bubis o algo más, les digo: "me voy a quitar la ropa y te voy a dar unos besitos si me das el doble", porque en esto soy muy profesional. Me doy cuenta cómo son los clientes y, como dicen por ahí, del tamaño del sapo es la pedrada.

Gracias a Dios, la mayoría cede. Les hago un rico oral, pero si terminan rapidísimo nos vamos del lugar. Cuando ya me pagaron y terminé de atenderlos les digo que me voy, pero si quieren que me quede les pido más dinero, dependiendo lo que quieran. Mi finalidad es tirarle a los mil pesos. Si me los llegan a dar, los abrazo, beso y les doy un rico masaje. Parezco un pulpo, toco por todos lados, al final es un juego que aprendí viendo a las demás.

Amo lo que hago, aunque he tratado con gente desagradable. Algunos son prepotentes, sangrones, alcohólicos o les apesta la boca. Soy sincera, sólo se me antoja besar a hombres que sean agradables, no necesitan estar guapos, pero sí limpios y con aliento fresco.

Fui estilista como mi madre, llegué a atender a mucha gente y me hice de buenas clientas. Cuando ellas tienen algún evento, todavía me hablan por teléfono para que les corte el cabello, las maquille y las peine. Es un trabajo laborioso, sales a diario cansada y con los pies rajados, y en muchos lados está mal pagado. Trabajé un



En México cualquier policía es corrupto; la mayoría son ignorantes, despectivos, mamones, me tratan como hombre, pero son los primeros que quieren conmigo. Algunos me han apoyado y agarran la onda. Les digo 'sabes qué güey, déjame trabajar, haz paro'.



tiempo vendiendo productos de belleza y para el cuidado de la piel, aún conservo clientela que me compra hasta 60 mil pesos. Es otro dinerito extra.

Soy Marilyn y me he enamorado varias veces. Algunas las viví con tristeza. Es complicado sostener una relación. Mi última pareja es profesionista y comerciante, duré con él tres años y es el único que conocí primero como cliente. Ha sido la mejor relación que he tenido. Nos fuimos enamorando cada día más y cuando yo salía a trabajar me decía: "cuídate mucho". Él empezó a sentir temor por mí y un día me propuso que dejara de trabajar; acepté y por más de dos años no lo hice, porque él me daba todo lo que yo necesitaba. Es padre vivir con alguien, me gustó.

No sé quién fue infiel primero, pero comenzamos a tener problemas. Creo que me faltó más aceptación hacia él y amor por mí misma. Él por su lado no me tuvo confianza y no tuvimos comunicación, se desgastó la relación y en ambos surgió la inseguridad. Nos faltó madurez. Él llegó a mi vida antes, me hubiera gustado conocerlo cuando yo tuviera 45 o 50 años. Hoy lo considero un amigo muy cercano, convive con mi familia y yo con la suya. Para ser sincera, dormimos juntos, pero ya no tenemos nada. No me gusta estar sola, no quiero perderlo y por eso sigo con él.

Hoy me consiento, me apapacho y me quiero. Soy vanidosa, me gusta que me hagan *manicure* y que me alacien el cabello. Compro lo que me gusta, me regalo un baño riquísimo y voy a donde quiera ir. Es una forma de amarme. A futuro me gustaría una relación, pero no en este momento. Soy voluble y cuando me enamoro quiero su atención, su tiempo, sus caricias y su ternura. Que esté conmigo y que me apoye. Tengo dos clientes que me buscan, uno está obsesionado por mí y el otro dice estar enamorado. Uno de ellos me tiene impresionada, me adora, me ve como algo sagrado. Me ha planteado la posibilidad de una relación, pero no me interesa.

Tengo operada la nariz y las bubis porque quise verme bien y tener un cuerpo bello y femenino. Invertí tiempo y dinero, pero sobre todo mi salud. Primero fue en el busto, antes de los 17 años; no me operaron en un hospital, sino en el cuarto de una casa. Un *carnicero* utilizó anestesia local y me puso unos pedazos de plástico, unas bolas que mi organismo comenzó a rechazar poco después. No quería que me las quitaran, pero fue necesario. Tengo cierta responsabilidad por lo que me pasó, qué quería que me hicieran por 17 mil pesos.


PARATODOS
TODO.!
PARA

Por terca y necia regresé dos meses después con el mismo cirujano para que me metiera otras. Al poco tiempo fui a Veracruz, me metí al mar y se filtró agua en mis implantes. Estaba dormida cuando comencé a sangrar y se infectaron las prótesis. Estuve año y medio sin busto y con una herida, tenía que estar abierta para que drenara la infección, me quedó el tejido fibroso. Mi mamá me lavaba la herida con jabón Zote, estaba preocupada, le dolía mucho verme así, ya no le espantaba mi sexualidad, tenía miedo que perdiera la vida. Ahorré dinero y conocí a un buen cirujano que me cobró 46 mil por reconstruirme el tejido y ponerme unos bonitos implantes. Por aferrada puse en riesgo mi salud.

Con las operaciones la ropa me quedaba mucho mejor, creció mi seguridad y me sentía bien, pero quise que me inyectaran las nalgas. Primero lo hizo una supuesta enfermera que iba con su uniforme al hotel donde yo vivía, después una ama de casa y la última vez una transexual. Mis piernas se hicieron de elefante y las tenía que poner hacia arriba por mucho tiempo y no podía respirar bien, me puse muy mal y me tuvieron que llevar al hospital. Del ombligo para abajo ya no me haría nada, pero sí quiero que me arreglen la cara y aumentarme una talla más de busto.

Hay un precio y no sé si valga la pena pagar con dolor y sufrimiento. Por ignorancia nunca supe lo que me inyectaron, tuve problemas respiratorios y mis nalgas se mancharon. Las que deseen un cambio o las que ya estén en un proceso, les recomendaría que estén conscientes de lo que van a hacer y con quién, que vayan con un médico profesional o un cirujano certificado, y nada de aceites, compañeras, porque son porquerías. Para qué arriesgarse.

Trabajo en agencias por internet. La gente que ve mi información, me marca. El precio depende del lugar, si voy a gastar en gasolina o si me transporto en avión. He trabajado en varios lados como Monterrey, Guadalajara, Oaxaca, Cancún y todo el sur. Me encanta toda la República Mexicana. Los Cabos fue el lugar que más me impresionó.

Estudio y apoyo a mi gente. Todo lo que soy me lo ha dado el *talón*, pero me ha quitado momentos con mi familia. Mi vida tiene que ser escondida y discreta. No puedo vivir con mi mamá porque no quiero que escuche lo que hablo por teléfono, tengo que aislarme, sólo veo a la familia los fines de semana. Soy feliz cuando estoy con mis seres queridos. Los apoyo cuando quieren salir a pasear, me gusta compartir con ellos, son momentos felices para mí. Creo que en cualquier trabajo se tiene que sacrificar tiempo, con lo que gano me alcanza para llevar una vida, no de lujos, pero sí de tranquilidad.

Si volviera a nacer me gustaría tener más seguridad y los güevos que de niño no tuve. No sé, tal vez devolverles tanto daño y sufrimiento, cambiaría la condición de niño frágil por la de una persona más fuerte para defender mis derechos y continuaría estudiando para titularme en la licenciatura en Turismo. Definitivamente no me volvería a inyectar el cuerpo. Si me dieran esa oportunidad de volver a nacer, mi vida seguiría siendo igual, homosexual o mujer transgénero, empezaría más joven como sexoservidora y atendería a extranjeros porque pagan muy bien.

No quiero pensar en tonterías, trato de perdonarme el error de dejarme inyectar. Quiero tranquilidad y estabilidad, ya es tiempo de tener un

departamento y terminar una carrera. No tengo asegurada la vida, porque estar en esto no te garantiza nada. De lunes a viernes trabajo y gracias a Dios no me ha pasado nada.

Hace poco me fui con un tipo. Le empecé a hacer la plática, pero él sólo contestaba sí o no. Se metió a una calle donde yo le había dicho que no porque estaba oscura; dio vuelta por una lateral, iba a 60 kilómetros por hora. Estaba nerviosa y le pregunté: "¿vienes del trabajo o de la escuela?". Y él me dijo: "estoy trabajando". Volteé, le vi la cara y pensé: ya chingó a su madre esto, o es él o soy yo, de que yo me dé un putazo a que éste me haga algo, mejor me bajo. Di un patadón a la puerta y agarré mi bolso. Me vio tan decidida que se quedó de a seis. Frenó y me bajé. Esos tipos se dedican a asaltarnos, nos llevan a calles solitarias donde nadie te puede auxiliar.

En una ocasión me dieron "carreterazo", en la carretera federal de Cuernavaca. Entre la noche y los sembradíos varios tipos me golpearon, violaron y me dejaron tirada. Una vez me durmieron con gotas. Otro domingo en la noche fuimos unas compañeras a tomar con unos clientes a un bar, no recuerdo nada de lo sucedido hasta el martes a medio día, cuando desperté desnuda en un hotel y se habían llevado mi dinero. Me sentía mal, estaba mareada, no sé qué me pasó.

En la calle trabajo sobre una avenida y me han aventado piedras, meados y el típico huevazo. A diario me insultan y me gritan tonterías. Muchas veces les contesto con una sonrisa y esto los impresiona. Aunque haya burlas les mando un beso y ellos mejor sonríen. No les voy a cambiar los pensamientos de su cabeza, pero procuro que sea un momento lindo para mí.

El alcohol y las drogas desinhiben. Algunas compañeras se sienten más seguras, aceptadas, y les gusta. Se refugian en eso y olvidan toda su frustración. Quizá sea la única forma para relacionarse porque en sus cinco sentidos no pueden. Yo no necesito de ninguna cuba o estimulante para disfrutar. Cuando los clientes me contratan para que los acompañe a drogarse y alcoholizarse, me pagan muy bien y hasta me dan regalitos, pero oler la *piedra* me marea y apendeja. Cuando me es necesario tomar con ellos, tiro la mitad de la copa y la otra me la tomo. No me gusta embrutecerme porque termino muy estúpida.

La violencia contra las mujeres y contra nosotras, las trans, no es la misma. Es más marcada porque ellos son homofóbicos y nos ven como si fuéramos monstruos. No es justo que algunos depravados, enfermos mentales, sigan asesinando a nuestras compañeras. También han asesinado a mujeres, pero es más recriminable para la sociedad asesinar a una mujer prostituta. A una sexoservidora transgénero la matan con más saña, hasta las descuartizan. Quisiera que las autoridades detuvieran a los responsables. Que nos dijeran: "éstos fueron", y que los juzgarán. Desgraciadamente estos asesinatos, como muchos otros, se quedan sin resolver.

Me gustaría que los medios de comunicación nos presentaran como trabajadoras sexuales. No me gusta que publiquen esas cosas como "lilo asesinado" o "mataron a prostituto". Nada más informan cifras rojas, pero no dicen todo lo que le hacen a los homosexuales. El gobierno no investiga porque no le interesa la justicia y todavía existe una sociedad machista, conservadora, moralista, que no respeta la diversidad. El miedo me genera violencia, me cambia total-

Conocida de Sullivan (Rosa) Previo aviso
en su casa o la mia
audio si Fotografiada y Videograbada?
Todos los bloques
Con un compañero de equipo

lulti Pack®
PRESAS LOGÍSTICAS

Joven trans (Beti) (3)

Amiga de la ~~co~~ calameda Previo aviso
en desinformemonos, grabada en audio
Fotografiada? Videograbada ?
Todos los bloques a ecepcion de
bloque 3ra edad, la seguridad
Una compañera de equipo (?)
confianza

3ra edad

mente la cara y el semblante. La mejor manera para prevenir esto es alejándome.

De niño tuve comportamientos muy raros. En la primaria me ridiculizaban y me agredían los pinches chamacos, me escupían, me daban patadas y mazapanazos. En la secundaria me canalizaron con una psicóloga y un médico me empezó a informar sobre el uso del condón. Por curiosidad comencé a investigar qué son las enfermedades de transmisión sexual, y por eso desde los 13 años me hago pruebas de VIH/sida y hasta hoy no soy portadora ni de ninguna otra infección. Muchos clientes son casados, padres de familia, se ven limpios y cultos, pero la cultura no repele el VIH. El sida no se ve, por eso les recomiendo que se hagan la prueba por decisión propia, si es que se quieren. Es un compromiso aprender a cuidarse.

Conozco a personas que viven con VIH y su vida es normal. Nadie pensaría que son portadores del virus, no han desarrollado el sida, pero los han corrido cuando en su trabajo los mandan a hacerse la prueba y salen positivos. No está por demás tener comunicación con ellos. A los 15 conocí a dos chicas trans que infectaron a un amigo que tenían en común. Ellos se fueron desgastando, estaban delgados, muy pálidos, con los ojos amarillos y muy cansados, se fueron haciendo chiquitos hasta que murieron. Me da mucho miedo terminar así, pero siendo sincera, uso condón con el 80 por ciento de los clientes y con el otro 20 no. En algún momento me gana la calentura y no lo uso porque se siente más rico al natural.

En mi niñez a veces fui feliz. Sentía mucha soledad cuando todos se iban a trabajar, platicaba con las plantas y con mis muñecos. Me apartaba con mis fantasías, imaginaba tener poderes mágicos e inventaba mis propios juegos, me sentía solo. No tuve mucho acercamiento con mi hermano porque a él le gustaban otras cosas. Cuando iban personas a la casa nada más era para criticarme y herirme, me decían "mariquita" y me hostigaban. A veces jugaba con mis primos, pero me maltrataban porque no me gustaban los juegos rudos. Se siente feo cuando tu familia se burla y te rechaza.



Me gustaría que los medios de comunicación nos presentaran como trabajadoras sexuales. No me gusta que publiquen esas cosas como 'lilo asesino' o 'mataron a prostituto' Nada más informan cifras rojas, pero no dicen todo lo que le hacen a los homosexuales.



Me angustiaba ver vulnerable a mi madre. Era soltera y frágil, sentía un estrés cabrón. A mi madre siempre le ha gustado la limpieza, creo que así curaba su ansiedad porque nos decía que una cosa es ser pobre y otra cosa es ser cochino. A mí no me gustaba la pobreza en que vivíamos. No sabía qué era la riqueza, pero no me gustaba que hubiera carencias. Era raro que hubiera leche, sólo atole, era de agua con avena y nos

lo tomábamos con una rebanada de panqué. Vi a mi madre toda su vida trabajar desde las seis de la mañana, lavando y limpiando la casa y después irse a trabajar a la estética.

Recuerdo una vez verla en su mesa de *manicure* comiendo una sopa de fideo, estaba agitada y débil como un papelito. Me causaba mucho dolor verla llorar en silencio, sus lágrimas se le salían, mojaban sus mejillas y se le escapaba un gemido que apenas se podía escuchar. No me gusta esa etapa de mi vida, eso no me hacía feliz. Mi madre, entre su amargura, su ansiedad y la responsabilidad de dos hijos, aún tenía momentos de amor con nosotros. Cuando terminaba el quehacer nos sentaba en sus piernas y nos abrazaba. Lloraba, yo no sabía si lo hacía por amor, pero era la forma de demostrarnos su afecto.

Soy de familia humilde, de provincia y muy unida. Vivíamos en una casa enorme, lo que más me gustaba eran las reuniones que hacían el Día de Muertos, Navidad, Año Nuevo. Como buena oaxaqueña, mi abuela guisaba y mis tías le ayudaban, había mucha gente, tíos y primos. El olor a fruta, la comida, los altares, las fiestas, eran cosas bellas. Mis abuelos eran grandes y sentía bonito estar con ellos, me cuidaban y me abrazaban, me daban cariño y protección y eso me gustaba. Mi abuela era ignorante, pero me aceptaba siendo femenina, me metía entre sus faldas mientras me defendía de mi mamá.

Mi hermano todavía vive con mi méndigo padre, lo educó a su modo, le enseñó a ser machista y cruel. Él era un niño hiperactivo y practicaba conmigo el karate, me agarraba del cabello y me arrastraba, en sus manos quedaban mis pelos. Me dolía el cuello, la cabeza y el cuero cabelludo. Me daba mucha tristeza, me dañaba el corazón. Me hubiera gustado tener un padre, pero no el que me tocó. Lo dejé de ver cuando tenía seis años y gracias a Dios mi madre se dio valor y lo mandó a chingar a su madre. Escapamos de él, nos cambiamos de cuarto y mi mamá de trabajo. Qué bueno que pasó eso porque si no, mi vida hubiera sido un infierno al lado de él. Era alcohólico, dominante, ignorante, violento y machista.

Fue un golpe tremendo para mi madre enterarse de que yo era homosexual. Tenía 12 años y no quería entrar a clases, me iba de pinta. Un día llegué a mi casa y mi mamá me estaba esperando con un cinturón en la mano, me empezó a pegar hasta que se cansó. No aguanté y por primera vez me rebelé contra ella. Con fuerza le quité el cinturón y accidentalmente le despellejé la mano con la hebilla. Todos los reclamos que había guardado desde hacía tiempo se los dije. Con llanto, con dolor, con ansiedad, con coraje, le grité: "¿es que no entiendes?, ¡soy homosexual!". Desesperada, pensé: ya chingó a su madre esto. Fue un balde de agua fría que paralizó a mi mamá. Nos quedamos parados y sólo se oía el silencio y se me rodaron las lágrimas. Ella me dejó de hablar como 15 días, me dolía su indiferencia.

Amo a mi madre, tuve un acto de rebeldía y también de libertad. Salí del closet. Después mi mamá me llevó a una terapia, me dijo que necesitaba ayuda. A mí no me importó, ya le había dicho lo que sentía. Afortunadamente conocimos a una gran psicóloga, me hizo muchos exámenes y salí muy bien, era un niño normal con un buen coeficiente y actitudes positivas. A mi mamá le recomendó como cuatro o cinco libros. Salimos con su recetita y fuimos a comprarlos. La

mandaron a leer para que se informara. A mí no me dijeron nada, al contrario, me abrieron una ventana y empecé a vestirme.

Ahora la relación con mi mamá es hermosa y con mucha comunicación, la respeto y la apoyo mucho. Ella es mi pilar, mi columna vertebral, me cuenta sus cosas, de su salud y de la familia, y yo lo mío. Me arregla el cabello y las uñas y hace de comer cosas ricas para mí. Me consiente, me apapacha, está conmigo y creo que estamos bien. Dicen que las mamás no se equivocan y siempre saben la verdad, aunque no me lo diga abiertamente. Ella es hipertensa, tiene enfermedades de su edad y no quiero preocuparla más. Ella cree que soy estilista, aunque bien sabe que es imposible tener las cosas que tengo por cortar cabello.

Hay compañeras que se quedan encerradas en su mundo pequeñito, tienen frustraciones y mucha rebeldía. Cuando quiero convivir con ellas me rechazan y son agresivas, creo que es porque les han hecho lo mismo. Hay mucha desunión entre nosotras por vanidad. Como buenas *vestidas*, queremos destacar. ¿Quién es la más bonita, la más mona?, ¿y ésta qué se hizo?, ¿quién trae marido?, ¿quién trae el mejor carrazo?

Me gustaría que la desunión se volviera una fortaleza. Poder retroalimentarnos con las que son más grandes, hacer lazos y treguas entre nosotras, caminar juntas y compartir. No sé de qué forma se podría hacer, me dan ganas de intentarlo. Me gustaría saber que las nuevas generaciones son profesionistas, independientemente de que estén en el trabajo sexual. Que hagan lo que quieran, que se cultiven y preparen, que exista un lazo entre nosotras. Los años me dieron experiencia y me gustaría trasmitirla.

Algún día dejaré de trabajar, el tiempo ya no me permitirá. A los clientes no les interesa una de 50 o 60 años. Me gustaría tener una pareja, que mi madre viviera conmigo y darle lo que necesita. Tener un departamento y un negocio para vivir desahogadamente. Morir grande, tranquila y presentable, digna y señora como Cher, aunque sólo busco dejar un buen recuerdo. Que se refieran a mí como una persona, como una transgénero que le gustó la meditación.

3 FLOR

Antes era pecado todo y yo era la pecadora, la oveja negra de la familia. Tengo 63 años, vivo sola, feliz y conforme. Ningún sueño hice realidad, no hice nada. No tengo oportunidad para voltear atrás, lo único que espero es seguir viviendo, hasta donde se pueda pero dignamente. Quisiera que me hicieran un reportaje y que me conocieran, aunque sea en fotos. Que con mis vivencias puedan orientar, que pudiera decirles que nunca caigan en los errores que cometí, que me dieran un reconocimiento por algo que hubiera hecho bien. Me gustaría que así me recordaran.

A los 19 años encontré un medio para valerme por mí misma. En una calle vi a unos hombres que estaban parados y vestidos de mujer, les pregunté qué hacían y me dijeron: "trabajando". En ese momento pensé: de aquí soy. Las compañeras me agredían mucho. Me insultaban constantemente hasta que después pudieron aceptarme. Eran pocas las que entraban en esto, pero a mí no me costó adaptarme, sentí que era lo mío y a los 20 ya estaba de lleno en la calle. Pasé por tener un lugar en esa esquina.

Salía a trabajar y no pasaba desapercibida, me paraba y me contrataban hombres para tener sexo, como dama de compañía o guía de turistas. Estábamos un día o dos laborando y dos semanas encarceladas. Los camioneteros nos agarraban, nos golpeaban y nos llevaban detenidas a la Cuauhtémoc, a la cuarta o quinta agencia, o al *torito*. Si no pagábamos la multa nos arrestaban 15 días, ahí nos la pasábamos incomunicadas y amenazadas. Cuando era 15 de septiembre o cualquier festividad, nos encerraban para que no nos vieran, teníamos que desaparecer de las calles. Según lo hacían para que no nos pasara algo, era un trato discriminatorio, todas nosotras estábamos presas casi a diario.

Los custodios nos trataban peor, nos exigían sexo, nos echaban ahí mismo y no conformes mandaban a traer a más para que nos hicieran lo mismo. Las chingas que a diario nos daban eran horribles, nos cortaban el pelo, hacíamos la limpieza de todo el lugar y trabajábamos en la cocina. No podíamos ni siquiera alzar la voz. Vivimos la época más cabrona. Era duro estar en la calle.

Estábamos rapadas, pero nuestro ingenio salía en ese momento. Nos poníamos pamelas, turbantes o pelucas, usábamos pantalones, sacos y faldas tipo Chanel, tratábamos de pasar desapercibidas para que no nos agredieran.

De los setentas para acá se agravó más la situación, nos narco-satanizaban. Los agentes me subían a la patrulla, me quitaban mis pertenencias y el poco dinero que traía. Me ponían un carrujo de mariguana y decían: "ésta trae droga

y la está vendiendo". Con dos o tres bultos de droga y una metralleta en la mano, me sacaban fotos. *La Prensa* y *El Sol de México* publicaban notas amarillistas: "Cae banda dedicada a la prostitución: ésta robaba y vendía mariguana". Cuando los judiciales querían sexo para algún cuate, pasaban a la calle y nos decían: "quiere de todo". Nos obligaban a hacerlo, se burlaban de nosotras, nos golpeaban y nos iban a aventar por ahí, a algún barranco o a las orillas de una laguna. Nos tiraban como si fuéramos piedras.

La policía se llevaba todo lo que encontraba a su paso: mariachis, tarjeteros, trabajadoras sexuales y a los que les parecían sospechosos. Nos robaban y hacían su agosto. Los mandaban, estaban regidos por el poder. Si querían dinero, pues hacían razias y más razias, iban a los puntos y extorsionaban a los clientes. Para nosotras no había una cuota exacta, pero teníamos que entrarle, nos exigían de 200 a 600 pesos. Como fuera teníamos que darles, si no éramos remitidas de 36 a 72 horas. Esto ha sido siempre, nos ven como su fuente de dinero.

No sabía hablar ni defenderme, ¿qué podía hacer? En esos momentos sentía impotencia y frustración, y más cuando se burlaban y reían de mí. Me quedaba cruzada de brazos. Nosotras estábamos con mucho paniqueo por la discriminación y porque pisoteaban nuestros derechos. Como la policía seguía extorsionando, optamos por conformar una cooperativa: Ángeles en Busca de la Libertad, la primera cooperativa de *vestidas* que se dedican al *talón*.

Ya con papel en mano entablamos comunicación con la delegación y los vecinos de la colonia donde trabajamos. Les dijimos: "vamos a estar aquí, respétennos". Logramos que la mayoría firmara un acuerdo con nosotras. Nos comprometimos a respetar a los vecinos, un horario establecido y una distancia límite para trabajar, ellos nos permitieron estar y nos han tolerado. Tuvimos más consideraciones, más espacios para trabajar, ya podemos vivir más tranquilas. Demostramos que todos cabemos en la sociedad.

Estar organizadas tiene beneficios. Acordamos reglas y sabemos cuántas somos, podemos ir a cualquier institución de gobierno y hablar de las problemáticas de nuestro trabajo. Si alguna llega a tener un problema, un accidente, enterrar a alguna compañera que haya muerto, nos solidarizamos. Las que no están organizadas tienen más broncas, no saben cuántas están en su calle, ni siquiera en dónde viven ni quién es la familia de cada una de ellas.

Los policías ya tienen ubicados los puntos de trabajo. Si nos subimos a un carro nos paran y tratan de extorsionarnos. Nos detienen con el pretexto de siempre, que el cliente anda invitando y propiciando la prostitución. Los intimidan diciendo: "cuando lleguemos a la delegación va a estar la prensa y la televisión, tu familia y tu esposa se van a enterar que estabas con un homosexual". Los han amenazado con tomarles fotos al lado nuestro. Por miedo los clientes les dan todo lo que traen, o les quitan sus documentos y los llevan a un cajero y con su tarjeta les sacan todo el dinero. Después el cliente regresa y va contra nosotras, los policías les dicen que estábamos de acuerdo en que lo robaran, que somos cómplices.

Es una gran extorsión. Ellos no tienen armas para defenderse, son intimidados y acosados.

Tenemos eso de defender a los clientes porque de ellos comemos. A los policías les hemos hecho mítines. Les hemos gritoneado a ellos y a las autoridades. Nos defendemos, tomamos su nombre, el número de la patrulla, la calle en que sucedió y la hora. Los denunciamos, pero jamás los han detenido. Sus superiores se lavan las manos o se echan la *bolita*. Los cambian de zona o a otra dependencia en lo que se aplaca todo.

Cuando vamos a reconocerlos en las fotografías de los archivos de la Secretaría de Seguridad Pública, resulta que ya no son ellos. Si son morenos o chaparros, nos dicen que no son, que uno usa lentes, otro que es delgado, que no son. Una siempre lleva las de perder, es su palabra contra la de nosotras. Hoy todavía siguen extorsionando pero con más precaución. Comenzamos a defendernos, a tener voz, a luchar, ya se detienen para hacer sus cosas.

En el 2005, cuando empezó el caso de la Mataviejitas, hicieron un gran operativo contra todas las *vestidas* que *taloneaban*. Nos pusieron bocabajo, nos echaron gas lacrimógeno, nos dijeron palabras ofensivas y nos llevaron. Nos fotografiaron de todos lados y tomaron nuestras huellas dactilares. Fuimos discriminadas, violaron todos nuestros derechos, a varias nos detuvieron 36 horas porque no pudimos pagar la multa. Le pedimos a los Derechos Humanos del DF que nos ayudara para que nos regresaran las huellas, las fotos y que limpiaran nuestro nombre, pero nunca lo hicieron, quedamos como las peores. Hasta la fecha no he visto algo para decir que nos defienden en Derechos Humanos, sólo hemos tenido algunas pláticas y acuerdos, pero sin ningún papel firmado por ellos.



A los 19 años encontré un medio para valerme por mí misma. En una calle vi a unos hombres que estaban parados y vestidos de mujer, les pregunté qué hacían y me dijeron ‘trabajando’. En ese momento pensé: de aquí soy.



La gente cree que somos un foco de infección, que en el trabajo sexual todas se drogan, que somos rateras y que violentamos al cliente. Muchas tenemos conciencia para respetar los acuerdos a los que llegamos con la ciudadanía y el gobierno. No todas somos lo mismo. Nuestra carta negra son algunas, salen como si fueran cirqueras o vedettes de media noche, se drogan, alcoholizan, hacen escándalos y roban, no saben vestirse ni respetar y llaman al libertinaje libertad. Gracias a la labor que hicimos, muchas chicas de ahora se sirven en charola de plata.

Antes la calle era bonita porque éramos pocas, hoy son miles. Ya no puedo cobrar caro por tantísimas que se dedican a esto, gana la que está más joven, la que está más bella. Los clientes te exigen más cosas, como si te hubieran comprado. Ya no es lo mismo, porque el 90 por ciento de ellos son homosexuales. Han de pensar:

"ésta es hombre y hace de todo". Que se lleven a otra que se preste y les dé todo lo que quieren. Tienen más demanda las chicas que hacen este tipo de fantasías. Yo no lo hago, pero hay quien sí.

Cuando voy a pedir trabajo me han discriminado por mi edad. Si me saliera algo para no estar en la calle en medio de la lluvia, con gusto colgaría los tenis. Toda mi vida me ha gustado guisar, trabajé un tiempo en restaurantes como mesera y cocinera. Me gustaría regresar o cuidar a algún discapacitado, aunque no me paguen un buen sueldo.

No hay diferencia entre prostituta, sexoservidora o trabajadora sexual. Son sólo calificativos que nos ponen para catalogarnos. Me defino como trabajadora sexual, no me hace sentir mal porque es algo normal. Atiendo gente de forma privada y les doy información.

Estoy sola y a la deriva. Trabajo para mí, aunque lo que gano no me alcanza para nada. No tengo otra entrada, vivo solamente del cliente. Empecé joven, todo era color de rosa y empecé a ganar dinero, tenía sueños como cualquiera. Planeaba salirme un día y poner un local. Varias veces pensé: voy a hacer algo, ya tengo 35, ya lo viví. Nunca pensé quedarme, pero nunca tuve el carácter para decidir. El *talón* me dio para vivir, pero me quitó la libertad. Todo fue un sueño, no soy nada, ya no ambiciono más.

Tengo sólo amistades, ya no puedo pensar en el amor. Salgo a la calle, me distrae, me da vida, no la puedo dejar. Me deprimo, pero hay que ser fuerte y saber vivir. Está deteriorada mi salud por el paso del tiempo. Sería muy feliz si muero en mi medio, en mi ambiente; si las máquinas se oxidan y desgastan, imaginen mi cuerpo de 63.

Tuve dos parejas, eran comprensivos, muy humanos y apegados a mí. Fallecieron de diferente manera, los recordaré toda mi vida. El primero fue mi cliente, era ingeniero y un poco mayor que yo, sabía todo lo que hacía y de los riesgos a los que me exponía. Le tenía confianza y varias veces le conté: "un cliente me pidió esto, otro me exigió aquello, fíjate, me pasó esto", y mil detalles más. Un día hablamos y quedamos de acuerdo. Vivimos 15 años y todo fue muy bonito, me daba buenos consejos, insistía en que me saliera de esto, que podía ayudarme. A todo dije sí, pero por mi mala cabeza nunca le hice caso.

Despertaba viéndolo, sabía que era mi pareja. Siempre lo esperaba emocionada. "Ya va a venir", decía. El amor es muy bonito, me dio seguridad, me hizo vivir, pero tuvimos que estar entre el secreto y la oscuridad. También viví 10 años con un mesero de la Zona Rosa. No era estable la relación porque estaba muy vivido. Al final los dos se fueron de mi vida.

Era mal visto que dos hombres vivieran juntos. Nunca tuve alguna posibilidad de casarme y adoptar un niño. Hace más de diez años vivo sola, tengo amigos que a veces vienen a quedarse conmigo, pero hasta ahí nada más. Ya no creo en los Santos Reyes, soy una persona madura y ya no tengo el vigor para una relación. Hay alguien que todavía frecuento, es mi amor platónico, pero lo sigo viendo como el cliente que conocí.

El gobierno sabe cómo se maneja la trata de personas, esa es la verdad. Antes se le llamaba

trata de blancas, pero es lo mismo, siempre ha existido. Ahora ya hay más voces que reclaman su libertad. Conocí a algunos tratantes pero de lejitos, nunca me relacioné con ese tipo de gente que vive del más débil. Nadie puede forzarte a hacer un trabajo, ni que te exploten, aunque te amenacen a ti o a tu familia. Golpean sólo para tener influencia sobre ti; muchas llegan al DF sin papeles, sin estudios y sin ninguna preparación, por querer ganar dinero caen en las manos de gente vivaz que las engaña con la promesa de darles trabajo. Muchas son indígenas o campesinas. Vienen de Chiapas, Oaxaca, Tabasco o de otros estados. Hacen artesanías maravillosas, hay gente que las compra, pero la estafan, se las pagan a mitad de precio para después revenderlas. Me gustaría que en todos los estados el gobierno las apoyara; imagino un tianguis donde promovieran sus productos y que pudieran venderlos al precio justo. Desgraciadamente hay mucha gente que se aprovecha de su necesidad, por eso tienen que venir aquí, creen que van a ganar más dinero.

Hay mujeres con hijos y no les queda más que lavar y planchar ropa o de lo que encuentren. Les gritan, las regañan y las tratan como si fueran animales, están de sol a sol para llevarles el pan a sus hijos, por eso varias deciden estar en el *talón*. Si veo a alguna en la calle y no la conozco, la oriento para que busque un trabajo mejor. Si quiere estar aquí, le comento que siempre lleve un papel que compruebe su mayoría de edad para que no tenga problemas. No me gustaría que echaran a perder su vida, que terminaran como tantas de nosotras, enfermas o muertas.

Todo lo que veo en las noticias, que rescataron a 20 menores, que agarraron a tres o cuatro tratantes, no nos favorece porque hablan mal de nosotras y luego nos señalan. Nunca informarían que una madre sexoservidora dio carrera a sus hijos, que ahora son profesionales o que están luchando por su causa. Muchas personas están mal informadas, les hacen creer que somos portadoras de enfermedades o tratantes. Por eso nos agreden como si fuéramos el anticristo. Pido a los medios que realmente hablen la verdad, que no sean crueles y discriminatorios con personas que se dedican a trabajar de diferente manera.

El cáncer que más ha acabado con la humanidad es el sida. Cuando empezó la gente ignorante decía que éramos las principales portadoras. Eso era mentira. Las pruebas de detección nos las hacíamos cada tres meses, éramos obligadas por Conasida, y si no queríamos no nos daban la tarjeta para trabajar. Desde las tres de la mañana nos formábamos para que nos dieran una ficha, pero a veces ni alcanzábamos. Hoy ya no es así, logramos que fuera por propia voluntad para cuidar nuestra salud. Está mal que en otros estados las obliguen y además les cobren por las pruebas.

El gobierno debe de dar más fondos para la salud, condones, estudios gratuitos e información. Costaría menos prevenir, habría menos enfermedades. En la Clínica Condesa no siempre nos atienden humanamente, hay ocasiones que nos traen de aquí para allá como si fuéramos limosneras. Siempre hemos tenido eso, ser obligadas por el gobierno o que alguna dependencia de salud se burle de nosotras.

Todos podemos librar esa batalla cuidándonos, orientando con pláticas a más personas, y a las que vienen de fueras y que piensan trabajar en

esto, decirles que existen varias enfermedades como sífilis, gonorrea, chancros y otros más que están en la sangre. Si un cliente me dice: "te doy tanto y cogemos sin condón", yo les digo: "no, porque mi vida no vale ni tres ni diez mil pesos que me puedas dar". Es bajo su propio riesgo quien diga que sí. Por necesidad muchas lo hacen. Los hombres pueden parecer normales, no se ve que tengan algo.

Cuando no usamos condón con la pareja es porque pensamos que lo queremos. Sería cruel estar en un hospital con cáncer o sida, se sufre mucho, yo quisiera terminar con dignidad. Tengo amigas que se atendieron a tiempo, tienen disciplina en su tratamiento y llevan una vida más tranquila, dejaron el vino y las drogas, comen mejor y duermen más. Tuve un amigo que era cocinero de un hotel, lo discriminaron mucho, lo apartaron de sus compañeros de trabajo. Es un riesgo no usar condón, pero luego es el precio que muchos no quieren pagar.

Mis padres hace mucho tiempo fallecieron, pero aún tengo hermanos, los veo muy poco, saben lo que soy y a qué me dedico. Mis papás fueron cariñosos y me dieron buenos consejos: "estudia, prepárate para el mañana, aporta algo bueno a la vida". Me trataron bien. Yo me sentía como una niña, jugaba con muñecas, a la reata y a la comidita. Las pistolas y el fútbol no me llamaban la atención. En la escuela jugaba con niñas, el qué dirán y las ofensas no me importaban. Los niños nunca me agredieron físicamente, pero sí verbalmente: "ese juego es de niñas, tú eres muy delicado, ahí viene, no hay que invitarlo a jugar". No me defendía y ni les hacía caso. Pensaba como mujer y actuaba como tal. Tenía mi mundo y nunca me sentí culpable.

Mis hermanos siempre me decían: "nada más lloras, pareces niña". A esa edad me pintaba los labios y los pómulos. Mi mamá se enteró cuando iba en quinto año, un maestro la llamó y le dijo: "no lo veo normal". Mi mamá preguntó que por qué. "Porque juega nada más con niñas, es muy delicado, a veces se hace crepé en el pelo y se pinta la boca". Ella me preguntó: "¿por qué no te juntas con los niños?". Le contesté varias veces: "soy diferente, es mi vida". Actuaba como yo sentía, no entendí que yo era diferente, que más adelante tendría problemas. No pedí nacer así.

Siendo adolescente ahorré varios quintos de mis domingos hasta que junté para un pasaje. Le dije a mi madre: "no te voy a dar ni un sólo dolor de cabeza, me voy". Me preguntó: "con quién te vas a ir, a dónde, por qué, tienes que estudiar, no te puedes ir de la casa". La vi sufrir pero no pudo hacer nada. No le dije cuándo pero me fui. Ella pensó que yo había hecho algo malo, pero me salí porque no quería dar más problemas. No quería que mis hermanos se estuvieran peleando por mí. Quería independizarme, ser yo misma y vivir mi vida.

Llegué a Guadalajara y sufrí mucho. En la calle caminé de aquí para allá, conocí gente que me hacía la plática, pero notaba que yo era diferente. No faltó algún vivaz que me dijera: "acompáñame, gustas comer, cenar, te invito una torta, un refresco". Les contestaba: "sí, pero a cambio de qué", y me respondían: "ya sabes cómo". Me iba con ellos, no sabía nada del *talón* pero lo hice por dinero, para tener comida y un lugar donde dormir. Me enfrenté a un mundo con mil peligros, pensaba todos los días: si ahorita estuviera en mi casa, no batallaría para comer, tendría un lugar donde dormir, hubiera estudiado.





Sería cruel estar en un hospital con cáncer o sida, se sufre mucho. Yo quisiera terminar con dignidad. Tengo amigas que se atendieron a tiempo, tienen disciplina en su tratamiento y llevan una vida más tranquila, dejaron el vino y las drogas, comen mejor y duermen más.



Mucho tiempo estuve de arrimada, hasta que pude rentar una vivienda.

Antes era muy ingenua porque cobraba al final. Muchas veces no me pagaron o me daban cheques de hule. Los clientes me decían: "ay, qué crees, olvidé mi cartera, la dejé en el coche, me esperas en la entrada del estacionamiento en lo que enciendo el carro". Se arrancaban y se iban del hotel.

Como todas, sufrí violencia en la calle. Con los clientes tuve tres incidentes. Una vez llegó uno que ya lo habían robado en otro lado, pero se desquitó conmigo, me encañonó y amenazó: "tú no fuiste, pero me la vas a pagar, pon a la que fue, dónde está". Me lastimó, como si yo conociera a la que le hizo eso. En otra ocasión, un cliente me acusó de lo mismo, me ató de las manos y dijo: "tú me robaste, me la vas a pagar". Me quemó todo el cuerpo con un encendedor, dijo que dejaría de hacerlo hasta que me sacara toda la verdad. Con el carro andando, forcejeamos y me aventé. Gracias a Dios lo estoy contando. Después de esa tortura, como pude llegué a la calle y pedí ayuda a las compañeras. Me dieron dinero para ir al doctor y me apoyaron en todo, hasta que me recuperé. Cómo denunciar a alguien que no conoces y que probablemente no vuelvas a ver. Sería imposible, pero si llegara a suceder sería peor.

Hay compañeras que han sufrido agresiones más feas, han estado al borde de la muerte, las han golpeado, balaceado o acuchillado. A muchas las han matado. A mí todavía no me han violado, pero a algunas las han agarrado bien drogadas o borrachas y las han obligado a tener sexo. Estamos a merced de esa gente. A nosotras nos agreden o nos matan. No podría dar consejos para evitarlo. Si pasa alguien que ya le robaron, llega con la policía y les dice: "andaba toda de blanco y ésta se parece", nos encierran o quien te acusa te agrede o hasta te anda matando.

Cuando me siento agredida o violentada, respondo. Es tu vida contra la otra persona. Me defiendo como puedo, con uñas y dientes. Agreden a mujeres y *vestidas* que nos dedicamos a esto. La vida de una sexoservidora es muy fuerte, pero es más cruel para las *vestidas*. Los crímenes de las compañeras no se han resuelto. Jamás hemos visto que agarren a alguien que haya matado a una sexoservidora, pero con todo lo que me ha pasado, desafortunadamente sigo aquí.

Antes no podíamos estar ni de visita en dependencias del gobierno, ahora sí, hasta en Derechos Humanos nos han invitado a pláticas, talle-

res y reuniones. En estos lugares o en cualquier otro lado nunca he *taloneado*, tengo principios, respeto. En el día me pongo pants. Donde vivo salgo tapada y llego igual. En el trabajo nadie me chifla ni me grita, porque a nadie ofendo.

Para salir a trabajar tuve que aprender a maquillarme por mí misma. Mejoró mí técnica, pero antes me costaba trabajo. En mis tiempos sólo había hormonas. A los 27 tuve la oportunidad para cambiar de sexo. Fue un año de tratamiento hormonal y una inyección cada ocho días o una pastilla diaria. Después de un año de terapia con un psicólogo, me di cuenta que eso no era para mí. Muchas que lo hicieron terminaron mal.

Me operaron la nariz porque tenía sinusitis, no fue por vanidad, pero aproveché para que me arreglaran unos detallitos. Ya no me haría algún cambio en mi cuerpo ni atentaría contra mí misma. Somos *vestidas* y con un ego tan grande como mis bubis. La mayoría se inyecta el cuerpo para verse más femenina, pero inyectarse una sustancia en cualquier parte del cuerpo a la larga hace un daño fatal, atenta contra la salud.

El alcohol y las drogas son enfermedades. Yo he estado cerca de la *piedra*, con gente de lo peor, pero nunca he caído en eso. Cuando los clientes me ofrecen drogas o alcohol, hablamos: "discúlpame mi amor, no puedo beber, estoy tomando medicamentos". "Tómate una aunque sea". "Invítame mejor un tehuacán". "No, quiero tomar contigo". "Mira, déjame ir y te conecto con otra compañera que sí quiera". Me voy, nadie me puede obligar, aunque me digan que me van a pagar más. Antes lo hacía, pero he tenido muchos problemas. Me han tratado mal y no pueden ni venirse. Cuando están drogados pasa lo mismo, pero son más violentos. Quieren que les hagas maravillas y no te quieren pagar. Aprendí a evitarlos.

He conocido personas que sólo trabajaban para la droga o el alcohol, empiezan con poco hasta que dependen completamente y la necesidad se vuelve más grande. Cuando están alcoholizadas se olvidan de sus penas, pero luego viene lo peor, la realidad, no tienen ni un quinto para curarse la cruda y para comer, se van deteriorando cada día más, no quieren salir, son esclavas del vicio. Algunas han buscado ayuda con su familia, pero a veces no las apoyan, y crean algún resentimiento, salen a trabajar, pierden su dignidad y todo lo bueno de un ser humano. No tienen motivación.

Por un lado, nos va a favorecer la ley contra la trata de personas, ya sin mafias no habrá más riesgos. Con penas más altas la van a pensar mejor, ya no va a ser tan fácil adueñarse de más personas. Pero esta ley también es discriminatoria, califican como tratantes a las que nos dedicamos al *talón* y a los clientes. Muchas dependemos del trabajo sexual. Últimamente, cuando una compañera o alguien tiene un problema con un patrullero, ya no podemos defendernos, lo toman en nuestra contra y, desgraciadamente, muchas evitamos tener problemas.

Antes enseñaba a maquillarse, vestirse o peinarse a las compañeras, hoy ya no lo hago, me pueden acusar inmediatamente de tratante. Si alguna me lo llega a pedir, le digo: "no mi vida, ahí adelante dan cursos de maquillaje, son gratis, ahí te arreglan y te maquillan". Me evito problemas. Es delicado, muy delicado todo esto, qué vamos a hacer.

El gobierno siempre promete, pero nunca me ha ayudado ni me ha dado lo de mi día. Me gustaría que hicieran centros comunitarios, que realmente prepararan a las que no tenemos estudios ni alguna preparación. Quisiera una ley como la que por años hemos trabajado entre nosotras, que se legisle como un trabajo no asalariado, tener una vivienda digna, más centros de salud donde seamos atendidas dignamente.

Nací en Coyoacán y en mi niñez fui muy feliz. No tuve cabeza para seguir estudiando, sólo terminé la primaria. A estas alturas ya no estudiaría, con tanta computadora y tantas cosas, me siento con desventaja ante otras personas. Me hubiera gustado tener una carrera para haberme defendido mejor de tantas cosas que me pasaron. Me gustaría reencarnar en una mujer auténtica, pero no cometería los mismos errores. Cada quien su vida, es su problema. No afecto a nadie. Es mi cuerpo. No soy víctima ni victimaria, sólo responsable de mí misma.




PROMOTORA DE
SALUD

4 AMANDA

No conocía México. Ni siquiera sabía dónde estaba la terminal de autobuses. Me daba miedo salir porque creía que me iba a perder, por eso aguanté durante más de cinco años el encierro. Fue un daño enorme.

Cuando era una chamaca dejé de estudiar, unas señoras me raptaron y me vendieron con unas personas. Yo tenía como 14 años. Fue muy triste, porque me engañaron. Eran dos mujeres grandes de 30 y 37 años, venían de Morelia y rentaron un cuarto cerca de donde yo vivía, así me conocieron. Una vez me dijeron: "oye, ¿quieres conocer México?, vieras qué bonito es, vas a conocer a otras personas y, si quieres, también puedes estudiar". Yo era de pueblo, inocente, no sabía ni qué. Les creí y me fui con ellas, pero fue un engaño, y así comenzó toda mi tristeza.

Mis papás no se dieron cuenta de que las señoras me llevaron, se enteraron después de cinco años. Cuando regresé, llegué bien dañada. Ya había sufrido porque me metí con muchos hombres y además viví muchas violaciones.

Fue en el mes de diciembre cuando me trajeron al DF. Yo estaba emocionada, vi muchas luces y todo era muy bonito. Nunca imaginé que iba a sufrir tanto. No me acuerdo bien, pero me llevaron por San Simón, donde había muchas fábricas, en un edificio me metieron a un departamento que estaba muy bonito. A la persona que me llevó la llamaban señora Cristi. Ella me dejó con esas personas y regresó a Morelia.

Adentro había más chicas. Eran varias, como siete. Ellas mismas me vistieron y me maquillaron, me arreglaron bonito, me imagino que para que no me viera chica, me pintaron mucho y me pusieron una peluca. Nunca imaginé lo que iba a hacer.

Ahí había otra señora que tenía un nombre raro que no recuerdo, pero me dio un vestido y me dijo: "te pones esto". Yo pregunté el porqué, y por qué me habían arreglado así. Me dijo: "pues mira, lo que pasa es que vamos a ir a una fiesta". Después las otras chicas preguntaron: "¿qué no sabes lo que vas a hacer?". Contesté que no sabía y dijeron que en el camino me iban a explicar. "Te tienes que meter con hombres para que ganes dinero", me dijeron. Grité ¡no! y me agarré llorando. Ya era muy difícil. Aparte, yo no sabía eso, no sabía nada.

Recuerdo la primera vez que vi llegar a un cliente. Cuando me vio dijo: "la que está ahí". Yo no quería, pero me llevaron con él. La persona que me estaba cuidando me dijo: "ándale, pásate, porque el señor te está esperando y tienes que ir con él". En aquel entonces, ellos nos trasladaban en carros hacia donde estaban los clientes,

y a nosotras a unos cuartos donde nos ocupábamos. Llegando ahí, el señor me hizo algo muy horrible, me dio hasta por partes que no. Mis gritos fueron horribles. Cuando él terminó vi cómo le pagó al que me cuidaba. Fue mi primera violación.

Después de un tiempo me acostumbré. Tenía que trabajar con los hombres. Cuando no quería hacerlo me dejaban sin comer hasta dos o tres días. Me hacía de 30 a 45 *ratos* diarios. No me daban ni un cinco de lo que ganaba y no me dejaban salir. A muchas las amenazaban diciéndoles: "me traes tantos *ratos*, si no, vas a ver". "¿Cuánto dinero juntaste?", preguntaban. "No, pues es que no me hice mucho". "Quiero mi dinero, me tienes que dar más", les decían. Si no hacían lo que ellos querían, les pegaban y maltrataban muy feo. Nunca supe si ellos llegaron a matar a alguna.

También nos llevaban a Insurgentes. A mí me decían: "aquí te vas a parar, aquí te vas a estar". Los clientes que pasaban nos llevaban lejos. A unas que no querían hacer lo que el cliente pedía, las mataban y las aventaban donde fuera. Nosotras sabíamos eso porque ya no las volvíamos a ver, pero a estas personas nunca las vi que recuperaran los cuerpos. Llegábamos una y otra y otra muchacha, pero las demás nunca regresaron. Una vez, en diciembre, a unas compañeras y a mí nos llevaron lejos, nos golpearon y nos violaron. Nos bajaron del carro y nos fueron a aventar. Fue horrible, no me quiero ni acordar, porque quedé traumada. Todo el tiempo nos hacían lo mismo.

Mi familia vino al DF porque me andaba buscando, ya sabía que la señora Cristi me había llevado, que me insultaban y me prostituían. Con quienes me quedaba se enteraron de que me buscaban y le dijeron a la señora: "¿de dónde trajiste a esta muchacha, de dónde?" Enojada, les contestó: "pues de un estado, tú querías gente, personas, por eso te traje a esta muchacha". Entonces alegaron y le dijeron a la señora: "¿sabes?, vas a tener que llevártela". Ella me dijo: "no queremos problemas, mejor retírate, vete de aquí". Me dieron dinero, me bañé y me fui.

Preguntando y preguntando llegué a la terminal y regresé a mi casa. Así fue como pude salir de ahí. Nunca llegaron a detener a estas personas, pero jamás volví a saber de ellos.

Yo ya era otra, muy diferente, ya no pensaba igual, ya no quería estudiar, ya no quería nada. Todo se me vino para abajo. Durante cinco años sentí mucha tristeza, me sentí muy dañada. Mi mamá se sentía igual porque le conté dónde estuve y todo lo que me pasó. Ella lloraba y me decía: "llévame m'ija, llévame donde te tenían". Yo le contesté que no me acordaba. Esa gente era muy mala y yo no quería que nadie fuera ahí por miedo a que les hicieran daño. Era mucha gente, no sabía si todos trabajaban en eso, pero todos estaban ahí.

Estuve en mi casa sólo dos meses. Ya no quería estar más con mi familia porque me sentía sucia. ¿Qué iba a hacer? Debía tener dinero. Le comenté a mi mamá que me iba a ir a trabajar de nuevo, pero nunca estuvo de acuerdo. Fue mi decisión regresar ahí y me dediqué a trabajar. Ya me había acostumbrado a eso, no podía hacer nada más, sin estudios y sin nada. Por el daño que me hicieron, tuve que trabajar así.

Me costó trabajo adaptarme a la calle. Volví a sufrir lo mismo, pero ahora estaba sola. Pasaban las patrullas y me llevaban. Una vez no quise subirme y me jalaron tan fuerte que me destrozaron la mano. Más que nada, se arriesga una.

Hace como siete años en Tlalpan, unos policías me llevaron y me dijeron: "sabes, no puedes estar aquí y te vamos a llevar". A la siguiente semana, los mismos policías me llevaron a una calle oscura y me dijeron: "danos lo que traes". No hice nada. Entonces, uno le dijo al otro: "pues dale en la madre". Por miedo a que me hicieran algo les contesté: "nada más traigo 200". Dijeron: "no, a ver, tú güey, ponte los guantes, bájala, pégale y quítale la bolsa". Me quitaron mi bolso con todo mi dinero, eran como 700 pesos, y además me amenazaron. "Ándale, ya bájate y córrele", dijo uno de ellos. El otro dijo: "no güey, tú dispárale". "No, tú", contestó, pero de repente reaccionaron y comentaron: "ándale güey, ya sacamos para el padrote, ya mejor vámonos".

Me bajé de la patrulla y me eché a correr. Mi ángel de la guarda me cuidó. Vi una luz, sería un carro o no sé, pero cuando iba a media cuadra, ya no estaba, desapareció esa luz misteriosa, no era nadie. Me salvé, querían matarme, pero sólo se burlaron de mí.

Tengo tres hijos que ya están grandes. Uno tiene 27 años, otro 20 y uno 18. Todavía les digo que trabajo en un restaurante. Cuando vivían conmigo, dos estudiaron hasta la secundaria y la más grande hasta la prepa. Yo les decía que me iba a trabajar, pero no en qué realmente. Nunca me dijeron: "vamos a ver en qué trabajas". Ellos se fueron a estudiar a Los Ángeles, ahora ahí trabajan y ya se casaron. Me llevo muy bien con ellos, me quieren mucho, a pesar de lo que pasé, me hacen sentir yo misma, satisfecha, porque los saqué adelante. No tienen necesidad de saber lo mío ni tienen la culpa de mi ignorancia. Estoy muy contenta, ya tienen su vida y una obligación con sus hijos. Ya se mantienen con su pan.

Gano a como sea el cliente. Me dicen: "oye, ¿qué servicio me das?". Les digo que es esto y aquello. Son 350 por la relación y 200 de la habitación. A veces gano 500, 550 o 400 pesos, según, porque ahora ya no hay dinero. Tan caro que está todo que ya no alcanza el dinero. Con 50 o 100 pesos una ya no compra nada.

Nací en Cocula, Jalisco, y estudié la primaria en el Centro Juvenil. Recuerdo que de niña me gustaba coser ropa. Ahora me voy por el Zócalo y hago arreglos florales. Me gustan, a veces los vendo o los regalo. Nada más los hago para entretenerme.

Me llamo Amanda, tengo 47 años y no me imagino estudiando, porque ya no se me graba nada. No creo cambiar mi trabajo porque tendría que ir de un lado a otro con un sueldo mínimo, que es muy poquito.

Esas palabras como prostituta, sexoservidora o trabajadora sexual se escuchan muy feo. No tengo palabras para definirme. ¿Que qué es lo que soy? No sé, la verdad es que no. Pero qué tristeza, todavía sigo aquí.

5 NANCY

Me llamo Nancy, tengo 48 años y fui un niño de la calle. No tengo asegurado nada, pero soy feliz. Estuve en coma 15 días y le pedí a Dios seguir viviendo porque necesito hacer más cosas, aunque haya tenido muchas fallas. Quise comprarme una casa, pero en al andar agarré la droga y el alcohol. Lo que ganaba, lo gastaba en eso y ya no pude ayudar más a mi familia. El *talón* también me dio sufrimiento, porque me llevaron presa dos veces.

Cuando comencé a trabajar pensé que era sólo pararse y ya, pero no. Llegaban las patrullas y nos subían a golpes. Eso no me importaba porque en una noche ganaba 10 billetes de a 20 pesos, se me hacía mucho dinero, era el tiempo en el que el Negro Durazo estaba en la DFS (Dirección Federal de Seguridad). Eran culeros en los operativos que hacían. Una vez me vaciaron el *chemo* en la cabeza. Nos lastimaban, nos quitaban las zapatillas y nos hacían parar de puntitas dizque para que no nos escapáramos. Nos metían a muchas en un cuarto y no nos daban de comer, sólo agua.

Nos ponían a trabajar sucio en la calle. Teníamos que poner el dedo al cliente para que ellos lo asaltaran y no nos daban ni un peso. A varias compañeras que eran cabronas las desaparecieron porque se defendían, pero después no las volvíamos a ver. Las mataban y las tiraban en la carretera, simplemente ya no aparecían. Ellos terminaban mal, pero no por nosotras, sino porque eran cabrones y siempre tenían pleito entre ellos.

La calle de Campeche en la Roma es el lugar que más me ha gustado, porque ahí estaban desde la más *pioja* hasta la más regia. Todas llegamos ahí. Ahí nos parábamos cuatro: Ana, Julia, que murió de VIH, y Vane, que también enfermó, pero nunca se quiso atender y murió.

Desde los ocho años ya quería salirme de mi casa, porque no entendía lo que pasaba en mi cerebro. A esa edad sólo se siente en el corazón. Mi mamá me golpeaba por ser gay, me gritaba: "¡le voy a decir a tu papá que te lleve a la correccional para ver si te compones!". Llegué a sentir coraje y un día hasta la llegué a golpear, y ella me dijo: "se te va a secar la mano". Yo sentía culpa y pensaba: "la estoy regando, le hago daño a la familia". Cuando mi papá nos daba dinero, yo lo guardaba porque ya había pensado en que si me seguían golpeando, me tendría que ir.

Tuve que salirme de mi casa a los 13 años. Mi mamá era una persona muy fuerte de carácter, me golpeaba y me decía que le daba muchos problemas por ser diferente. Me gritaba "maricón", "puto" y que parecía niña. Recuerdo que muy pocas veces me hizo una caricia. Un domin-

go me pegó, esa fue la última vez. Me rompió un palo en la espalda y decidí irme. Siempre noté la diferencia entre el trato que les daba a mis hermanos y el que me dio a mí. Fuimos 11 hermanos, seis mujeres y cinco hombres. Cuando me fui, el mayor tenía 15 años, otro 14 y los demás eran más chicos que yo. Nos llevábamos un año de diferencia, pero no nos enseñaron a ser cariñosos, no nos enseñaron a convivir.

Mi papá era militar, pero él sí era cariñoso conmigo. Cuando se salió de la milicia no tenía dinero, tomaba mucho y golpeaba a mi mamá. Los pleitos eran porque ella le pedía dinero y él no tenía. Ella trabajaba en la calle en lo que podía porque no tuvo un oficio. Tuvimos muchos problemas con los vecinos porque mi mamá se sentía de la alta sociedad. Ella venía de una familia con dinero, pero cuando se casó con mi papá ya no tuvo su apoyo.

Un día se me hizo fácil. Fui a la central camionera y compré un boleto para el Distrito Federal. Yo no sé, pero los que me vendieron el boleto no me preguntaron si iba con alguien, nada, sólo me lo vendieron. A lo mejor sólo les interesó que les pagara, y así llegué aquí. Pensé que me iba a ir bien, que iba a trabajar y a comprarme ropa, porque esa era mi fantasía. Falso. Al llegar me tuve que quedar en la central camionera para dormir, pero a la siguiente noche me dijeron los trabajadores del lugar que ya no me podía quedar. Comencé a caminar y pedía trabajo a la gente que me iba encontrando, pero no me lo daban porque desconfiaban.

Recuerdo que me dio hambre y me compré unas quesadillas. Cuando el dinero se me acabó, quise ir a la central camionera, pero ya no supe cómo regresar, aunque llegué a otra, a la central camionera de Taxqueña. Ahí encontré a unos niños de la calle y me junté con ellos.

Todos se *moneaban*, y para entrar en su círculo tenía que fingir que a mí también me gustaba, pero la verdad me daba mucho asco. Ellos se dieron cuenta y me decían: "jálale, nada más te haces pendejo". Los niños eran cabrones conmigo porque se dieron cuenta que era gay y me molestaban, hasta que le caí bien a uno de ellos y me comenzó a defender. El Chucho me hacía sentir seguro porque era el líder del grupo. Él me defendía de los demás, pero me decía: "no te dejes, dales en la madre, aunque te ganen aviéntate el tiro, y si te gritan, dales, no te dejes".

Dormíamos en los puentes peatonales de Taxqueña. Nos tapábamos con periódicos y con unos perros que nos daban un poco de calor. Muchas veces no dormíamos porque había mucho ruido, la gente pasaba y los perros ladraban. Teníamos hambre y frío. No comíamos porque no teníamos dinero, por eso creo que la mayoría siempre se drogaba, pero luego había muchos pleitos. Aunque en mi casa sufrí, siempre tuvimos que comer. Era un lugar seguro, a pesar de los golpes.

Después conocí a una señora que vendía comida. Llevaba una bolsota y no podía cargarla. Le ayudé y me preguntó: "¿a qué te dedicas?". Le respondí que a nada. Le pregunté que si quería un ayudante y me dijo que sí. Comencé a trabajar con ella y cada vez que terminábamos de vender me servía comida a mí también. Un día decidió llevarme a su casa a vivir. Creo que desde que me vio, sintió algo por mí, lo veía en sus

ojos. Ella se chingaba vendiendo comida porque uno de sus hijos estudiaba Medicina. Me llevaba bien con todos, pero uno de ellos me tenía desconfianza, siempre decía que les iba a robar, pero la señora les decía: "es niño de la calle, pero no es ratero". Les ayudaba a barrer, limpiar la casa, preparar la comida y venderla.

Comencé a viajar en el metro y conocí la estación Hidalgo. Ahí estaba el Gay Club, que era una zona de cotorreo. Todos los domingos iba y me gustó el desmadre. La señora se dio cuenta y me pidió que buscara otro lugar para vivir. Me consiguió trabajo en un puesto de tacos por la estación Nativitas. Mi primer sueldo se lo dieron a ella y rentó un cuarto para mí. Ese lugar estaba a dos cuadras de mi trabajo.

Empecé a faltar en el puesto de tacos de don Jorge porque me desvelaba mucho y no me quería parar al día siguiente, o porque estaba presa en la delegación. Me despidieron, aunque me dijeron que les gustaba cómo trabajaba porque era muy limpia, pero que ya había empezado a agarrar malas amistades y ya no querían que trabajara, que mejor me fuera con las personas con las que andaba. Se me hizo fácil dejar el trabajo, pero desafortunadamente la señora me dijo que ya no la visitara. Me fui de ahí a los 15 años, eso me gustó porque empecé a ser independiente. Lo primero que me compré fue una colchoneta y un par de zapatos.

Todo iba bien hasta que conocí a Rita, una *vestida*. Veía qué se arreglaba bien, le pregunté cómo le hacía para estar así y dónde trabajaba. Me dijo que los hombres le pagaban por tener sexo. Eso me extrañó porque en mi pueblo no se hacía eso y no lo entendí. Ella me enseñó a maquillarme y comencé a hormonizarme. A los ocho meses me cambió la voz y me creció el cabello. Un sábado me animé, me pinté, me puse unas zapatillas y Rita me llevó a trabajar a Tlalpan. Yo tenía 17 años. Poco después, a mi amiga la mató un cliente a balazos enfrente de mí.

Vivo en el Centro Histórico del DF, pero nací en Monterrey. Estudié sólo el sexto de primaria. No me gustaría seguir estudiando. Anteriormente tuve la ilusión de estudiar la secundaria y hasta la preparatoria. Quise que mis hermanos lo hicieran, pero sólo llegaron hasta la secundaria.

Trabajé en Tlalpan, en la calle de Campeche, en Polanco y en Insurgentes. Me costó estar en el trabajo sexual por los operativos que hacían. En las razias nos subían a golpes a los paneles que eran de color azul. Nos llevaban a Tlaxcoaque o Lecumberri y nos encerraban 15 días. En ese tiempo éramos pocas compañeras trabajando en el DF. Nos vestíamos, usábamos plataformas y pelucas. Se ganaba bien. Trabajábamos rápido y nos podíamos ir a dormir temprano, siempre y cuando no nos agarraran.

La primera vez que tuve pareja fue muy bonito y en la segunda me enamoré mucho. Mi actual pareja es taxista, pero no le veo futuro. Me gustaría que me amara como a un ser humano y no como a una mujer. La relación no es estable. No he tenido la aceptación de la familia de él, quizá por celos. Una vez un cliente, después de tratarlo más de 10 años, se atrevió a decirme que me quería, pero que nunca me lo había dicho porque creía que yo ganaba mucho.

Cuando cumplí 18 años decidí visitar a mi familia. Un mero 24 de diciembre llegué a la casa

de mis papás. Yo había cambiado mucho, ya estaba vestida de mujer las 24 horas del día. Cuando llegué, abrió la puerta mi hermana y le dije: "soy Rita". Ella no me reconoció y cerró la puerta. Después de un rato abrió la puerta mi hermano y me dijo: "pasa". Miré a mi mamá con un palo en la mano y me dijo: "pensé que ya estabas muerto, hubiera sido mejor, ya que prefiero eso a verte así vestido". En ese momento sólo pensé en si me iban a aceptar o a correr. Ya había sufrido mucho y sólo quería saber si me querían.

Mi papá empezó a llorar, yo nunca lo había visto así. Me ganó el sentimiento y también lloré. Mis hermanos dijeron que no me querían ver, sólo una de ellas me dijo que sí, pero cuando estuvieran sus hijos no, porque ellos sabían que tenían un tío, no una tía. Mi mamá dejó el palo y se salió. Mi hermano mayor recapacitó y me dijo que como fuera yo era su hermano. En eso mi papá les dijo a todos: "se van a la chingada, no tienen por qué correrlo, desde los 13 años no sabíamos nada de él, ustedes sí se la han pasado con nosotros, pero de él no tenemos idea de cómo sobrevivió".

Él me dijo: "sólo te voy a pedir un favor, o vas a ser hombre o ser mujer". Yo le respondí que nunca iba a tener hijos ni tener novia porque no me gustan las mujeres. Mi padre dijo entonces: "te vas a comportar como toda una mujercita para que no andes con medias tintas, no quiero que camines como joto y esa falda está muy corta, los vecinos van a chingar y no quiero que te falten al respeto".

Me quedé en casa como dos meses porque quería convivir con mis hermanos. Mi mamá se enojaba, les decía a los demás que me cortaran el cabello porque lo tenía más largo que mis hermanas. Los vecinos le preguntaban a mi papá que si era su hija, pero él les contestaba: "no, hijos de la chingada, es mi hijo, ¿por qué?". Mi papá y mis hermanos se peleaban con los vecinos y me defendían, a mi papá le daba miedo que saliera sola porque me podían hacer algo.

Ya no quise estar. Mi papá me pidió que me quedara con ellos, pero yo ya no estaba a gusto. Les cambié su ritmo de vida. Cuando mi mamá se enteró de que me iba, se puso contenta por mi decisión. Ella era la más feliz, aunque yo me puse triste. Mi papá me pidió que no me alejara, que siguiera conviviendo con mis hermanos y mis sobrinos, qué él ya había sufrido muchos años porque no sabía nada de mí, pero le dije: "mis hermanos se van a agarran a machetazos y no quiero que eso pase". Empecé a visitarlos cuando podía, en Navidad, Semana Santa, y me la pasaba bien con ellos.

Los tiempos y las cosas han cambiado, han disminuido las horas de arresto, ya no te llevan al *torito,* ahora te llevan a las delegaciones. No conozco la diferencia entre prostitución y sexoservicio. A mí me gusta trabajadora sexual, así me defino y así nos tienen que llamar porque se escucha más bonito. Nuestro trabajo no está permitido, pero está tolerado. Les pediría a las autoridades que ayuden a la gente que no quiere seguir en esto.

A las nuevas generaciones, que aprendan a defenderse legalmente y que les vaya mejor. Esperemos que ya no nos agredan, pero con los jotos es más duro el salvajismo.

Me sentía fuerte, capaz de ganar lo que quisiera, pero me di cuenta que ya no podía. Sabía a lo que me exponía. Perdí un ojo porque tuve una agresión muy fuerte. Fue en las calles de Chilpancingo y Baja California. Eran como las tres de la mañana cuando unos tipos me acusaron de que los había robado. Recuerdo que se bajaron de un carro y uno de ellos traía una chamarra café. Creí que me iban a preguntar algo y les dije: "qué traen", pero me dijeron que si me acordaba de ellos, que el miércoles les había robado y que no me pasara de verga. Uno de ellos sacó de su chamarra un bat y me golpeó en la frente. Caí al piso, traté de defenderme, pero no pude porque traía unas botas de ante y yo estaba muy drogada. Entre los dos me dieron de batazos y sentí un golpe en el ojo.



Todo iba bien hasta que conocí a Rita, una *vestida*. Veía que se arreglaba bien, le pregunté cómo le hacía para estar así y dónde trabajaba. Me dijo que los hombres le pagaban por tener sexo. Eso me extrañó porque en mi pueblo no se hacía eso y no lo entendí.



Quisieron arrastrarme hasta el carro pero me agarré y me abracé de un poste. Empecé a gritar y pedí ayuda. Me querían subir al auto, pero no me dejé, sabía que me podían matar. Ellos se percataron de que había un taxi cerca de ahí y que el conductor se había dado cuenta de lo que me habían hecho y mejor se fueron. El taxista me quiso levantar pero no pudo. Llegaron unos patrulleros que me conocían y me dijeron: "¿manita, qué te paso?". Les conté todo y supuestamente buscaron a los tipos, pero nunca dieron con ellos. Cuando llegó la ambulancia se dieron cuenta de que tenía una fractura en el brazo, pero yo no me di cuenta de lo que me había pasado en el ojo. Sólo escuché que decían que yo estaba grave.

Me llevaron al hospital de Balbuena y ahí me sacaron una radiografía. Ya me quería ir, pero no me dejaron porque mi ojo estaba muy inflamado. Una doctora me dijo: "no te quiero alarmar, pero puedes perder tu ojo". Después me operaron porque se dieron cuenta de que sólo tenía un pedazo y todo lo demás había desaparecido. Mi marido me apoyó, pero mis compañeras no. En esos momentos mi familia ni se enteró. Hoy lo saben mis hermanas, pero mi papá aún no. Soy muy chillona, pero yo no quería reaccionar, no quería hacerme a la idea de vivir sin un ojo. Todo lo que me ha pasado en la vida me ha fortalecido.

En diciembre del 2005 volví a visitar a mi familia. Mi mamá estaba muy enferma y en silla de ruedas, tenía osteoporosis y una fractura de cadera. Nos dimos la oportunidad de platicar. Me pidió perdón porque no pudo entender mi manera de ser y que por eso me había golpeado mucho. Me dijo: "no estudié ni la primaria, no supe buscar ayuda, no investigué, ¿por qué te quise cambiar a golpes? La regué". Yo le dije: "perdóname tú a mí por no ser el hijo que querías, pero yo no quise ser así".

Esa Navidad estuve muy contenta porque llegaron mis hermanas de Estados Unidos, todas con dinero y ocupadas con sus hijos. Mi mamá se sentía mal porque tenía el pañal sucio y le dije que se lo iba a cambiar, pero ella no quería. Me dijo: "tú no". Volvimos a platicar y me dijo: "no eres el hijo que yo quería, pero yo soy la madre que tú tampoco quisiste tener por lo mal que te traté; tú eres el hijo que me tocó y yo la madre que te tocó". En esos momentos nos abrazamos y lloramos juntas.

El 15 de enero regresé al DF, pero inmediatamente recibí un telegrama de que mi mamá ya estaba en el hospital muy enferma. Conseguí dinero para poder regresar. Mis hermanos me dijeron que mejor no hubiera llegado porque la gente me iba a ver, pero en ese momento pensé: qué bueno que tuve la oportunidad de convivir con ella porque nos perdonamos. Poco después ella murió.

Con lo que gano en el *talón* ya no me alcanza para nada, ni siquiera para la renta. Estoy pensando seriamente en ponerme a trabajar en otra cosa porque no tengo dinero; esto ya no deja. Sería en una cocina, pero no como cocinera, porque no le sé calcular las cantidades. A lo mejor como ayudante de otra cosa o en la costura. Recuerdo que cuando viví en el Hotel Balmis me hice un vestido azul. Era precioso, tenía holanes y encaje, pero se lo presté a la Johana y nunca me lo devolvió.

Desde 1994 vivo con VIH. Pasé 17 años sin que me bajaran las defensas. Hace tres años una chica estuvo viviendo en la casa, le dio tuberculosis y me contagié. Yo soy muy estricta, iba a mis citas y me tomaba el medicamento, pero empecé a enfermar y tuve que ir a la Clínica Condesa. Se me hizo una bola en la garganta, eran los ganglios, me sentía muy mal y decidí internarme en el Hospital Gregorio Salas. Me quedé en urgencias y me regañaron por no tomar antirretrovirales, y me dijeron que no podía estar ahí porque que no sabían cómo atender ese tipo de enfermedad. A pesar de eso me dieron de alta, aunque me sentía muy mal.

Fui a la Clínica Condesa con el infectólogo y me dio un pase para el INER (Instituto Nacional de Enfermedades Respiratorias). Yo sola tuve que hacer los trámites. Tenía que haberle comunicado a mi familia, pero no quise porque mi papá ya no podía caminar y además mis hermanos estaban llenos de hijos. Hoy sé que fue negligencia médica de parte del médico de la Clínica Condesa porque nunca me dieron antirretrovirales, decían que no los necesitaba a pesar de que cuatro meses antes ya me habían bajado mucho las defensas y no me dieron ningún medicamento. Me tuvieron que operar en la garganta, me puse más grave y me operaron nuevamente porque todo se había llenado de pus.

En el 97 caí en el Reclusorio Norte por primera vez. Duré cuatro días presa, pero salí absuelta. Llegué por pegarle a un policía que ya me tenía fastidiada porque quería que me chingara a los clientes. No me fue muy difícil vivir en el reclusorio porque cuando llegué me di cuenta de que me tenían aprecio la Chimoltrufia y Carmen la Chismosa, que también estaban presas y me fueron a ver. Pero tenía una enemiga de toda la vida, era la Patsi. Ella estaba también adentro y me quiso agredir, pero no me dejé. Poco después la trasladaron a Santa Marta.

En la siguiente ocasión me dieron dos años y cuatro meses por agredir a un policía al que según le robé el reloj, pero no fue cierto porque en el forcejeo a él se le había caído. Adentro ejercí el trabajo sexual, pero me devalué gacho porque sólo cobraba cinco pesos y mejor me puse a trabajar en otras cosas. No teníamos nuestro *rancho* porque nos formábamos con los cabrones y luego nos sacaban de la fila y ya no nos tocaba comida. Había una *jota* que había estudiado Derecho y logró que nos lo dieran. También logró que los indígenas salieran con un mínimo de fianza para que no estuvieran presos mucho tiempo por no tener dinero.

Salí del reclusorio porque me enteré de que podía salir con jornadas de trabajo y me apunté, pero la juez no quiso porque dijo que era la única *jota* y que además iba a ser un desmadre. No dejó que participara en las 180 jornadas, sólo me pidió que no le fallara con las firmas por la libertad anticipada que me dieron. Creo que es otra oportunidad que tengo, la voy a tomar y tratar de vivir mi vida lo mejor que pueda. Unas me recordarán con cariño, otras con coraje. Sí he cometido errores, pero en lo que me queda de vida trataré de corregirlo.

Todo lo que he pasado me ha hecho fuerte y sé que esto les puede servir de experiencia a otras chicas para que no cometan los mismos errores. El alcohol te da valor, pero a la vez te trae problemas. No reaccionas igual, como cuando me golpearon y no pude defenderme. Antes, cuando un cliente me ofrecía drogas aceptaba, pero ahora no. Una cree que con las drogas se trabaja y se gana más, pero en realidad no. Pasa el tiempo tan rápido y sigues igual, lo que tienes que vivir es una mentira.

Toda mi vida seré alcohólica, pero la *piedra* de un día a otro la dejé. Un día por la droga me quedé tirada en el parque y perdí las llaves y mis zapatillas. Cuando ya no tienes droga, agarras y vendes todo, te lo gastas y regresas a tu realidad. Por el momento se te olvida, pero después te acuerdas de todo lo que tienes que pagar.

La mayoría de los policías son culeros, roban a los clientes y a los transeúntes. Antes nos pedían dinero, pero de unos seis años a la fecha ya no nos piden nada. Los policías me han amenazado por defender a los clientes que son miedosos, a los que les da temor el escándalo. A los policías de antes ya los mandaron a la verga por viejos, pero nosotras seguimos aquí.

6 BERENICE

Viví con una persona que era mayor que yo. Tuve siete hijos con él porque no me dieron ninguna información. Era un ganadero de Puebla y tenía billete. Todo lo que quería, lo adquiría, y me obtuvo a mí. No me trataba como su mujer porque tenía muchas más. Mi primera hija se la dio a su hermana que no podía embarazarse. Me la quitó así nomás. Era muy violento, me celaba, me golpeaba mucho y no me dejaba salir. Cuando me besaba, siempre me preguntaba que con cuántos hombres me había acostado. Duré 11 años con él porque me daba miedo. Una noche no cerró bien el zaguán y me salí. Una vecina me aconsejó que buscara un trabajo y me prestó dinero. Ya no me dejaban ver a mis hijos y me tuve que ir.

Cuando llegué a México dormí muchas veces en la terminal de autobuses de Cristóbal Colón. En la avenida México-Tacuba una señora me ofreció trabajo, me dijo que iba a ganar mucho dinero, que iba a tener muchos clientes. Yo no entendí qué era un cliente, pero me fui con ella. En un bar de la avenida Zaragoza le ayudé un tiempo a hacer el quehacer. Después me dijo que si me salía un cliente lo tenía que atender y que cuando estuviera borracho le quitara sus cosas. Yo no quise hacerlo, me daba miedo que me metieran a la cárcel y preferí sólo tomar. La señora me ponía a fichar con todos, ella cobraba y sólo me daba lo de la ficha. Me trataba bien, eso creo.

Ya me habían quitado a mis hijos. No quería tener relaciones porque podría salir embarazada y tener más. La señora me presentó a un hombre bien parecido. Él le pidió que me dejara ir a su casa, pero ella no quiso. Entonces él me dijo que esa no era vida para mí, me insistió para que me fuera con él y prometió abrir una cuenta para mí. Vivimos 22 años juntos, pero los últimos 15 estuvo enfermo. Tenía dinero, como millón y medio de aquel entonces, pero todo se fue gastando poco a poco en él.

A los 25 años llegué al trabajo sexual. En unos baños de la Zona Rosa conseguía clientes que me llevaban al hotel. Me costó trabajo acostarme con ellos, querían que se las mamara y luego meterla por el ano. No me gustaba imaginar que lo que iba a comer lo compraba con lo que me ganaba de ese modo. Antes, la policía nos llevaba y amenazaba con llevarnos a Gobernación. Una vez un policía grandote me traumó. Me dijo que todas las que se dedicaban a la prostitución se las llevaban a Santa Martha. Siempre me asustó eso, no quería que me encarcelaran. Tres veces me llevaron detenida, pero me soltaban pronto porque tenía sexo con ellos.

Caí en el alcoholismo porque perdí a mis hijos. Todas las noches me acostaba borracha. Una amiga me decía: "¿quieres estar bien?". Me daba un *chocho* y todo el día me sentía activa.

Un día me pregunté: "¿quieres ser una piltrafa que no se valora?", y decidí ya no hacerlo.

Muchos clientes me han pedido que no usemos condón, pero es riesgoso. Valgo más de lo que me ofrecen, por eso ni lo dudo, no trabajo sin protección. Sólo he tenido una infección sexual y fue cuando estuve viviendo con mi marido. Me gusta ir a los hoteles que tengan limpieza. Hay muchos qué están sucios y con piojos. Todas debemos tener higiene para que gustemos más.

Tuve dos parejas y cuatro hijos. Quería que ellos fueran a la escuela y que siquiera tuvieran frijolitos en la panza, que nunca tuvieran que buscar comida en la basura, como unos niños que conocí. Mi última pareja me dejó una casa. No debo ni me ando escondiendo de nadie. Mis hijos saben a qué me dedico. Cuando una como madre se descara, se pierden muchas cosas y ellos te empiezan a faltar el respeto.

La policía no entiende, persigue a los ambulantes y a las que nos dedicamos a la prostitución. Tienen que entender que no tenemos otra alternativa. Una vez compré ropa y una caja de nopales, me fui a vender, pero llegaron los policías y nos empezaron a golpear. Les arrebaté mi mercancía y la encargué con unas vecinas. Regresé por mis nopales y me jalonearon. Entonces le quité la macana a uno de ellos y le pegué en la cabeza. Él comenzó a sangrar y me llevaron al municipio de Neza. Ahí les dije: "¿por qué me voy a dejar de un zángano?, nosotros los mantenemos, no deben tratarnos así". Les expliqué que mi marido estaba enfermo y tenía que mantener a mis hijos, me dejaron salir y hasta me dieron ropa para ellos.

Mis vecinas me veían en la tele y me preguntaban por qué estaba con prostitutas y qué pensaba de ellas. No soy monedita de oro. Si tuviera amigas me gustaría que me valoraran sinceramente. Me han criticado cuando saben que ando en el *talón*. Quisiera que un hombre me abrazara y besara, pero de esos ya no hay. Ahora les gusta andar sin compromisos. Hace tiempo me enamoré de uno, tenía 66 años, pero me di cuenta que era mariguano. Ese tipo de personas son violentos y muy pegones. Mejor lo corté, aunque luego anda rogándome.

Tengo una amiga que tuvo un padrote. Le compraba sólo un pan para comer y el dinero se lo quedaba él. Conozco a otras que les exigen 200 pesos diarios.

Nunca me han robado en el trabajo. Les pido a los clientes que no agarren ni revisen mis cosas, que no se quieran pasar de listos conmigo, porque a mí no me gusta andar de tentona.

Nací en Guanajuato y tengo 70 años. Actualmente vivo en Huixquilucan, y espero que Dios me mande salud. Hace cinco meses iba en una combi rumbo a mi casa. En un entronque, un tráiler nos aventó. Sentí varios golpes, no supe cómo me sacaron de ahí con tres costillas rotas. Después de eso, ya no soy la misma, no me siento bien. Me siento derrotada y a veces sin ganas de vivir.

De niña no estudié nada, no sé leer ni escribir, pero es necesario. Ya de perdida, quiero estudiar la primaria en Brigada Callejera. Estoy mal de la vista.

Nuestro trabajo no está permitido, por eso nos hacen lo que quieren. Al gobierno le pediría que nos dejen trabajar, tenemos que mantener a nuestros hijos. Si el presidente ve por su familia, también deben dejar que nosotras hagamos algo por los nuestros. El *talón* me dejó saber qué se siente comprarme mis cosas y vestir bien. Hasta pagaba para que me arreglaran en un salón. Pero también me quitó la tranquilidad.



7 RENATA

Nací en la colonia Vallejo y a los 17 años tuve que trabajar haciendo limpieza en un hotel. A los 20 empecé a *talonear* porque nació mi primer hijo y su papá nos abandonó. No tenía para darle de comer y soñaba con comprarle ropita. Empecé por mera necesidad.

Las demás muchachas no me querían, me escupían y me decían: "vete para allá". Tenía que ir a otro hotel. Después de un tiempo ya no me dijeron nada. Iba a muchos lados: La Merced, Circunvalación, San Pablo, La Soledad, Loreto, Candelaria. Nunca me gustó pararme en un sólo lugar, prefería caminar porque así me salían más clientes. Todas las calles las recorrí y me gustaron para trabajar. Me hacía hasta 10 *ratos*, los hombres me llamaban y me iba con ellos. Cobraba 14 pesos por ocuparme y me llevaba mi buen dinerito. Tuve que ganarme la calle.

Me siento a esperarlos. Si se acerca alguno, empiezo a platicar con él. Cuando me preguntan qué hago, les contesto: "soy madre soltera y necesito dinero". Me ofrecen dinero si voy al hotel con ellos. Nunca me han hecho daño, aunque he estado con mariguanos. Procuro tratarlos bien. Les digo: "estoy por necesidad, no por gusto". Les comento eso para que no me hagan daño o me quieran hasta matar. Una vez, por el metro Hidalgo, unas chavas me quisieron picar, pero les dije: "no me hagan daño, ya me voy". Me fui y ya no regresé jamás. Me quiero mucho y me preocupo por mí.

A mi primera pareja la quise demasiado. Yo tenía 17 años y fue muy bonito. José era albañil y lo conocí tirando cascajo en la calle. Comenzamos a platicar y quedamos en vernos de nuevo. La primera vez que estuvimos juntos me entregué, hicimos el amor. Mi ilusión era casarme, ponerme un vestido de novia y escuchar la música que ponen en los casamientos. Pero él no quiso, me dijo que fui muy fácil y que no merecía casarme con él. Después me abandonó, me dejó el canijo. Quizá por eso quiero tanto a mi hijo.

Un cliente me propuso matrimonio. Me pidió que fuera a vivir a su casa, no lo quería y le dije que no. Ora sí que me ofreció todo. Me enamoré de un casado, era muy joven, pero eso no me importó. Una vez que yo no estaba en el punto, me dijeron que llegó y que se había ido a ocupar con una compañera. Cuando lo vi, le dije: "mejor ahí la cortamos". Había ido al hotel con otra y yo no iba a ser plato de segunda mesa. Me dolió mucho porque sí lo quería. Se me salieron las lágrimas, pero me aguanté. Con él sí me hubiera gustado vivir.

Siempre he sabido respetar mi trabajo. Por eso les cobro a todos mis clientes. Aunque esté enamorada, el trabajo es el trabajo. Tuve varios



Estoy en crisis, ya no gano igual. A veces voy a hacer el quehacer en varias casas. Gano 100 o 150 pesos, pero no me alcanza, por eso sigo en el trabajo sexual. En otros no se gana igual. He ido a buscar trabajo a otros lados, pero por mi edad no me aceptan.



maridos, pero me engañaron y nunca me dieron dinero. A los 30 años, mi madre le dijo a un doctor: "opérela, ésta es como una coneja, y vaya a tener un ejército". De 10 que tuve, sólo viven cinco, los demás murieron. Por enamorarme varias veces, me quedé con un montón de chamacos.

Soy Renata y tengo VIH. Nunca he padecido gonorrea o virus del papiloma. Un cliente mañoso me infectó, rompió el condón cuando se lo puso. Estoy en tratamiento en La Condesa. Me dicen que si tomo el medicamento voy a durar más años, yo creo que hasta cien. Siempre respeto la hora de comer para tomar los medicamentos, aunque mis hijos siguen preocupados. Ya superé estar enferma. Tengo clientes y me cuido más.

Mi hermana me corrió de su casa, por eso me fui a rentar a otra colonia. La dueña me cobra 650 pesos de renta y 400 de luz. Es un lugar muy feo, por eso casi no estoy ahí. Me gustaría tener una casa, aunque sea chiquita, pero que fuera mía.

Mi papá tiene 85 años. Le digo que tengo ganas de pintarme el cabello, pero me dice que no, que me veo más bonita con mis canas. Los clientes también me dicen que no necesito pintarme la cara, porque siempre seré muy bonita. Le doy gracias a Dios cuando me dicen eso.

La explotación sexual es quitarles el dinero a las mujeres. Los padrotes esperan un descuido para engancharlas. En los pueblitos les ofrecen trabajo y ellas ingenuamente vienen y las obligan a trabajar. Les recomendaría a todos los padres que no descuiden a sus hijas para que no las quieran explotar.

En el hotel donde trabajo hay una mujer que le dicen Ana. Ha tenido varios padrotes que la obligan a trabajar. Ella siempre está preocupada porque no junta la cuenta. Siempre me dice: "me falta tanto". La quiero mucho, pero no me hace caso. Está bien clavada con el último. No entiende que puede trabajar para ella, abrir una cuenta y guardar su dinero. Algunas son muy tontas, no saben que pueden estar sin padrotes y que los pueden denunciar. Ojalá y ya no trabajen para ellos.

Una vez, una madrota de la calle Zapata me pidió dinero, pero yo no le di y quiso quitármelo a la fuerza. La amenacé con denunciarla e ir a la Brigada Callejera para que me apoyaran. Solamente así dejó de molestarme. En otro hotel, hay otra señora que también les exige dinero a las muchachas. Quiso hacer lo mismo conmigo, pero yo no me dejé. Le dije que le iba a meter una demanda,

pero después me arrepentí. Pensé: si me detienen o matan, quién va a ver a mi hijo.

El *talón* me dio a mis hijos, los quiero mucho. Ellos ya se casaron y me dicen que no les importa que trabaje en esto. Tengo una cuentita en el banco, son como dos mil pesos. Eso no me tiene asegurada, pero puedo disponer del dinero para cualquier emergencia. Vivo sola en Corregidora, aquí por el centro. Sólo estudié el primero de primaria, me han insistido en que termine la escuela, pero no puedo. Tengo muchos compromisos.

Estoy en crisis, ya no gano igual. A veces, voy a hacer el quehacer en varias casas. Gano 100 o 150 pesos, pero no me alcanza, por eso sigo en el trabajo sexual. En otros no se gana igual. He ido a buscar trabajo a varios lados, pero por mi edad no me aceptan. Una de mis hijas no me deja. Cuando no tengo zapatos, me los compra y me regala un vestido. Vendo dulces, cigarros y un poco de ropa. Me sirve para pagar el cuarto donde vivo y para apoyar a mi hijo. Tiene 44 años y está en el penal de Chiconautla. Mi mayor deseo es que salga pronto, sé que me va a ayudar. Le llevo chicharroncito, chilito y un poco de dinero para el *barco*. Si yo como, él por qué no.

Me doy ánimos, aunque tengo el VIH. Algunos familiares conocen mi situación, pero no me apoyan. Elvira, de Brigada Callejera, lo sabe. Ella me dice que me va a ayudar, pero que tengo que echarle ganas porque soy una guerrera. Ahora trabajo en otro lugar y gano de 50 a 100 pesos. Cuando me llevo 200 ya me siento rica. Tengo que salir adelante. No me voy a morir de hambre ni tirada en una cama. Siempre que me levanto me baño para irme a trabajar y me digo: ¡qué bueno, un día más!

Amiga (Yolanda) que esta en reclusorio (como se vaya dando)
ni audio, ni fotografias, ni
videograbada, los bloques que
sean posibles, la seguridad
Sola con un cuaderno, sin
compañeros de equipo
(mujer 50 años) ~~Cesar~~


TRABAJO =
SALARIO =
÷ ♂'s y ♀'s
CIBanco

AVIS
01 (800) 2 888-888
NO
+
PREJUICIO
A LOS
DERECHOS
DE
ABATOS

8 RUBÍ

Mi familia no sabe a qué me dedico, mi papá no está conmigo porque trabaja en Estados Unidos y a mi mamá sólo la veo cuando me necesita, sólo le importa el dinero, no tenemos comunicación. Cuando mis papás se separaron tuve más problemas. Él nos llevó a su casa, pero poco después me empezó a golpear porque tomaba mucho. Una vez me sacó a la calle, me aventó mi ropa y 200 pesos, me dijo que para él estaba muerta.

Estuve fuera de su casa como 15 días, pero una conocida mía me ayudó a regresar con mi mamá. Ella ya tenía una nueva pareja y por culpa de él me maltrataban. Una vez, mi mamá me quemó las manos y en otra ocasión la boca, gritaba que me iba a regalar. Mi papá le hablaba sólo para desquitarse y eso era motivo también para pegarme. Busqué ayuda con mi abuelita y una maestra, pero no me dieron el apoyo que necesité.

A los 16 años vine al DF. Cuando llegué a la Terminal del Norte perdí mi maleta. Llamé a una tía que vivía aquí y nunca me contestó. Intenté llegar a su casa, pero no sabía su dirección. Después vi un anuncio donde solicitaban empleadas domésticas. Fui a la dirección del trabajo, sólo traía copias de mis papeles y las entregué. Ahí me subieron a una camioneta junto con diez muchachas más y nos llevaron a un hotel que está en La Merced.

Me encerraron en una habitación del último piso con otra chica qué tenía como 17 o 18 años. Nos comentaron que sólo nos quedaríamos a dormir por esa noche, pero me engañaron. Cuando estábamos durmiendo, nos amarraron las manos y los pies. Al despertar, nos dieron ropa para que nos la pusiéramos, dijeron que saldríamos de putas y culeras, que ese sería nuestro empleo, que íbamos a estar ahí hasta que ellos quisieran.

Nos violaron. A la chica que estaba conmigo además le pegaron tan duro que sangró de la boca toda la noche. Al día siguiente llegó una señora y me golpeó, me jaló de los cabellos y me dijo que no me iba a perdonar haberme acostado con su pareja. Para vestirnos sin desamarrarnos las manos y los pies, nos ponía ella misma vestidos de tirantes. A las cinco de la mañana nos bañaban con agua fría, nos aventaban el jabón y nos pateaban. Nos daban las sobras de lo que comían.

No recuerdo bien cómo le decían a ella y a uno de ellos, Fidel. Era alto, como de 35 años, y cuando llegaba borracho nos violaba. Nos decía que con nosotras ganaba mucho dinero, que no le convenía dejarnos salir. Nunca estuvimos fuera del hotel, porque las dos éramos menores de edad.

Él entraba y salía de forma normal de ahí. Los trabajadores del hotel nunca nos ayudaron; al contrario, al muchacho que hacía la limpieza del lugar le daban de 200 a 500 pesos para que no dijera nada. Entraban y salían mujeres de 15 o 16 años. Eran todavía unas niñas, lo sé porque vi que traían calcetas, pero los del hotel nunca les pidieron alguna identificación. Puedo decir que varios hoteleros están de acuerdo con la trata de personas. Eso nos perjudica porque luego nos culpan de lo que pasa ahí, creen que nosotras somos las responsables.

Estuve encerrada más de año y medio. Logré escapar porque conocí a un cliente que era policía federal, me preguntó que si quería salir de ahí y le dije que sí. Mes y medio después hicieron un operativo y a mi compañera y a mí nos rescataron. Él y su esposa se portaron muy bien con nosotras, nos brindaron su casa, nos dieron un techo y nos ayudaron a estudiar. Acabé la prepa gracias a ellos, pero después de un tiempo, lo mataron. Que descanse en paz.

Mi familia tenía problemas y necesitaba dinero. Aunque este oficio es de mucho riesgo, tuve que regresar a trabajar. Estuve en un bar y en unas videocabinas de la calle 16 de Septiembre. Ahí conocí a una persona que me ayudó, me dio un lugar para vivir, del que nadie me pudiera correr.

Un día me encontré a Fidel. Cuando me vio, me amenazó, quería que volviera a trabajar con él. Me escondí durante seis meses, tenía pánico de que me volviera a encontrar. Yo creía que él estaba en el reclusorio. No sé cómo pudo salir.

En otro hotel hay muchos problemas e irregularidades. Aunque llegamos a un acuerdo con el dueño, el encargado nos hace la vida imposible, nos insulta y no nos permite cambiarnos de ropa. Tampoco le dan mantenimiento a las habitaciones, por eso muchas se van.

Cobro 190 y puedo ganar de 700 hasta 3 mil pesos en una noche, pido eso porque a los clientes les hablo bonito. Varias compañeras acordamos tratarlos bien para que tengamos un mejor ingreso. También vendo dulces, libretas y cosas de temporada.

Es la cuarta vez que me enamoro. Lo conocí como cliente y me llevo bien con él. Nos tratamos con respeto y nos tenemos confianza, aunque algunas veces discutimos. Trabaja en una fábrica de camisas y tiene tres hijos. Octavio, de doce años, se encariñó mucho conmigo y sabe en qué trabajo. Martita tiene cinco y el último tres. Convivo más con los dos primeros, el más chico sale de la guardería a las cuatro de la tarde y a veces no lo puedo ver. Los quiero como si fueran míos, aunque no viven con nosotros porque los cuida su abuela. Mi relación la tomo muy en serio, pero sería más completa si lográramos que los niños vivieran con nosotros, sin que se metiera ella.

Me llamo Rubí y soy trabajadora sexual. Sueño con acabar de construir mi casa y terminar de estudiar. Mientras apoye a mi madre y comparta los gastos de los niños con mi pareja, tendré que seguir en el *talón*. Me gustaría tener una vida más tranquila y con menos presión. Hace cinco años llegué a trabajar como todas, pero trato de superarme. Tengo necesidades. La gente no sabe el por qué estoy aquí. No me puedo estancar, quiero estudiar en la universidad, pues todavía tengo una vida muy larga por vivir.


ROS PARA COLOREAR
LARES
NFANTIL FERVIROX
San Pablo

9 MAGNOLIA

En el malecón de Coatzacoalcos, Veracruz, nos enganchó un joto. Éramos cuatro amigas y nos dijo que nos iba a dar casa, que íbamos a ganar bien con lo que nos pagaran de las fichas. Aceptamos. Nos llevaron por la vía corta hacia Puebla, a un bar que se llama La Pradera. Ahí nos emborrachaban, nos quitaban el dinero y las fichas que nos hacíamos, pero él decía que unas chavas nos robaban. Como estábamos bien borrachas no decíamos nada porque no nos acordábamos bien. Una señora que se llamaba Amanda nos llevaba siempre en su camioneta a Tehuacán. No podíamos salir de ahí ni nos dejaban hablar con nadie, casi no nos daban de comer, nos tenían secuestradas. Así duré un año hasta que me dije: no puedo seguir aquí.

Trabajé un tiempo en Reynosa, Tamaulipas. Me llevó una chava, pero eran muy feos los operativos. Los soldados llegaban a la zona de tolerancia, se metían a donde trabajaba y me robaban mi dinero, nos obligaban a tener sexo y si no nos dejábamos, nos cacheteaban. No me gustó estar ahí, ya no regresaría.

Llevo 15 años en esto. Empecé a trabajar a los 19. Recuerdo que mi mamá siempre trabajaba porque mi papá nunca se ocupó de nosotros. Mi mamá falleció de cáncer en la matriz cuando yo tenía 22.

Mis hermanos no me visitan porque son pobres y viven en Coatzacoalcos. Sólo los veo en fin de año porque es cuando tengo dinero. Antes era más difícil para mí porque le mandaba a mi abuelita 300 pesos a la semana, ahora va a cumplir un año de muerta y voy a ayudarles para una fiesta que le van a hacer en mi pueblo. A los difuntos se les festeja con una misa y se dan tamales y atole.

Rento una casa pequeña en Chalco, pago mil 600 de renta y 300 de luz. Gasto diariamente 40 pesos de pasaje y 50 en comida. La mayoría de los días no me llevo nada. Muy pocas veces gano 2 mil a la semana, no me alcanza el dinero, pues tengo que comprar ropa y zapatos a mi hija, además de pagar la guardería. Cuando estoy trabajando, platico con los clientes para que regresen y gane más. También hago mandados y el quehacer en unas casas, gano 200 pesos, pero no siempre.

Sólo me enamoré una vez. Mis relaciones siempre han sido fuera del trabajo, pero hoy no tengo pareja. Me voy a bailar y convivo con más personas. Tengo un cliente que me ayuda, me compra zapatos y varias cosas. Es con el único que comparto, estamos un rato, pero después se va; así es nuestra relación.

La explotación sexual es cuando una persona le cobra a otra por dejarla trabajar, o sin que quiera

la ponen a *talonear*. Un padrote te pide la cuenta y el dinero para quedárselo. Conocí a uno cuando fui a trabajar al estado de Hidalgo. Íbamos a bailar, pero estaba terco en que quería juntarse conmigo.

Una vez, en mi trabajo, llegó una chica llorando. Nos dijo que estaba estudiando en la universidad en el estado de Guerrero cuando la robaron, y la estaban obligando a trabajar. Todas mis compañeras nos cooperamos para comprarle un boleto para que se regresara a su casa. Sentí bonito y pensé que fue lo mejor. A las que enganchan es porque ellos creen que no las quieren en sus familias y que les falta cariño, se aprovechan de ellas por ser indígenas y pobres.

Soy trabajadora sexual, es un término que me gusta para mí. Se tiene que reconocer este trabajo, por eso marchamos, para que se nos reconozca como trabajadoras. Luchamos, aunque nos han cerrado los hoteles. Estoy de acuerdo en mostrar mi credencial de elector, aunque no debería hacerlo.

Los periódicos dicen que diario ganamos miles de pesos, pero la verdad es que a veces ni para un boleto del metro tengo. Muchas veces les he pedido a los policías que me dejen pasar, y me dicen: "ya, pásale". Creo que lo hacen porque me ven con mi niña. Los medios de comunicación publican cosas como que agarraron a tantas mujeres, ganaban tanto, las trajeron de tal lugar. Me gustaría que hablaran de nosotras de diferente manera, que dijeran que esas mujeres que están paradas en el sol tienen una realidad. Qué nos orilló, por qué estamos aquí, quién nos da para comer, el pasaje y la renta. Que todos los días somos asediadas por la gente, pero que ayudamos a las mujeres que tienen algún problema. Esas son las noticias que deben salir.

La Muda es una persona mayor de edad y le he regalado ropa, ya no gana y no tiene para comprarse algo que comer. Así es que lo que dicen no es cierto. A personas como ella no las entrevistan, pero tienen mucho que decir. Una vez una compañera nos engañó, nos pidió dinero para su hijo que estaba desahuciado y le dábamos 100 pesos diarios, hasta que nos dimos cuenta de que nos estaba *taloneando* y ya no le quisimos dar.

La gente nos mira feo, porque muchas estamos paradas en la calle o sentadas en las jardineras. Una mujer llegó a decir: "no pasen por ahí, les van a pegar una enfermedad". No tenemos roña ni VIH, y nada se pega así nomás. En otra ocasión se nos acercó una señora para reclamarnos que su marido se había ido de su casa y se enteró que se ocupaba con nosotras. Le expliqué que si no nos pagaban, no nos acostábamos con nadie, le contamos por qué estábamos ahí, y terminó pidiéndonos una disculpa.

Conozco a la Brigada Callejera, que atiende a personas con VIH. Mis respetos para la Brigada porque los resultados son más de volada. Si tuviera la oportunidad, les diría a todos que para cuidarse se informaran de las enfermedades de transmisión sexual, que les hicieran regularmente la prueba y que no deberían discriminar a nadie. Por mi niña y por mí me informo y me hago la prueba seguido, porque así sé cómo estoy, aunque sé que me puede pasar algo; son los riegos de esta chamba.

Conocí a Alondra, era güera y con unas estrellas de oro en los dientes, no era grosera, y sí muy alegre. Tenía VIH y vi cómo fue enfermando. Muchas chavas critican a las que tienen VIH y trabajan en el *talón*, las corren de los puntos, pero yo las defiendo. Todas tenemos los mismos derechos, aunque estén enfermas, nadie les da para comer ni para su renta.

Con el condón no se siente igual, pero tenemos que usarlo para protegernos de las infecciones y de embarazarnos. Es importante usarlo, pero no nos tienen que obligar a hacernos las pruebas. En Reynosa, Tamaulipas, te cobran muy caro y a veces ni te checan, pero tenía que pagar para que me sellaran la tarjeta. No les importa nuestra salud. Consigo los condones en la Brigada Callejera y en los centros de salud, aunque los hombres nos dicen muchas cosas para no usarlos.

Los policías son unos rateros. No nos ayudan en nada, al contrario, nos han detenido y acusado injustamente. Hasta mil pesos les quitan a los clientes cuando los extorsionan, les dicen que están violando la ley y que no deben de meterse con nosotras. La policía nos acusa de estar en la calle ejerciendo el trabajo sexual, traen cosas que nos las meten en el bolso para poder acusarnos y quitarnos nuestras pertenencias, celulares y dinero.

En el operativo del Hotel Universo llegó la Federal aventando las puertas. Me sacaron de debajo de la cama y me acusaron de encubrir a alguien. Nos insultaron y nos gritaron: “ya valieron madre”. Nos grabaron y nos aventaron al suelo. Fueron muy agresivos, me quitaron todo mi dinero, eran como 700 pesos, me dijeron que era de Guatemala, porque soy morena y nalgona. Estaba nerviosa nada más de ver cómo nos trataban. Estuve detenida un día completo, les pedí que me dejaran salir por mi hija. A las demás las tuvieron cinco días más. Querían que denunciáramos a alguna compañera para dejarnos ir, cuando en realidad ellos son los padrotes.



Trabajé un tiempo en Reynosa, Tamaulipas. Me llevó una chava, pero eran bien feos los operativos. Los soldados llegaban a la zona de tolerancia, se metían a donde trabajaba y me robaban dinero, nos obligaban a tener sexo y si no nos dejábamos, nos cacheteaban.



Le pediría al gobierno que comprenda nuestra situación, que no cierre los hoteles y nos deje trabajar. Que nos dé la oportunidad de tener una casa. Como madres tenemos que trabajar diario. A la Comisión de los Derechos Humanos del Distrito Federal le pediría que hiciera bien su trabajo, pues hasta ahora no han defendido a las trabajadoras sexuales.

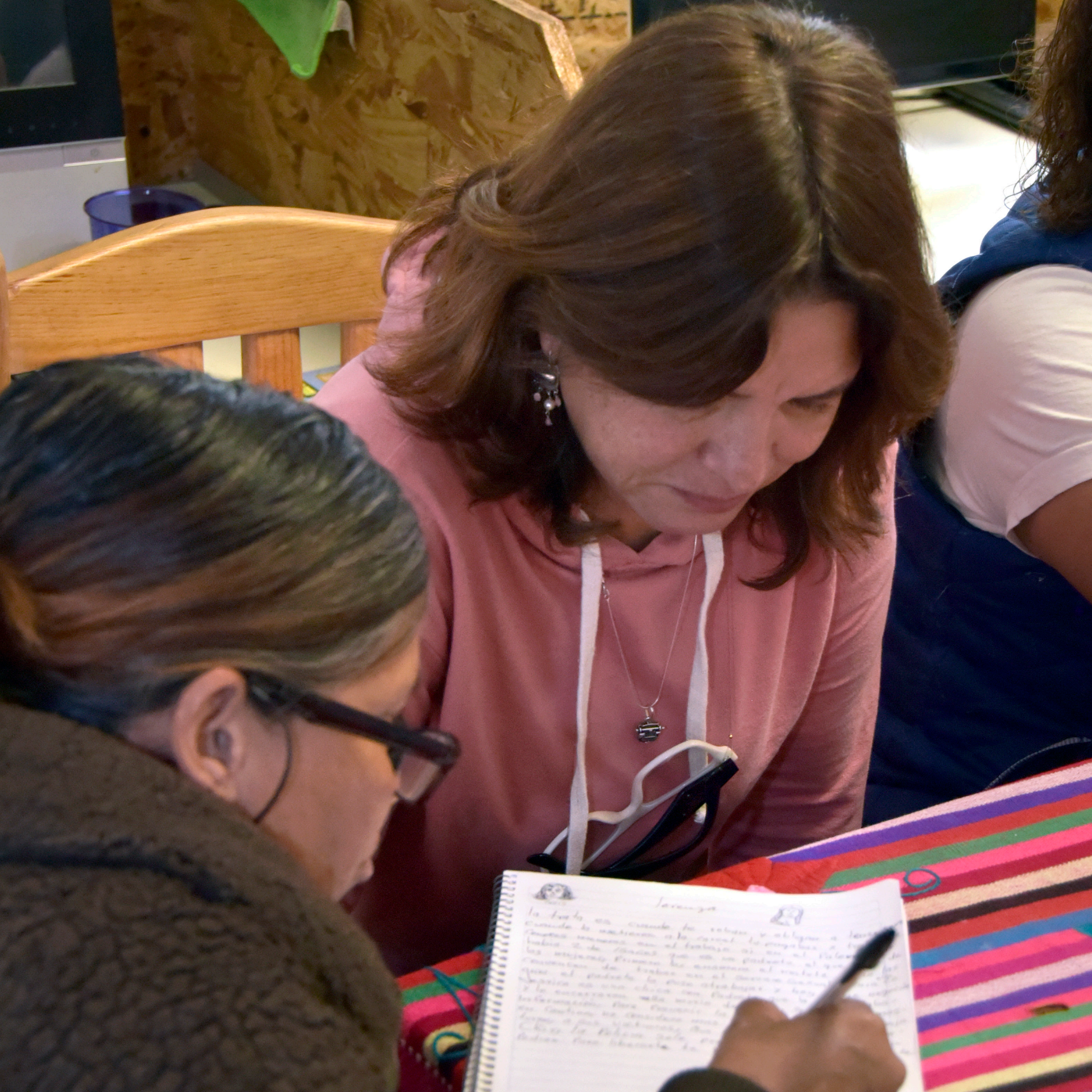
En una ocasión un cliente me ofendió, me dijo que apestaba y sólo me dio 70 para mí y 50 pesos del cuarto. Me dio mucho coraje. Una compañera se metió con un militar que tenía una navaja con su nombre, y como ella no quiso hacer

lo que le pedía, él la acusó de agredirlo. Tuve que ir a declarar para que saliera. Estuvo presa ocho meses en Santa Martha. Otra vez estaban ahorcando a una chica porque no quiso hacerlo sin condón, entre todas la ayudamos, pero el hotelero no. Ella no quiso denunciarlo por miedo a que el hotelero la corriera. Los hoteleros les dan preferencia a sus clientes cuando tenemos problemas.

En Mixcalco he trabajado con varios militares. Hasta diez *ratos* me he hecho en lugares que nunca imaginé. Me metían en una de sus camionetas y luego me sacaban a escondidas como a las cinco de la mañana, después de que pasaba la revisión de su coronel. En el Toreo de Cuatro Caminos también he trabajado. En las quincenas es cuando nos buscan, nos dicen que llevemos condón, papel y nuestros instrumentos de trabajo. Nos ponemos de acuerdo para vernos en alguna puerta del cuartel o nos esperan en otro lado.

Trabajo en esto porque procuro darle a mi hija lo que necesita. Yo sola la he mantenido, está en el kínder y la quiero mucho. Viví muchas carencias y no quiero que ella pase por todo eso. Sueño con tener una papelería y estoy en un programa de vivienda, a ver si en dos años me dan mi casa.

No tuve una educación, soy pobre, pero no quisiera trabajar muchos años en esto. Creo que es el sueño de muchas y el mío también. Espero que entiendan que no estamos por amor al arte.



10 KENIA

Mi abuelita me quería mucho pero me la cambiaron. Cuando me salí de la casa clausuraron la única ventana que había para que ya no pudiera verlos, ya no querían que regresara. Mi familia me cerró la puerta, sólo me aceptaban si tenía dinero. Un pan y una coca eran mi alimento en todo el día. Me quedaba en los parques, nadie me quería.

Era increíble, mi mamá se ensañaba conmigo y me decía que hubiera preferido que estuviera muerto. Cada vez que yo llegaba a la casa me golpeaba por mis ademanes. Una vez me quise suicidar; ella vio que metí veneno en unas cápsulas y me gritó: "¡tómatelas, ojalá y no hubieras nacido!". No tuve el valor de hacerlo y cada vez que me emborrachaba me acordaba de eso. Era algo que me entraba por ahí y me dolía.

A mis amigas las protegían sus familias y las trataban mejor por ser diferentes, pero mi mamá no. Mejor mi papá me llegó a comprar pelucas cuando trabajé haciendo show travesti. Quería ser diseñadora de alta costura, aprendí viendo a mi mamá coser en su máquina, pero ella no quiso enseñarme, decía que era cosa de viejas. Mis chichis crecían demasiado, como las de una mujer. Ella me trajo a México al Hospital General para que me quitaran las glándulas mamarias, pero el médico le dijo que esperara a que cumpliera la mayoría de edad para que yo decidiera sobre mi sexualidad.

Éramos una familia muy humilde. Siempre nos vestían con ropa usada, ni Reyes Magos teníamos. Mis hermanos son cuatro mujeres y un hombre con el que hasta la fecha no me llevo porque es muy macho, pero con las demás estoy mejor. En su cumpleaños siempre lo festejaban, pero a mí nunca me hicieron una fiesta. Él decía que mis ojos azules debieron ser suyos por ser el primogénito.

Mi mamá era de esas cristianas de hueso colorado. Tenía como ocho años cuando me mandó a ver al cura mientras ella vendía comida. Cuando llegué, el padre me enseñó imágenes de Cristo y me dijo que pasara a una habitación, abrí la puerta, estaba oscuro y casi no veía. De repente me espanté. Él estaba desnudo, me puso de espaldas, me bajó el pantalón y dejó caer todo su peso sobre mí. Al regresar estaba pálido y espantado, tuve que decir que un carro me iba a atropellar. No quise decirle a nadie lo que había ocurrido. Mi mamá me hubiera matado, no me hubiera creído que el curita Miguel me violó.

Iba a cumplir los 13 y en la secundaria un maestro también abusó de mí. Me ganó como se ganaba a todos los niños. Me enseñó fotografías

de desnudos y caí por la manera de cómo me hablaba. No fui el único, él ya tenía experiencia. Era nuestro vecino y me conoció desde que era niño. Tengo 47 años y todavía lo veo. Conozco sus mañas, es un viejito caliente y ha seducido a muchos más, sólo que ahora les paga.

Las matemáticas nunca me han entrado. En la escuela dibujaba muy bien, la maestra Conchita me apoyó mucho. Mi mamá me cambió con otra maestra que me decía: "maricón, eres una perra caliente". Si no podía hacer una cuenta, me dejaba parada mucho tiempo y me humillaba. Recuerdo que nos puso a hacer un mantel, lo hice bien pero ella me puso nueve. Le pregunté por qué y me contestó: "te mereces el nueve".

Estudié en escuelas públicas, tal vez si hubiera sido rico no me hubieran maltratado. En primaria y secundaria sufrí *bullying*, me decían jotito. Me discriminaban por ser güerito y de ojos azules. Un día salté la barda de la escuela y jamás regresé.

En los ochentas quería conocer una disco pero no me dejaban salir, me trataban peor que a una señorita. No fumaba ni tomaba, pero me fui a una fiesta. Cuando regresé a la casa entré despacito, mi familia ya estaba durmiendo pero se dieron cuenta, me querían pegar, pero tomé un palo y les advertí que no se acercaran. A mi papá le dije: "usted no se acerque porque es al que más quiero".

Era feliz cuando jugaba en la calle, pero cuando llegaba a mi casa mi mamá me golpeaba por cualquier cosa. La última vez que lo hizo fue cuando tenía 17 años. Le dije: "ya no te aguanto, no te quiero, no te soporto", y me salí. Cuando se estaba muriendo me llamaron. Ella no me dijo nada pero yo sí: "me duele que mi marido me dejó, pero por usted no siento nada". Cuando murió, me uní más con mi familia y me dieron un lugar en su mesa. Son recuerdos que todavía me llegan al alma.

A los 18 años estuve en centros nocturnos de varios estados de la República. Una amiga me llevó a El Paso, Texas; me dijo que íbamos a trabajar dando show y que iba a ganar mucho dinero, pero sólo trabajé fichando en puros bares. También estuve en Tampico, Reynosa, Nuevo Laredo y Quintana Roo.

Me gustó más Cancún porque ahí sí trabajé en la artisteada. Los policías pensaban que era gringo y me trataban bien, pero cuando se dieron cuenta que era mexicano me humillaron. No solamente los indígenas e indigentes son discriminados, yo también y hasta por mis propias compañeras. Me trataban bien cuando no estaba maquillada y hasta me decían niña, pero cuando me veían vestida me odiaban. Los de una televisora me contrataron para hacer show y me pagaban bien, pero las otras de envidiosas iban a ofrecer sus servicios hasta de gratis, pero ni así las contrataban.

Soy de Veracruz y desde los 18 años estoy en el ambiente. En Xalapa empecé a trabajar cuando la avenida principal era sólo de dos carriles, ahora es grande y con más espacio. Es complicado como negocio, una tiene que dedicarse a trabajar, hacerlo bien y sin bolsear. Decidí estar en el trabajo sexual porque de plano no tuve de otra. Mis amigas me dijeron: "te vistes de mujer y ya". Tuve que prostituirme porque no me alcanzaba para el taco ni para comprarme ropa para vestir-


-515
NORDIC

me de mujer. Son canijos los policías en esos lugares, te cortan el pelo y te golpean. En la cárcel me violaron nueve internos y tres custodios. Por eso llegué a trabajar al DF.

Muchos malandros vieron que había dinero en el *talón* y empezaron a travestirse para poder robar. Una vez me acusaron de robo, yo no fui, fue la Yesenia. Cuando llegué al Ministerio Público, nunca me dijeron que estaba acusada de robo. Me trataron como si yo fuera narcotraficante. Me sacaron fotos y le preguntaron al tipo que me denunció que si yo era la ratera. Él dudó, pero los policías le dijeron: "si no es ésta, ya te chingaste". Quizá pensó que le iban a regresar sus cosas y dijo que sí. Sólo me preocupaba que me fueran a desalojar de la vivienda que rentaba y de mis mascotas: un perro, un perico y varias tortugas.

Les dan un bono extra a los policías por cada detención que hacen. Se la pasaron humillándome, me dijeron que no había llegado por buena, que me tenía que chingar y que me iba a ir presa ocho meses. Lo peor fue cuando se enteraron mis hermanas, pero vinieron a apoyarme. Estuve detenida tres días, pedían 35 mil pesos para salir libre, pero ellas terminaron pagando 10 mil para que me dejaran ir. Antes me gustaba llevarles regalos a mis hermanas, pero ahora no me quieren recibir ni unos chocolates. Piensan que todo lo que les doy es robado. Si yo lo hubiera hecho, pues ya qué, ya me tocaba, pero no lo hice.

Aparte del *talón* me dedico a la costura. Se me facilita y me esmero en hacerlo. Cuando armo un vestido para mi show me envidian mis compañeras. Mi familia me pide que les ayude a arreglar su ropa. Mi papá me regaló una máquina de coser viejita, con ella le arreglo sus trajes y hasta hago mis calzones. Me hubiera gustado ser diseñador para crear cosas bellas.

Me gusta la película *El diario de una pasión*. La primera vez que conocí el amor también supe lo que era el dolor. Ahora sé lo que ellos piensan. Cuando ya no quiero estar con alguno, trato que se aleje de mí para no lastimarlo. Llevo tres años de conocer a uno que tiene un restaurante, ya me dijo que le intereso, pero lo que busco es compañía nada más. Ya tuve mucho sexo, hoy sólo quiero disfrutar el momento.

Estuve con una organización de *vestidas* de otro estado, pero no confío en ellas. Nos invitaron a una fiesta de 15 años y me filmaron con mis amigas. Después sacaron en la tele la grabación con el título *Sida y prostitución*. Y ¡ándale!, que salgo yo. Afirmaban que me había infectado de VIH en la cárcel. A partir de eso, bajé de peso y tuve que cambiarme de casa porque todo mundo me criticó. En Derechos Humanos me dijeron que no podían hacer nada porque era una televisora y que no podían ponerse con Sansón a las patadas. Caí en depresión. El VIH nunca me ha importado porque hay tratamiento. Me preocupa tener cáncer de próstata porque a todas las que he acompañado al hospital, ya no salen.

Antes usaba esponjas para trabajar y soñaba con tener busto. Todas mis compañeras eran guapísimas y estaban operadas. Pagué 800 pesos a un tipo para que me inyectara para tener más nalgas. Me subió la clientela, pesaba 64 kilos y en 15 días junté más dinero. Poco tiempo después me di cuenta que me habían puesto aceite Capullo. A otras les puso lo mismo. Nos pusimos graves pero no pudimos reclamarle porque el tipo ya había muerto.

Me gusta verme bonita para gustarles más a los clientes, hasta me han confundido con una mujer. Lo bonito de *talonear* es cuando compro mis cosas, hasta las que cuestan tres pesos me hacen sentir bien. Cuando llega alguien de 20 años me pregunto cómo alguien tan guapo me está pagando, muchas quisieran estar con él. Dejaría de *talonear* si alguien solventara mis gastos. El *talón* me dio el gusto por el momento, porque todo lo que ganaba me lo gastaba, pero me quitó la salud y la felicidad. Gasté mucho dinero en mi marido, aunque ya no está conmigo.

El cliente prefiere llevarse una chamaca y no a una cincuentona como yo. Me gustaría seguir trabajando más, pero ya no puedo. Las zapatillas ya no las aguanto, me duele la cadera porque usé tacones mucho tiempo. Deseo recuperarme de la vista y volver a ver bien porque no puedo ni ensartar una aguja. Tengo varios lentes porque no puedo estar sin ver. Mis amigas bromeando me decían que tenía que llegar en camilla para trabajar. Ahora me la quiero llevar tranquilamente, ya no tengo fuerzas, me gustaría vivir más.

Quisiera morir en mi cama y no en un hospital. Y que nadie sienta lástima por mí.

Mi papá ha sido un ejemplo. Nunca fumó ni tomó y su única mujer fue mi mamá. Vivo con él en la casa que era de mi abuela. Le dije que ya me sentía mal y arregló un lugar para mí. Quedamos en armar casitas de muñecas, pero como nos faltan herramientas las tendré que comprar con lo que gane de la *taloneada*. Sólo pienso trabajar un poco más para seguir construyéndolas.

No tengo casa propia. Me hubiera gustado tener mi propio hogar. Mi hermana y yo remodelamos el lugar donde vivo y aunque no es mío tengo que arreglarlo, pues no tiene ventanas ni piso de loseta. ¡Cuánto me voy a gastar!

La policía se enriqueció a costa nuestra. Nos cobraban hasta 200 pesos para dejarnos trabajar. Agarraban a una por una y nos llevaban detenidas para que las demás nos fueran a sacar. A mí no me golpeaban porque uno de los que venía en la camioneta daba 250 para que me bajaran, pero luego tenía que pagarle aunque fuera con sexo. No se vale que nos humillen y maltraten. Nunca nos respetaron, al contrario, nos tocaron muchos golpes.

De las de mi época sólo quedan la Mari y la Sara. En el *torito* dormíamos abrazadas y llegamos a compartir muchas cosas. La Génesis era como mi hermana, pero se empezó a burlar de mi situación, me dio en lo que más me duele. Dejé de ver a la gente que me hizo daño y dejé de tomar, convivo más con mis vecinos y las personas que me conocieron desde pequeño. Acepto que dañé a gente que me trató bien.

He pasado cosas increíbles, para no creer. Conocí gente muy chingona y me han llevado a sus casas que son lujosas. Me han pagado muy bien y he ganado muchos clientes. Así como en algún tiempo me quedé en la calle, también dormí en buenas camas. Quisiera que me recordaran como Kenia, un *transformers*, un travesti que imitó a las artistas.

11 VIRIDIANA

De los cinco a los 11 años mis tíos me utilizaban de *mula*. Me metían a un cuarto y con cinta me pegaban paquetes de droga en el cuerpo, me ponían ropa floja y me veía gordita. Me bajaban del auto cuando la policía quería hacer una revisión. Ellos sabían que a los niños y a las mujeres no los tocaban y por eso siempre nos dejaban pasar. A mi mamá le decían: "nos vamos a llevar a la niña de viaje unos días", y ella dejaba que me llevaran. Le conté lo que hacían conmigo pero no me creyó.

No entré por mi gusto. Mi mamá y mis tías me vendieron para que hiciera variedad en un bar. Los explotadores les daban un porcentaje a mis tías por las ganancias que obtenían de mí. Los clientes sólo iban a ver mi actuación. A los 14 años conocí al que sería el papá de mis hijos en el lugar donde me tenían secuestrada. Toda su familia tenía bares y él era un padrote. Me llevó a su casa, pero fui otra más para él. Con mi papá casi no conviví, pero en una ocasión llegó al bar. Estaba haciendo la variedad y me vio. Bajé rápido del escenario y quise hablar con él, pero se negó a escucharme.

Estando embarazada conocí a otro padrote y me fui con él a Toluca. El papá de mis hijos me pidió que regresara pero no quise, no le importó que supieran que me había ido con otro. El padrote con el que estaba viviendo me vendió con otro. Este tipo conocía al papá de mis hijos y me regresó con él. Aunque me seguía prostituyendo, me quedé un tiempo porque me quitó a mi hija y tenía la esperanza de recuperarla. Me obligaron a trabajar para mantener a mis hijos.

Elvira, de la Brigada Callejera, estaba repartiendo volantes cuando la conocí. La vi pero no pude hablar con ella, me vigilaban y tenía miedo. Un día me decidí, subí a la oficina y le platiqué muy rápido que me tenían amenazada con quitarme a mis hijos si no trabajaba. Los de Brigada me ayudaron a rescatar a mi hija, pero al otro hijo no pudimos porque lo tenía su papá.

Hace dos años me dejaron verlo. Antes no podía hablar por teléfono con él, pero ahora sí. Nos comunicamos más y ya le puedo preguntar cómo está. Hasta donde sé, lo tratan bien. Cada mes tengo que depositar dinero para sus gastos: escuela, ropa y comida. Lo dejé de ver cuando tenía diez años, no sabía nada de él, no lo vi crecer.

Mi hijo cumplió 17 años y tiene una venda en los ojos. Sabe que trabajo pero no en qué. Cree que vivo feliz con su hermana. Si su papá y su abuela llegaran a decirle a qué me dedico, yo le voy a contar cómo ellos me prostituían. Hace un mes lo dejaron que estuviera unos días conmigo por primera vez. No le he dicho nada, se lo



No entré por gusto. Mi mamá y mis tías me vendieron para que hiciera variedad en un bar. Los explotadores les daban un porcentaje a mis tías por las ganancias que obtenían de mi. Los clientes sólo iban a ver mi actuación.



contaría si se diera cuenta, pero si no, me llevaré el secreto a la tumba.

No sabía cómo trabajar en el *talón*, nadie me explicó. Me violaron en diferentes ocasiones, es lo peor que me ha pasado. Una vez me ocupé con un sadomasoquista, me dijo que lo practicaba con su esposa y me dejó amarrada en la cama. Grité con todas mis fuerzas hasta que subieron a ayudarme. El trabajo sexual es un trabajo como cualquier otro, aunque no es nada grato estar con alguien con quien no quieres estar. Si está sucio y le huelen los pies, es de lo más asqueroso que se puedan imaginar.

Los policías de la zona donde trabajo se dedican a robar a los clientes. Son culeros con otras compañeras, pero no se meten conmigo ni yo con ellos. No me dejo, he marcado mi distancia.

Hace medio año mi hija supo que soy trabajadora sexual, le he contado poco a poco mi vida. Antes tenía que dejarla en el hotel para irme a trabajar, pero un día empecé a traerla a la Brigada porque no tenía con quien dejarla. Se fue enterando de más cosas de mí por las entrevistas que me han hecho, y ella sólo dice: "siempre vas a ser mi mamá".

Es difícil ser madre soltera. Ya son adolescentes y me absorben, están más grandes y ya no se conforman con lo que les doy. En otro trabajo te pagan 500 pesos a la semana, con eso no los podría sacar adelante, no me alcanzaría para que siguieran en la escuela ni para la renta, uniformes, útiles y otros gastos. Si hubiera tenido una carrera tendría un trabajo estable, sería diferente.

Un hermano de mi abuelo me violó. También se lo dije a mi mamá, pero me dijo que era una puta, una zorra. Quedé embarazada y me corrieron de la casa. Yo no quería tenerlo porque era producto de esa violación; tomé tés, me inyectaron, hice todo lo posible por abortarlo. Cuando nació se lo di a mi mamá, no quería verlo. Nunca quisimos hablar de lo que me pasó. Ella falleció hace tres meses. Murió sin creerme nada.

No lo quise y no lo quiero. Se lo dije, pero después le pedí que me perdonara. No tiene la culpa, pero nada más lo veo y me recuerda todo lo que me hicieron. En una ocasión vivimos juntos unos meses pero no pude y le pedí que se fuera. A mis otros hijos los quiero, aunque sé que no van a estar toda la vida conmigo.

A mi hija le platiqué lo que me pasó. Estoy al pendiente de ella porque ya le iba a pasar lo mismo que a mí. Un estúpido se la quería llevar a Sudamérica para prostituirla. La agarró en sus cinco minutos de calentura, la embarazó y des-

pués le dijo que yo no la quería. Hablé con ella, le dije lo que podría pasar y decidió no tenerlo. Tuvimos que salir huyendo de donde vivíamos porque él la acosaba, la perseguía y la amenazaba. La quería vender.

Ahora se quiere comportar como adulta, pero todavía sigue siendo una niña. Debemos platicar con nuestros hijos, aunque nos duela tenemos que enfrentarlos y decirles lo que les puede pasar. Si como padres nos abriéramos más, hablaríamos de todo, si no les ocultáramos nada, no les sucedería lo que a mí. Quisiera decirles qué hacer y cómo cuidarse. Si pudiera regresar el tiempo, evitaría lo que a mi hija y a mí nos pasó. Las amas de casa a veces nos critican. Que no juzguen lo que no conocen. Nadie se acerca a preguntarme: "¿por qué estás aquí?".

Desde que mi hija era chiquita le empecé a hablar del condón, era tan natural para ella que hasta jugaba con ellos. Mi hijo sigue estudiando y le expliqué por teléfono cómo usarlo y qué son las infecciones de transmisión sexual. Le pedí que no fume y que no tome alcohol. Me gustaría vivir con él, pero como fue el primer hijo de aquel hombre, no lo deja que esté conmigo. Es diferente a su papá, me ha costado lograr que sea así.

La prostitución está en todas partes: en las discos, en los bailes, en el metro, en las plazas. En los bares estás encerrada y nadie se da cuenta. Se trabaja por ficha, por cuarto, por baile. Tienes que soportar a los borrachos y escucharlos: que no los quieren sus hijos, su mujer que ya está gorda. Una parece pinche psicóloga.

La trata de personas siempre ha existido. Antes nada más nos avisaban: "ya llegó una nueva". Ahora veo más menores de edad, aunque les pidan la credencial de elector muchas veces son falsas y los policías no pueden hacer nada. Si alguna me pide ayuda, se la doy aunque luego me meta en problemas. Ya hemos denunciado a varios padrotes y a las mujeres las hemos ayudado a rescatar a sus hijos.

Tengo clientes que son buena onda conmigo, pero nunca me he enamorado de ninguno, pues sé que primero te dan una cara y luego otra. Los sobrellevo porque de ellos me mantengo. Tengo que saber con quién. Si en el trabajo me cuido, por qué en otro lado no.

Si no guardas dinero desde joven para dejar de tajo la calle, después será más difícil. El tiempo no pasa en balde. Estoy consciente de que si sigo aquí voy a terminar mal, pero mis hijos ya están en la prepa y necesito dinero. Quisiera estudiar, pero por ahora no puedo, primero están ellos. Me siento muy cansada porque por más que trabajo y trabajo no sale para los gastos; me enfado, me enojo, quisiera mandar todo a la goma, pero no puedo porque veo que mis hijos todavía me necesitan. Quiero que ellos estén bien, no me importaría que no tengan mucho dinero, pero que sean buenas personas.

Nací en Michoacán y desde hace 15 años estoy aquí en La Merced. Como mujer me siento bien porque me he cuidado. Tengo 34 años y mi logro es haber terminado la secundaria. Tengo que agradecer a mi trabajo haber mantenido a mis hijos.

Soy Viridiana, la que no quiso estar aquí pero que ha soportado todo por sus hijos.

12 XÓCHITL

Hablo mazateco. Nací en un ranchito, un pueblito debajo de una sierra verde en Oaxaca, donde hay vacas y caballos. Un platillo que me gusta mucho son los plátanos verdes que se machacan con cebolla, arroz y frijoles. También me gusta la yuca hervida y los mangos verdes con sal. En mi pueblo no compramos el agua porque cae bien bonito de una cascada.

Viví con mi familia en una casa de madera. No teníamos luz ni qué comer. Era una niña muy traviesa; una vez prendí fuego, me gustó cómo se veía todo rojo, pero luego no pude apagarlo y se quemó la casa. Mi papá no me regañó.

Cuidaba puercos, patos y guajolotes y me gustaba ver los árboles desde mi ventana. No tuve juguetes y en mi pueblo no hay Reyes Magos porque no hay dinero. Yo quise tener una muñeca, pero me conformaba jugando con un tronquito imaginando que era mi bebé y con los pescaditos del río. Jugué con una tortuga que saqué del río y tuve por tres años a un gallo como mascota, pero se me murió por comer un hueso de pescado.

Mi papá tenía un terreno donde sembraba café, plátano, yuca, camote, piña, chayote y calabaza. Yo le ayudaba a quitar la yerba seca, a sembrar y a recoger el jitomate y los chiles. Jugaba con mis hermanos a las canicas, pero un día mi papá les dijo que me iba a dejar la mitad de sus propiedades por ser la más chiquita; ellos se enojaron y le dijeron que yo no tenía ningún derecho.

A los cinco años me iba a pescar, pero no era feliz porque mi mamá me maltrataba mucho. Yo pensaba que no era su hija, porque veía cómo a mis hermanos los quería más. Deseaba que me hiciera piojito, pero me decía “vete por allá” o me jalaba la oreja. Mi abuela tampoco me quiso. Cuando mataba un gallo para cocinarlo, quería que me diera de comer pero no me daba. Sólo me la quedaba viendo y me preguntaba por qué era así.

Mi papá tuvo dos mujeres y una de ellas me trataba bien. Mi mamá sabía que conocía a la novia de mi papá y por eso me golpeaba a cada rato, se desquitaba conmigo. Para que ya no me pegara más, mi papá prefirió casarme. Tenía 12 años y todavía me gustaba jugar con las canicas cuando me casaron por el civil con un muchacho de 15 años que tenía dinero. Les llevaron a mis papás su vaca, animalitos y un dinerito. Sólo recibí la orden de que en un mes me tenía que casar con él. Me aumentaron tres años de edad para poderme casar. Me vendió o como si así fuera.

Yo era muy chiquita y su mamá de él me bañaba. Una vez le dije: “¡señora, señora, venga, me corté o no sé qué me pasó, pero estoy sangrando!”.



Tenía 12 años y todavía me gustaba jugar con las canicas cuando me casaron por el civil con un muchacho de 15 años que tenía mucho dinero. Les llevaron a mis papás su vaca, animalitos y un dinerito. Sólo recibí la orden de que en un mes me tenía que casar con él.



Ella me dijo: "tú ya eres una señorita, así es esto, ya llegó tu día". A los pocos días festejaron que yo era virgen. Empecé a tener relaciones con él, pero no supe cómo me embaracé.

Él trabajaba en un taxi de su papá. Un día llegó con los ojos raros, creo que estaba drogado y me pidió dinero. Le dije que de dónde si yo no trabajaba, pero me ordenó que les pidiera a mis papás. Como no le hice caso me empezó a golpear con la hebilla de su cinturón, todavía tengo las marcas. En ese momento pensé, cómo un pinche cabrón me está maltratando y pegando, si mi papá nunca lo hizo conmigo. Le pedí ayuda a mi tío para meter a mi marido a la cárcel. Ya estaba embarazada y no quería regresar a la casa, sólo quería divorciarme.

Tenía 13 años cuando mi embarazo se complicó. Mi niña nació muy chiquita, de ocho meses. Me fui con mi niña y con mi tío a vivir a Veracruz. Yo no quería que mi hija conociera a su papá porque nunca me apoyó ni me fue a ver al hospital cuando nació su hija. Decidí irme a trabajar porque mi niña estuvo dos meses en el hospital.

Mi mamá todavía vivía cuando Juan, el marido de mi hermana, me quiso violar. En mi lengua le dije a mi mamá que él me había tocado mis partes y que estaba sangrando. Ella me regañó, dijo que yo había tenido la culpa y que no le dijera a mi hermana ni a nadie porque iba a haber problemas. Me dijo: "¿quieres que se maten tu hermano y él?". Ella prefirió sacarme antes de las siete de la mañana de la casa y no me daba de comer.

Yo miraba los árboles verdes y el cielo y me ponía a llorar. Se me ponían los ojos hinchados, pensaba que si hubiera estado mi papá vivo me habría apoyado. Como a las siete de la noche, mi mamá me gritaba: "qué no vas a dormir", y yo le contestaba: "¡pues cómo voy a dormir con tu yerno ahí dentro!".

Nadie me hacía caso, caminaba en la huerta, me apretaba las manos y pensaba: qué hago, tengo que salir de aquí, pero no sabía qué hacer. Un día ya estaban todos durmiendo y me levanté, un gallo comenzó a cantar, no supe qué hora era, agarré mis cosas y me escapé.

Caminé y caminé hasta llegar a la casa de una tía que vivía en el centro de Oaxaca. Toqué en su casa y le conté que me había corrido mi mamá. Al otro día salimos a ver a mi mamá y cuando llegamos ella nos recibió a palazos y le dijo a mi tía que no se metiera en su vida.

Una prima me trajo para el DF. Le hacía el quehacer, pero me dejaba encerrada. Una vez no llegó, pasaron varios días y no tenía dinero. Me puse a trabajar en un puesto de ropa en el Zócalo. No hablaba español, me enseñaron un poco mis patrones y tardé más de un año en saber algo. No sabía qué era el chile relleno, no sabía qué eran las costillas, hasta que me dijeron que era partes de un buey. Cuando me mandaban a comprar bistec, le decía a la señora que lo apuntara en un papel porque no fuera yo a traer otra cosa que no fuera, no quería que me regañara.

Estaba platicando con un primo en mi lengua cuando llegó una chica de cabello largo y se metió con nosotros. Me jaló la greña, me hizo enojar y que le doy. Nos hicieron *bolita* en la calle, la golpeé y le rompí toda su ropa. Me dijo: "voy a llamar a una patrulla", pero respondí: "a ti es a la que se van a llevar porque tú eres la que está molestando".

No vendía nada en el puesto. Llevaba tres semanas sin dinero cuando una señora de Pachuca me engañó, me dijo que sabía dónde había trabajo, que iba a tener un trabajo bueno y que iba a ganar mucho dinero y me fui con ella. Me llevó a un hotel de La Merced, me bañó, me pintó, y como yo estaba muy flaquita me compró una faldita. Nunca me pinté y cuando salimos de ese lugar sentí algo feo en mi corazón. Me puse a llorar, me vio mucha gente, pero no hicieron nada.

La señora me dijo: "vas a trabajar y te van a cobrar mil pesos". Yo dije: "¡pero yo no tengo dinero!", y ella: "no te preocupes, yo los voy a pagar, te los voy a prestar para que puedas trabajar". Pensé: y de qué voy a trabajar. Entonces la señora dice: "no te apures, te vas a parar en la puerta del hotel, van a pasar los hombres y te van a preguntar cuánto cobras y te vas a ocupar con ellos". Me sentí mal, no conocía a nadie ni tenía con quien platicar. Me puse muy nerviosa y lloré.

El primer señor que pasó me preguntó: "¿cuánto cobras?" Yo no le comprendí nada de lo que me decía, pero él me hizo señas para que le entendiera. Me fui con él y en el hotel me dijo: "acuéstate, no te voy a hacer nada". Me pregunté por qué un hombre me está tocando todo mi cuerpo. Se dio cuenta que tenía miedo y que estaba sufriendo y me dijo: "si no quieres estar aquí yo te puedo ayudar, te puedo sacar de aquí". Me preguntó quién te trajo, y le dije que la señora que está atrás de la puerta no me dejar ir.

Él no me hizo nada, me dio 200 pesos y se fue. Cuando salí del cuarto, estaba la señora a la que le dicen madrota. Me preguntó por qué me tardé tanto. Yo dije que no me tardé y que el señor ni siquiera me hizo nada, y me escondí el dinero que me había dado.

Le conté al encargado de los cuartos que no sabía hablar bien español, que no sabía yo nada ni cómo se trabajaba, y que la señora que me llevó me dijo que tenía que pagar mil pesos porque le estaban cobrando por dejarme trabajar. Le pregunté si la señora le había dado algún dinero por mí, me contestó que no, que sólo cobraban el cuarto y que no sabía nada de ese asunto. "No m'ija, ella te está engañando, quiere aprovecharse de ti y sacarte dinero, aquí trabaja la que quiere", me dijo.

Las otras muchachas se enteraron de lo que me estaba haciendo y me dijeron: "ya no le des

nada, nosotras te defendemos". Cuando ella llegó, las muchachas le dijeron que si no se iba llamarían a la patrulla. Entre todas la corrieron y no le pagué. Comencé a llevarme mejor con las muchachas. Andábamos siempre juntas y nos íbamos a pasear.

Yo era mensa pero se me quitó el miedo. Me llegó un hombre y otro y otro, y me dije que voy a hacer aquí mi vida. Cuando me preguntaban cuánto cobraba por hora, les decía que 600 pesos sin ropa. Si me decían que si tomaba con ellos, les cobraba 300 más. Me decían que pedía muy caro, que las otras cobraban más barato, pero les decía que yo era nueva, que si querían nos íbamos, o si no, que se fueran con las otras.

Trabajé en Toluca brincando en las mesas, cobraba por hora, me sentí bien pero no salía a trabajar a ningún hotel del centro. Nunca me pasó nada, pero sí hay la violencia. Es bueno para ganar dinero, pero es muy riesgoso. Te pueden pasar muchas cosas, como una compañera que nos contó que la había acuchillado uno de sus clientes.

Me empezó a gustar el dinero y llegué a ganar hasta cinco mil pesos porque te pagan más cuando te invitan a tomar y pues yo tomaba. Tenía un cliente que traía mucho dinero, por hora le cobraba mil 500 pesos. Él traía droga y empecé a drogarme y a tomar con él. Fue mi cliente durante cuatro años, y después ya no supe por qué, pero ya sola buscaba la droga y el alcohol.

Empecé a emborracharme más y me ponía agresiva. Me peleaba con las que me caían mal y con los hombres que me fastidiaban. Una vez una grandota me robó y me pegó. Me la encontré cuando bajaba del elevador y le reclamé. Me dijo que no lo tenía pero la esculqué y encontré mi dinerito, lo traía en su parte. De coraje le rompí su ropa y hasta la tanga le quité. Nos peleamos mientras mis compañeras me gritaban: "ya déjala". Todos se estaban riendo de mí.

Soy muy tonta. Me enamoré de un señor que tenía 40 años. Era un padrote que se hizo pasar por un cliente. Pasó en su carro y me preguntó cuánto cobraba, le dije 200, fuimos al cuarto pero no hicimos nada y me dio 500 pesos. Me dijo que me fuera con él, que me iba a cuidar, y entonces me fui. Me llevó a una casa y me dijo que ya había pagado la renta. Casi no estaba conmigo, cuando llegaba me dejaba cien pesos para comer, pero ni me tocaba. Me pregunté por qué me trae aquí si no vamos a estar juntos, no me llama, no viene a verme.

Un día me habló, le dije que ya se había vencido el cuarto y que la señora que le rentó ya quería su dinero. Me contestó: "pues vete a trabajar". Le pregunté de qué y me dijo: "de puta", y le grité: "puta tu chingada madre" y le colgué. Hablé con la dueña y le dije que regresaría más tarde. Metí la poca ropa que tenía en una mochila chiquita y me fui.

A las muchachas les conté y me dijeron que nada le dijera, ni dónde vivía ni con quién, porque luego acaban con la familia, que así eran los padrotes. También una señora me dijo: "¡no sea tonta, ese es un padrote, hasta te puede matar!". Después me buscó pero no me pudo hacer nada. Me subí a su carro y me dijo: "vamos a conocer a tu familia", pero le contesté que no. Sentí mucho miedo, a fuerzas quería conocerlos.


550

Regresó en la noche para que me fuera con él pero le dije: "no tienes derecho, me dejaste tirada como una perra, no me digas nada, si no te vas voy a llamar a la patrulla para que te lleve". Y se fue.

Una prima vio en qué trabajaba y le contó a mi familia. Cuando tuve un dinerito, busqué a mis hermanos para que me dieran una segunda oportunidad. Cuando los vi me dijeron que no era bienvenida porque yo era una puta, que qué les iba a enseñar a sus mujeres. Les dije que mi hija estuvo dos meses en el hospital, no tenía qué comer, y que quise construir una casa en mi terreno, pero ninguno de ellos me apoyó. Ellos me contestaron que ya no tenía el terreno porque ya lo habían vendido.

Mis tíos me querían como mi papá me quería. Me regalaron un terrenito y les di las gracias, pero les dije: "vamos a hacer un papelito para que no haya problemas". Me dieron los papeles y fue lo mejor porque cuando mi hermano me quitó el terreno, fui con mis papeles y me lo regresó. Construí una casita para mi hija y ya tiene dónde vivir.

Un día yo estaba borracha y me fui con un cliente. Me sentí mojada, no recuerdo bien si puse bien el condón pero se rompió. Luego me empecé a enfermar, no sé qué pasaba, hasta que me llevaron envuelta en una cobija al Hospital Gregorio Salas; me internaron pero no me querían atender los doctores y nunca me dijeron qué tenía. Cada día me ponía peor, no podía ponerme de pie, me sentía muy mal. Hasta las muchachas decían: "no la podemos dejar morir". Me sacaron de ahí y me llevaron a la Brigada Callejera.

Tenía frío y mucha sed. Elvira me hizo la prueba del VIH y me dijo: "saliste reactiva, pero no te preocupes, vas a estar bien". Yo me decía que cómo fue posible si siempre me cuidé, pero me acordé que varias veces se me rompió el condón. Me citó al día siguiente, pero me dijo que necesitaba mis papeles para llevarme a la clínica. Yo no tenía ningún papel. Fui temprano a la calle de Arcos de Belén y conseguí mi acta de nacimiento.

Cuando volví a Brigada Callejera, le dije a Elvira que ya no quiero nada, de todos modos ya me voy a morir, ya tengo el sida, pero me contestó: "tú tienes que vivir, conozco mucha gente que lo tiene y ha vivido muchos años si toma el medicamento". Le platiqué sobre mi hija, cómo la iba a dejar sola y se puso a llorar conmigo.

Yo no entendía ni aceptaba lo que me estaba pasando. Un día me corté las venas, tengo las marcas en las muñecas. Otro día me iba a colgar en la ventana del hotel con un mecate. En la Clínica Condesa me desmayé y una doctora le dijo a la señora Elvira que me llevara al Hospital Juárez. Me llevaron a Urgencias y me dijeron que me pondría bien. Me quedé hospitalizada dos meses, los doctores me decían que tenía que tomar el tratamiento para mejorarme, pero yo no quería tomarlo. Me la pasé un tiempo muy mal, no quería hacer nada, pensaba que ya no se podía hacer nada por mí. No tenía pareja ni a nadie, pero Elvira siempre estuvo conmigo.

Yo creía que no podía hacer mi vida normal, me daba miedo estar con los hombres, pero la señora Paty, también de la Brigada Callejera, me dijo: "puedes hacer tu vida normal, si usas condón puedes hasta casarte y seguir adelan-

te". Estaba muy triste y Mauricio, un psicólogo de la Brigada, me dio terapia muchos meses y después de un tiempo cambié y ya estaba como si nada. Me siento contenta, estoy indetectable y estoy controlada porque me tomo el medicamento a diario.

Está mal lo que a veces hacen en la Clínica Condesa. Hay gente que se está muriendo enfrente de ellos, pero si no tienes los papeles completos como la credencial de elector, la CURP o acta de nacimiento, no te hacen caso. Deberían ayudar a la gente.

Muchas de nosotras no usamos condón con los clientes porque dicen que no se siente lo mismo y nos dan más dinero. Yo no sabía nada del sida ni de infecciones de transmisión sexual, hasta que me ofrecieron estar como voluntaria en la Brigada. Cuando no estaba la señora Paty, llegaba gente y no sabía cómo atenderla. Llegaban a hacerse la prueba de VIH, de embarazo o a inyectarse.

Después de un tiempo empecé a hacer las pruebas a las chicas porque Paty me enseñó. Me gusta hacerlas, pero me ha tocado dar los resultados a tres personas que salieron reactivas. Yo las abracé y les dije que no había problema, que iríamos a la Clínica Condesa por su medicamento. Me gusta ayudarlas y decirles que tienen que echarle ganas.

Las infecciones de transmisión sexual también se dan por no usar condón. Hay casos muy fuertes como el virus de papiloma. He visto cómo llegan oliendo mal y con la carne cayéndoseles a pedacitos. Cuando es cáncer es lo que más me preocupa.



Yo no entendía ni aceptaba lo que me estaba pasando. Un día me corté las venas, tengo las marcas en las muñecas. Otro día me iba a colgar de la ventana del hotel con un mecate… Me la pasé un tiempo muy mal, no quería hacer nada. No tenía pareja ni a nadie.



Las pruebas de VIH, de infecciones de transmisión sexual y el papanicolaou se tienen que hacer cada seis meses para saber cómo están. Invito a las muchachas a que se las hagan, les digo que usen condón y que tengan cuidado al ponerlo porque se puede llegar a romper. Que vayan a la Brigada para que les hagan sus estudios.

Cuando *taloneaba* nunca tuve problemas con los policías. Al contrario, llegaban a contratarme y me decían: "sí te vamos a pagar, chaparrita". Nunca me pasó nada malo estando con ellos, siempre confié en que me cuidaban, pero una vez me detuvieron. Estaba volanteando e invitando a las chicas a Brigada para que se hicieran la prueba y checarse con la doctora. Llevaba una caja de condones y tres lubricantes. Los policías me detuvieron y no me dejaron hacer una llamada ni ir al baño porque decían que no tenían. Me trataron muy mal.

Ese día había muchas personas detenidas, la mayoría vendedores. Cómo pagar una multa si tienes hijos. Somos gente pobre, pero a ellos no les importa. En Brigada pensaron que me había quedado atorada en el elevador, hasta que un muchacho que también estaba detenido me dejó hacer una llamada. Ya era muy tarde, pero Elvira y Jaime fueron a sacarme.

Un día un chico me invitó a pasear. Lo conocí cuando salí a tirar la basura. El día que lo vi por primera vez me eché a correr porque se le veía cara de malo. El basurero me dijo: "por qué corres, chaparrita", y le dije que ese pendejo me está siguiendo. Varios días salía y lo veía, hasta que empezamos a platicar y me dijo que no le tuviera miedo, que quería salir conmigo, pero le dije que no.

Le pregunté que por qué me quería, y me dijo que vivía con su mamá que estaba enferma, y que se sentía solo. Y le contesté: "¡ah, entonces quieres mujer para que la cuide!", y me dijo que no, que acababa de llegar de Estados Unidos porque la señora con la que se había juntado lo quería meter a la cárcel y que no tenía trabajo. Un día fui a dejar un pedido de condones y me siguió, subió a la Brigada y le dijo a Paty que yo le gustaba y que quería ser mi novio, pero Elvira dijo: "ése es un padrote, se ve muy malo, no lo quiero ver aquí".

Cuando lo vi se lo conté. Él me dijo que sí me quería de verdad, y yo le contesté: "no te quiero, güey". Él me dijo que por qué le hablaba así, que él era diferente. "Me estas vacilando", le dije. Y él: "si quieres te llevo con mi mamá para que te diga si tengo novia o si estoy viviendo con alguien". Le conté mi vida, que fui trabajadora sexual y que tenía VIH. Le dije: "me ves bien porque estoy tomando medicamentos". Y él contestó: "no me importa, te voy a cuidar".

Comenzamos a vivir juntos en unión libre para ver cómo se comportaba, y cuando me convenció me casé con él por el civil y por la iglesia en la Catedral. Salí de blanco de la Brigada y no lo creía, yo me decía: "¡no puede ser!". En la iglesia me entregó Fabián, mi padrino, y a mi marido la abuela Estela. Después fuimos a mi casa en Nezahualcóyotl a celebrar mi boda. Todo fue muy bonito.

Con él siempre uso condón porque no quiero que se enferme. Es un hombre bueno, me lleva el desayuno a la cama. Nunca me ha dicho nada malo sobre mi pasado. Casi no nos vemos porque trabaja de noche. Hay veces en que va hasta los domingos porque gana más. Me dice que lo hace por mí.

Vivimos en un cuarto, estoy bien y no me falta nada. Me anima para que me arregle, me pinte y me vea guapa. Ya tenemos una pantalla y una estufa, hemos comprado nuestras cosas. En ocasiones él me lleva un chocolatito y mis ojos se abren muy grandes de felicidad. Nadie me había dado tanto cariño.

A mi hija la quiero mucho, procuro que esté bien, le mando todo lo que puedo. Cuando iba a la secundaria gastaba hasta cinco mil pesos en útiles. Cuando creció empezó a buscar a su papá, pero le contaron otra historia, que yo era la mala porque la había regalado. Nunca la regalé, yo sólo fui a buscar dinero para que ella tuviera qué comer y dónde estudiar. Ahora tiene 19 y está con su papá. No me busca, pero la quiero.

Con Rosa, mi hermana mayor, me llevé mejor. La vi como mi mamá. Cuando yo era niña me trató muy bien, me abrazaba y me hacía piojito, me quería mucho. Me hacía de comer frijoles, sopa aguada y caldo de gallina. Ella siempre cuidó a mi hija, pero un día se enfermó. Ya estaba aquí cuando mi tío Carlos me habló, me dijo que ella ya estaba muy mal, que ya no quería comer y que había pedido verme y hablar conmigo.

Cuando fui a verla me dijo que cuidara de mi hija, que me quería mucho y que en donde ella estuviera siempre me iba a cuidar. Murió en mis brazos y yo sentí que me moría también. Todavía me siento triste porque ya no está conmigo. Ni ella ni mi hija nunca se enteraron en qué trabajé.

Hasta que llegué a Brigada Callejera pude estudiar. Lo primero que me enseñó la maestra Beida fue a escribir mi nombre. Me costó mucho trabajo. Estuve en mi casa moviendo la mano para aprender a escribir más. Terminé la primaria y en diciembre el maestro Ricardo me entregó mi certificado de secundaria.

La gente me pregunta por qué estoy en Brigada Callejera si puedo estar en otro lado siendo muy bonita, pero les contesto que es mi casa y seguiré con ellos. A Elvira le digo mamá, porque con ella encontré lo que yo necesitaba. Me sentía triste y sola, no tenía con quién platicar lo que me ha pasado en la vida. Ella me salvó, me dio cariño y amor como si me hubiera tenido en su panza. No van a conocer otra mujer como ella.

Yo me decía que era una puta porque me acostaba con todos los hombres y les cobraba, pero ahora mi sueño es ser enfermera. Pienso cómo me vería con mis zapatos blancos y mi ropa bien planchadita. Quiero atender a los enfermos, ponerles el suero, darles su medicamento, tratarlos bien como a mí me atendieron.

Me estoy tomando un descanso en mi casa, con mi viejo, que me quiere sólo para él. Me dice que soy bien lista, que sí lo voy lograr. Tengo que ser fuerte, no me puedo quedar así, tengo que echarle ganas y salir adelante porque tengo muchos planes. Hasta ahorita sigo aprendiendo porque hay palabras que todavía no entiendo.

Soy Xóchitl, tengo 33 años. Me quiero mucho, me cuido, me baño, me perfumo. Creo que estoy muy bonita.

13 MIROSLAVA

Todavía existe la homofobia, incluso en la familia. Somos discriminadas, quizá porque no entienden por qué somos así. A pesar de todo, fui feliz en mi niñez. Mis padres y hermanos me trataron bien, me apapachaban y me daban todo.

Mi papá era alcohólico y nos sacaba a la calle cuando quería golpear a mi mamá. Él me decía: "si sales puto te voy a madrear", pero a mí me valía. En mi casa no se daban cuenta o hacían como que no sabían. Me encerraban en la casa desde las seis de la tarde y ya no me dejaban salir. Cuando tuve 16 años murió él y le dije a mi familia que era gay. Mi mamá se sacó de onda y mis hermanos me empezaron a decir puto, pero jamás me sentí culpable.

Culpable quien me *echó* la primera vez, tenía diez años y estaba en cuarto de primaria. Un maestro se dio cuenta que yo era gay y un día me dijo: "quédate, te vas a poner a hacer tantas planas de tarea". Total, cuando se fueron todos los alumnos me puso a mamarle el miembro y después me cogió. Me fui toda adolorida y sangrando. Me puse papel pero luego tuve que usar unos trapos como kotex.

Unas amistades de mi mamá me ofrecieron trabajo y me prometieron darme escuela, ropa y dinero. Fue una gran oportunidad para mí, ya no quería estar más en mi pueblo. Tuve relaciones sexuales con un hombre, fue bonito y feo a la vez. Él les dijo a sus amigos lo que hicimos y después todos querían abusar de mí. No quería, pero me amenazaron con decirles a mis papás. Por eso cuando me propusieron que me fuera, acepté. Puse tierra de por medio.

A los 16 años llegué a vivir a Taxqueña con una familia acaudalada. El dueño de la casa trabajaba en la Secretaria de Educación Pública. Ya vestía bien, tenía que llevar a sus hijos al parque y el quehacer de la casa. A los dos meses de estar en el DF murió mi papá y tuve que ayudarlos para el entierro. En mi trabajo me dejaban salir sólo a misa o a lugares cercanos. Sólo duré dos años con ellos.

Después empecé a viajar en el metro hasta que llegué al centro. Conocí varios lugares como los cines Sonora y El Colonial. Descubrí muchas cosas siendo transgénero y fue fácil convivir con personas de mi misma preferencia sexual. Las escuchaba decir: "me fue bien anoche, saqué tanto". Les pedí que me llevaran para ver qué se sentía. La calle me deslumbró. Dejé la escuela, el trabajo que ya tenía y me fui metiendo más al *talón*. Jamás pensé estar de lleno, pero me encantó.

Hace 40 años el trabajo sexual era mejor pagado. Me alcanzaba para muchas cosas y podía darme lujos. Nos iba bien porque éramos pocas.

Una vez en la calzada de Tlalpan se acercó un auto y me dijo que si quería ir con él. Yo era joven, caderona y de buen ver. Me pidió que se la chupara y me dio 50 pesos. Pensé: todavía que vamos a tener sexo me va a pagar. Recordé que en mi pueblo no me daban dinero, al contrario, si no lo hacía me amenazaban.

Antes se ganaba mucho pero ahora no puedo decir que me hice 4 o 5 mil pesos. Quien lo diga está mintiendo. Hoy puedo ganar 100, 200 pesos, a veces hasta por 50 pesos me he ido con un cliente. Sólo me alcanza para medio comer. Tengo que hacerle de todo. Hago banquetes, vendo comida, tamales, atole y muchas cosas más. Doy lo mejor de mí, pero últimamente no sale ni la inversión. Si tuviera otra alternativa, la tomaría. Está mal el país, está dura la crisis.

Me enamoré tres veces. A los 18 años tuve una pareja y duramos 15 años juntos. Para mí era todo color de rosa, pero era celoso y borracho. Por eso lo dejé. Con el segundo viví seis meses, yo era desconfiada y tenía que estar más a las vivas, no lo entenderían. Ahora tengo más experiencia para ver las cosas de otra manera. Antes era celosa y peleonera porque nunca me han gustado las mentiras.

Existe el amor a primera vista. Con el último llevo diez años y lo he respetado. Él es más chico que yo, tiene 26 años y lo conocí en mi trabajo. Me llamó la atención pero no se lo dije de inmediato y se dio la relación. Le he pedido que sea más comprensivo y que no haga caso de lo que escuche de mí. Él la hace de todo, tornero, carpintero, plomero y es vendedor. Ha pasado por mí al trabajo y platicamos de cómo nos fue en el día. Mi relación va por buen camino.

Me ha pedido que me retire, que si conozco el negocio de la comida por qué sigo aquí, pero me es difícil dejar la calle. Tengo que estar preparada para el día que se tenga que ir. Tiene derecho a tener hijos y es algo que no le puedo dar. No quería aceptar esa posibilidad pero sé que puede pasar. Llevo diez años con él y me gustaría que viviéramos felices hasta que la muerte nos separe.

Me he enamorado de los clientes y ellos de mí. Me han abierto la puerta de su carro, me han dado rosas, me han llevado a comer y a tomar algún jugo. Muchas veces no me buscan por el sexo, sólo quieren estar conmigo. El matrimonio es difícil. Una vez fui a una boda, y a las dos horas de haberse casado, el novio ya estaba haciéndole el amor a otra en el baño. Ya me imagino cómo sería yo estando casada, si la mayoría somos promiscuas. Creo que no se necesita un papel para vivir con quien amas.

Mi familia ya me aceptaba y hasta entraba a la casa de mi mamá con tacones, blusitas y toda hormonizada. Estuve a punto de cambiar de sexo pero mi madre no me lo permitió, me hizo reflexionar para que no lo hiciera. Creo que fue lo mejor. Hay compañeras que se han operado y sufren todavía. Tienen que ir con psicólogos y tomar medicamentos constantemente, pero otras han dejado el tratamiento y se les va la onda.

Hace 28 años me operaron en 45 minutos las bubis. Me salió en 350 mil pesos de los de antes. Cambió mi físico y me levantó la autoestima. Me veía mejor, me buscaban más los hombres y me subió la clientela. Mi mamá vio que ya me habían operado porque en mi pueblo se acostumbra bañarse al aire libre. Estuvo molesta

unos días pero luego se le pasó. Los implantes afectan si los tienes a largo plazo. Con las hormonas llegué a ser talla 36, pero las dejé porque me afectaron.

Yo tuve la culpa, me dejé inyectar aceite en el cuerpo y estoy mal. No les recomiendo que se operen con doctores que no hacen bien su trabajo o con personas que aplican aceites sin saber lo que hacen. Busquen un experto que les garantice el trabajo.

Tengo diabetes y me da miedo hacerme alguna operación. Diario me baño y me doy mi manita de gato y me pinto. Antes tenía que estar a la moda, tardaba hasta dos horas y media en arreglarme y tratando que combinaran los zapatos, la bolsa y la ropa. Me arreglo aunque soy de la tercera edad, tenemos que vernos bien. Aunque tenga pechos ya no trabajo igual, ya estoy vieja.

Vivimos la época de Hitler en versión Negro Durazo. En la época de Durazo eran muy sanguinarios, nos golpeaban, pisoteaban, nos amarraban y nos aventaban al río de las aguas negras que estaba por las colonias San Felipe de Jesús y Aragón. Nos amarraban y nos colgaban en los árboles del Ajusco. Tenían que estar drogados para tratarnos de esa manera. La policía no ha cambiado, hay leyes, no las respetan, siguen igual.

En el 85, después del terremoto, me violaron unos sardos. Me pusieron a mamarles el miembro y me penetraron. Se lo conté a mis compañeras pero no pude denunciarlos. Dónde los agarraba, si el edificio estaba derrumbado. Hay compañeras que las han matado, como a Melisa, que nunca supimos quién fue. A otras las han violado en los puentes, pasos a desnivel y calles oscuras. Cuando me quieren agredir tengo que contestar del mismo modo. Tengo que actuar con astucia, pues a veces me he topado con psicópatas. Al final tengo que reaccionar como hombre, no me dejo.

He perdido a compañeras que han defendido sus derechos, las han matado. También he tenido la satisfacción de conocer organizaciones que nos han ayudado sin recibir nada a cambio, como Brigada Callejera. Tengo más de 12 años de conocerlos y nos han apoyado en nuestra salud, tenemos consulta dental y nos dan medicamentos gratuitos. Tienen un programa de mercadeo social de los condones Encanto, son muy baratos. Nos han informado cuáles son nuestros derechos laborales y legales para estar en la calle. Nos dicen que no nos dejemos engañar por las autoridades. Una compañera me habló de ellos, al principio no estaba muy segura pero después me dieron confianza.

Siempre he sido activista. Me nació cuando me di cuenta cómo pisoteaban la dignidad de las personas. Aprendí a defenderme y he estado en contra de las arbitrariedades policiacas, de personas abusivas, de organizaciones que utilizan a la gente y del gobierno extorsionador. No me gustan las injusticias.

Nos organizamos con Brigada para realizar cada año el Encuentro Nacional de Trabajo Sexual. Nos cooperamos para la comida y los pasajes si vamos a otros estados. O a veces damos alojamiento aquí. En los encuentros decimos: "todas para una y una para todas, si una es agredida todas nos defendemos". Si la policía quiere llevarse a alguna, nos tienen que llevar a todas.

Hemos apoyado a los de Atenco y a otros movimientos que han tenido personas detenidas injustamente. Antes no lo veíamos así, ahora sabemos que también nos han hecho lo mismo.

Hace más de diez años se dio a conocer el caso de la Mataviejitas, nos querían inculpar porque pensaban que era un travesti el que las asesinaba. Nos llegó un operativo donde participaron Seguridad Pública y ministerios públicos. Fueron a diferentes puntos donde estamos las *vestidas* trabajando, San Antonio Abad, el Eje 6, la calle de Nuevo León y muchas más. Nos remitieron a la delegación Benito Juárez en calidad de detenidas.

El gobierno es un culero, todos se echaron la bolita. Decían que la orden había salido de la Secretaría de Seguridad Pública, otros que de la Secretaría de Gobierno del Distrito Federal, que había dado la orden el Jefe de Gobierno, que no, que fue de Presidencia, fuerzas especiales. Total que nos tuvieron detenidas más de ocho horas. Hubo quien pagó la fianza pero nosotras no, pues sabíamos que no éramos culpables. Fue una manera de meternos miedo y nos trataron de la chingada. Funcionarios como Laura Noriega negaron todo lo que nos hicieron, dijo que eran mentiras nuestras.

La explotación sexual se da contra niños, adultos y de la tercera edad. Los padrotes actúan con mentiras. Engañan a las chicas, les dicen que las quieren, que les van a dar una mejor vida, pero no es así. Las obligan a trabajar en el sexo todo el día, las llevan a la calle o a un bar. En La Merced hay chicas trabajando en *babydoll*. Nosotras trabajamos en la calle de Izazaga y hemos visto cómo las llevan o las recogen en carros del año. No se dejan ver los padrotes, nunca están solos, tienen gente atrás de ellos. Las vigilan del trabajo al hotel para que no se vayan. A muchas las embarazan para después quitarles a sus hijos, además de amenazarlas con matar a su familia. Brigada ha acompañado a mujeres explotadas para denunciarlos y meterlos a la cárcel.

Una vez fui a comprar mi mandado a La Merced y encontré a unas chicas dando vueltas en un callejón. Me paré a verlas, pero me corrieron algunas chicas y después varios tipos. En pleno día la policía estaba ahí y no hizo nada. Se debe detener el trabajo forzado, pero se necesita una legislación para que disminuya la corrupción de las autoridades. Se debe castigar la trata, sin corrupción ya no dejarían salir a los padrotes.

Los padres tienen que estar atentos a sus hijos y tratarlos bien para que no caigan en estas redes, pues los pueden seducir con engaños. En algunas comunidades indígenas es una costumbre cambiar a las mujeres por una dote o venderlas. Se las llevan pero los padres no imaginan que las van a obligar a vender sexo. Podemos prevenirlos y evitar una tragedia.

Hace cinco años hicieron un operativo para rescatar a personas forzadas. Detuvieron a los tratantes y ahora están presos. Las autoridades saben el *modus operandi* de las redes de explotación, pero no se puede acabar porque con una mordida los dejan libres. La extorsión se da en todos lados, con vendedores ambulantes, indígenas y muchos más.

La policía nos ha inventado delitos, actúa con toda impunidad. Cuando te acusan de robo tie-

nes que dar hasta 30 mil si no quieres llegar al reclusorio. Nos han pedido sexo oral o anal para dejarnos ir. Por una falta administrativa me han pedido de 20 a 30 mil, aunque sé que la multa es de mil 600 pesos. Antes nos extorsionaban cuando querían, pero ahora no, pues sabemos nuestros derechos.

Un licenciado nos ayudó a denunciar a los camioneteros, además fuimos a poner una queja a la Comisión de Derechos Humanos del DF. Gracias a eso salió la recomendación 8/94. Las autoridades me ofrecieron un cheque en blanco y un departamento en la Condesa para que retirara la demanda. No acepté, todavía no me ha ganado el hambre.

Poco después trataron de matarme. Llegaron unas personas a mi departamento y dijeron: "¡ella es!". Me eché a correr, habían dejado la puerta abierta del edificio y logré salir. Me resguardé en las instalaciones de la Comisión de Derechos Humanos. No ganamos como hubiéramos querido, pero cuatro personas están en el reclusorio.

Hemos denunciado en la Fiscalía de servidores públicos a los policías que nos han extorsionado. Cuando nos enseñan los álbumes que tienen nos es difícil reconocerlos, pues en las fotos están con gorra y lentes o tienen un nombre diferente a los que denunciamos. Las denuncias que hemos hecho no han procedido porque entre ellos se defienden. Cuando los hemos podido reconocer, como castigo los mandan en bicicletas a cuidar bares, residencias o calles. No permiten que lleguen a la cárcel, aunque saben que cometieron un delito.

En los operativos nos tratan de la chingada, nos gasean, nos humillan y nos martirizan física y psicológicamente. Nos han dicho: "¡órale hijos de la chingada, pásenle para acá!". Nos han amenazado con fincarnos un delito. En años anteriores teníamos más miedo, pero ahora, aun conociendo nuestros derechos, nos siguen llevando con el pretexto de combatir la trata de personas.

La inteligencia no se mide. Un comité vecinal le dijo a un diputado que en las noches se hacía sexo en los carros, creyó que éramos nosotras y nos quiso demandar. La mamá de él nos defendió, dijo que quienes lo hacían eran los propios vecinos. Nosotras le refutamos con la ley de cultura cívica y él ya no pudo hacer nada.

Estamos de acuerdo en que se castigue a los tratantes, pero se necesita estudiar y revisar minuciosamente la ley contra la trata de personas. No todas somos víctimas o victimarias. Las leyes se tienen que hacer tomando en cuenta a las partes involucradas y no de la noche a la mañana. Se deben implementar nuestras propuestas, pero desafortunadamente nunca se nos ha tomado en cuenta.

Los medios de comunicación no dicen la verdad. Son prejuiciosos y se venden, sólo dicen lo que el gobierno quiere, distorsionan todo. Por qué no dicen que tenemos derecho a una legislación sobre trabajo sexual. Nunca dicen lo que opinamos, les pasa lo mismo a muchas personas de diferentes lugares. Hay quienes hacen bien su trabajo, muestran las realidades tal cual. Cuando nos preguntan cuánto ganamos, les contestamos que cuando nos va bien nos llevamos hasta tres mil pesos. Les pediría que si quieren una entrevista o un reportaje, lo hagan con criterio y

con ética profesional. Tienen que informar nuestro sentir, no como el periódico *Alarma,* que en sus encabezados pone: "Matólo por jotolo", "Redada de mujercitos", "Lilo asesinado".

En 1985 conocimos la pandemia del sida y se pensaba que los putos éramos el principal foco de infección. La Secretaría de Salud inició una cacería de brujas, nos llevaban y nos sacaban sangre a la fuerza. Nos discriminan los doctores porque muchas veces no nos quieren atender. Tengo una sobrina con VIH y siempre le pido que me diga si la tratan bien en la clínica, si no para denunciarlos. La necesidad hace que muchos no utilicen el condón. Las mujeres con padrote tienen que llevar la cuenta, si no la juntan se ven forzadas a no usarlo para ganar más. También nosotras llegamos a discriminar a las compañeras que tienen VIH.

A veces no nos protegemos con nuestra pareja porque creemos que nos es fiel. Existen más infecciones de transmisión sexual como la gonorrea, sífilis, el virus de papiloma humano y chancros, por eso debemos usar siempre el condón. Cuando el sexo se hace con responsabilidad, no hay problemas con el VIH/sida. Si una persona es portadora tiene que cuidarse más porque se puede reinfectar.

Me gustaría morir dormida, sin que padezca alguna enfermedad. Tengo 56 años y ni por un millón de pesos tendría sexo sin condón, si lo hiciera lo llamaría pendejismo de mi parte.

Antes teníamos que portar una credencial de Conasida para que nos dejaran trabajar, pero se prestó a extorsiones. Con el apoyo de Brigada logramos derogarla porque estaban violando nuestros derechos. Nuestro trabajo no está permitido pero está tolerado y tenemos que cumplir la ley de cultura cívica, para estar bien con los vecinos. Nosotras hemos llegado a varios acuerdos con ellos para poder trabajar, ropa moderada de ocho a once de la mañana porque a esa hora todavía pasan niños de la escuela, pero la verdad a varias les vale madre.

Hay violencia entre nosotras. Se dan las agresiones físicas y verbales. Muchas se pelean por financiamientos y se dan con todo. Existen envidias, quién es más, quién está mejor, quién es regia. Las evito, yo llego a trabajar. Unas compañeras me quisieron agredir pero no me dejé y hasta me acusaron con la Brigada. Tenemos que concientizarnos, estar unidas para reunirnos y ver lo que nos está pasando. No tenemos que golpearnos, finalmente somos varones pero con principios.

Una tal Samantha tiene una estética y la disfraza para ejercer el trabajo sexual. En las cárceles se puede trabajar, pero sé que se tiene que dar mordida. En las iglesias, bibliotecas y museos he sacado clientes, donde se pueda es bueno. Hay clientes adictos a las drogas y nos invitan, si les gusta ya se chingaron. Muy pocas veces me he ocupado con clientes así.

Algunas viven deplorablemente, sólo trabajan para drogarse. No limpian su casa y van perdiendo el gusto por arreglarse. Lo hacen porque les gusta, por despecho o cuando se enteran que tienen VIH. Creen que se sienten mejor, pero en realidad están atrapadas. Una conocida tenía sida, le conseguimos un albergue para que la cuidaran porque no tenía familia, pero se dieron cuenta de que se drogaba y la corrieron de ahí.

Llevamos 12 años en la cooperativa Ángeles en Busca de la Libertad, que se formó para ser conscientes y prepararnos más. Participamos en congresos y difundimos lo que el gobierno hace en contra de nosotras. Cuando muere alguna compañera tenemos servicios funerarios gratuitos, ya es menos el dinero que tenemos que cooperar entre todas.

Nuestros objetivos son luchar contra el VIH, capacitar a cada compañera como promotora de salud, fomentar el uso correcto del condón, hacer campañas de prevención de infecciones de transmisión sexual, contra la trata de personas y la explotación sexual, entre otras más. Tenemos que seguir dando la batalla. Por organizarnos hemos tenido represalias del gobierno y de otras organizaciones.

La mayoría de las compañeras vienen de Veracruz, Oaxaca, Tlaxcala, Puebla, Monterrey y otros estados más. Hay varias que han claudicado, pero yo seguiré hasta donde pueda. Llevo muchos años en esto y todavía no me pesa ir a juntas, marchas o eventos. Debemos seguir sensibilizando más a las compañeras para que sigamos apoyándonos junto con Brigada Callejera.

Somos un grupo organizado. Quien apoya tendrá lo mismo, quien no, no tendrá nada. No se vale que cuando les aprieta el zapato estén ahí y cuando no, ni se aparezcan. Cuando se llevan a una compañera injustificadamente tenemos que ir a hablar con el Ministerio Público. Saben bien que no pueden probarle nada, pero nos dicen que se va a quedar detenida de 24 a 48 horas, aunque al final la tienen que dejar libre.

Los policías extorsionan a los clientes amenazándolos con decirles a sus familiares que estaban con un gay y ellos por miedo terminan dando dinero. Una vez estaba descansando en mi casa y me llamó por teléfono una compañera para que la fuera a apoyar. Se la querían llevar porque estaba platicando con un amigo en su carro. Llegué y estaba un policía muy prepotente, decía que era el comandante de la zona. Le pregunté: "por qué te la quieres llevar". Me contestó que ellos estaban haciendo cosas indebidas. Le dije: "de cuando acá tienes vista de rayos X para ver quién tiene el miembro parado, no estaban haciendo nada y no te los vas a llevar", pero terminaron sacándole 200 pesos al chavo.

Vivo de mi trabajo y decido con quién tengo relaciones. No soy sexoservidora porque no sirvo a nadie. Prostituta tampoco porque esa es la persona que tiene que dar sexo para obtener un trabajo, una ropa, un ascenso u otra cosa. Me considero trabajadora sexual porque es un trabajo remunerado.

Tengo mamá, hermanos, sobrinos, tíos y primos. Son los más cercanos a mí y ya nos llevamos bien. Cuando inicié no tenía muchos sueños, sólo el deseo de ayudar a mi mamá, a la familia, y que pudieran estudiar mis sobrinos. Lo he logrado, pero ya no me será tan fácil. Soy diabética, estoy vieja y aunque tengo pechos ya no trabajo igual.

14 SALOMÉ

Una vez mi marido me violó. Él estaba tomado y me forzó, le dije que no quería pero no me hizo caso, él a güevo que sí y que sí y terminé haciéndolo por obligación. Al día siguiente platicamos y le dije que lo que hizo se llama violación, él no aceptó y me contestó que yo era su mujer. Le dije que estaba de acuerdo con eso pero que así no son las cosas. Me dieron ganas de llorar, ya no quería que me tocara.

Estaba bien chamaca. Tenía 21 años cuando me salí de mi casa porque tuve un problema con el papá de mi hijo. Él era mayor que yo, machista y muy celoso. Un día discutimos y terminamos peleando bien feo. Le perforé un pulmón y tuve que salir huyendo. Yo soy de Nicaragua. No sabía a dónde ir ni con quién.

Conocí a una señora que me recomendó un trabajo y me llevo en autobús a Guatemala. En ese lugar me recibieron muy bien, pero poco tiempo después me di cuenta que el rollo era otro. Pensé que trabajaría de mesera pero no fue así. Estaba sola y tuve que acostumbrarme a esta manera de trabajar, a este estilo de vida, a todo. Llevo cuatro años sin descansar.

La primera vez que estuve con un cliente fue horrible. Tenía 15 días de estar en el negocio, sólo fichaba pero esa vez me tocó hacerlo. Aunque la persona me trató muy bien, yo tenía mucho miedo y me puse a llorar. De los nervios me bajó la regla y me duró como 15 días. Para mí fue traumante, imagino que a muchas compañeras les pasó lo mismo en su primera vez.

Después de eso fui agarrando coraje. Conforme pasa el tiempo las circunstancias cambian. Ahora me relajo, ya soy dueña de mi propio tiempo y tengo mi propio horario de trabajo. Ya no estoy con la misma presión que cuando empecé. Es algo que yo decidí, nadie me obligó, lo hice con mi propio consentimiento.

En Chiapas conocí a una muchacha que tiene una niña, desde que nació la ha procurado y siempre hay quien la cuide mientras trabaja, aunque a veces se le complica la situación. Ella siempre ha estado a mi lado y hemos salido adelante. Como mamás queremos lo mejor para los hijos. Aunque no estoy en mi país, prefiero preocuparme por mis dos hijos que tengo, uno de 11 años, una nena de cuatro y estoy esperando un bebé. Ellos estudian y nos llevamos muy bien, saben a lo que me dedico y a la niña ya hasta le gusta bailar el tubo.

Antes de trabajar en esto tuve una experiencia padre y rara a la vez. Fui a tomar unos tragos con mi jefe y unas compañeras del trabajo a un *table dance*. Recuerdo que estábamos bien borrachas pero me llamó la atención ver cómo unas chicas

bailaban en el tubo, terminé haciendo lo mismo y me gustó. Una cosa es ver y otra hacerlo.

En Tapachula trabajé en un bar, está muy bien el lugar y los que trabajan ahí son muy buenos compañeros. La dueña del negocio era un poco alzada y altanera, y la agarró conmigo desde que me conoció. Nunca existió una relación respetuosa entre nosotras, siempre que podía me agredía. Al principio yo era callada, hasta que un día me sacó de quicio y le dije sus cuatro cosas y ya no le gustó. Terminamos discutiendo y mejor me fui. No regresaría a trabajar ahí.

Sí conozco casos de trata de mujeres. Es cuando las transportan de un lugar a otro, las encierran, son explotadas y empiezan a hacer plata a costa de ellas. En Guatemala conocí a varias chicas que son de zonas rurales, fueron enganchadas por padrotes, les cobraron de 50 a 100 dólares por ponerlas a trabajar en un bar, aparte de que el dueño del negocio pagó por ellas. Hay muchas mujeres que en los primeros meses trabajaron prácticamente para pagar a los tratantes y a los dueños de los bares, mientras que ellas se quedan sin nada de plata. Ahí es normal el trabajo sexual con menores de edad, las tienen viviendo en los negocios y les dan de comer. Conocí a varias de ellas, se salieron de sus casas porque sufrían violencia familiar y por eso prefirieron este trabajo.

Nunca me han pedido cuota por trabajar, lo que sí he pagado son los cuartos. En unos cobran más que en otros. Tampoco he tenido un padrote, pero sí sé cómo son. Tienen una antigua práctica, las engañan y las enamoran, y cuando se ponen difíciles, las secuestran. La mayoría de las chavas terminan enamoradas de sus padrotes y otras son amenazadas con quitarles a sus hijos o matar a sus familias.

No hay padrote que sea feo, pero no se pueden distinguir sólo por su forma de vestir. La mayoría pagan buenas fichas, tienen labia y una manera muy especial en cómo se te acercan. Una vez en Tapachula llegó uno como cliente, era muy simpático, olía, vestía y caminaba muy bien. Me dijo cómo se hacía dinero en Tijuana, prometió llevarme para hacer mucha lana, que porque el dueño del lugar era su amigo. Yo le contesté que ni papeles tenía. Preferí cortarlo, aunque varias chicas sí se fueron con él porque regresó constantemente al negocio.

La explotación sexual no sólo la hacen los padrotes, también las parejas. Ellos también las obligan a trabajar. No sé si lo hacen consciente o inconscientemente, no sé si por estar bien con ellos o porque les gusta que las manden, pero muchas compañeras lo hacen por su propia voluntad. A mí nunca me ha pasado eso con una pareja.

En el bar había una cabrona que llegaba todos los días porque el marido la madreaba si no iba a trabajar. Creo que le gustaba que la trataran así, porque hasta le compraba mariguana al hombre. Ahí andábamos nosotras de pendejas defendiéndola y ella yéndose con el hombre. Al final la dejamos en paz. Al poco tiempo, una chica de Honduras lo denunció, pero el caso quedó abierto. Todas creímos que no lo iban a encerrar, pero después de varios años ya está pagando todo lo que él hizo.

En otro bar de la frontera entre Guatemala y México obligan a muchas chavas a trabajar, las tienen encerradas en cuarterías y las venden. Las

drogan y pasa uno y pasa el otro y otro. Creo que ni comida les dan. Dios me libre de estar ahí. Está de la chingada que te obliguen.

Si yo pudiera les prendería fuego a todos los padrotes, sobre todo a los que explotan a las menores de edad. No sirve confiar en las autoridades, sería mejor tomar otras medidas, como dejar a todos sin su pito o quemarlos vivos. En mi país, cuando pasa algo así se lincha a la gente. No es posible que una persona adulta abuse de una menor de edad.

Hace tiempo me contaron de un hombre que estaba a cargo de un negocio. Siempre se llevaba a las chavas, las enamoraba y después las ponía a trabajar. Había ocasiones en que les pegaba y quién sabe cuántas chingaderas más les hacía. A muchas chicas que todavía trabajan las trató como mierda. Cuando lo conocí pensé en cómo me hubiera gustado estar en esa época, porque yo sí lo hubiera matado.

Sí tenemos libertad, trabajamos voluntariamente, pero hay muchos que se aprovechan y hacen lana a costa de ellas. Si todas trabajáramos en conjunto, ya no existirían las violaciones, el tráfico de órganos ni la trata de personas. Si vendo mi cuerpo es para que yo le saque provecho, no para que otros lucren conmigo.

Lo que hace falta en los pueblos es información. En Nicaragua conocí a una señora que vendió a sus tres hijas a un hombre. Y el otro día en Oaxaca escuché en un programa de radio que hay pueblos donde las niñas de 12 años salen embarazadas de sus propios papás, prácticamente paren un hijo y hermano a la vez. En estos lugares no hay educación, ni siquiera conocen lo que es un condón. Sería importante acercarse a estas comunidades y brindarles más información. Creo en la comunicación y la confianza que se debe tener con los hijos, decirles cómo son las cosas, lo que está bien y lo que está mal. Lo primero que les advierto a mis niños es cero pláticas con desconocidos o tomarles dulces o algo más.



Hay muchas chicas que en los primeros meses trabajan prácticamente para pagar a los tratantes y a los dueños de los bares, mientras que ellas se quedan sin nada de plata. Ahí es normal el trabajo sexual con menores de edad, las tienen viviendo en los negocios y les dan de comer.



Lo que sale en los medios de comunicación sobre nosotras no es cierto, pero el amarillismo de la prensa jala lectores. No todos los periodistas son transparentes. Una vez, uno nos confesó que tenía que alterar la información para que sus jefes estuvieran contentos y le recibieran la nota. No debería ser así, debe decirse la verdad, pero prefieren exponernos públicamente y eso nos chinga psicológicamente.

Durante dos años seguidos la policía hizo operativos en Tapachula cada tres o cuatro meses.



Varias compañeras fueron obligadas a migrar, unas se fueron a otros estados a trabajar y otras regresaron a sus país. Lo primero que se dijo es que habían cerrado tal cantina o tal bar porque había trata de personas y que encontraron menores de edad, pero no fue así. Cuando salió en las noticias que rescataron a no sé cuántas chicas, nada más lo hicieron para extorsionar al dueño del negocio. A nosotras nos chingaron también. A varias chavas se las llevaron, lo primero que les hicieron fue sacarles plata y luego las metieron presas.

La información que dan los periodistas en Chiapas es una vil mentira, pero les pagan por hacerlo. Nos afecta bastante, porque cuando pasan estos operativos nos exponen ante la sociedad, violan nuestros derechos y ya no podemos trabajar. Hasta dijeron que una chica se había suicidado porque la habían obligado a prostituirse, pero eso fue falso. No sé si nos tienen miedo, respeto, quién sabe, pero creo que hasta odio nos han agarrado.

El gobierno mete las narices donde no debe. No le cuesta nada que nos dejen trabajar y hacer lo que nos gusta, pero no nos deja hacer absolutamente nada. Una vez un policía me dijo: "pinche puta centroamericana", y eso pega psicológicamente.

Las infecciones de transmisión sexual más comunes en el trabajo son el papiloma humano, el herpes, la clamidia y varias más. Algunas compañeras que se infectaron de alguna enfermedad quedaron sin cabello, flacas, pálidas, como si tuvieran cáncer terminal. Me da miedo acabar así, por eso me hago la prueba del VIH muy seguido, y más ahora que estoy embarazada y estoy pendiente de mi salud. A mi pareja nunca lo he obligado, pero le pregunto si ya se hizo la prueba.

No deben ser obligatorias las pruebas de VIH que hace el gobierno. Nos exigen hacernos la prueba y nos cobran hasta 250 pesos, a veces ni tenemos para la comida y todo para que sólo nos den un cartón para que podamos trabajar. La prueba tiene que hacerse con conciencia y porque te interesa tu salud, no por obligación.

He convencido a mis compañeras para que se la hagan voluntariamente. Cuando puedo, me pongo a platicar con los clientes, me gusta decirles todo lo que aprendí con respecto a las infecciones de transmisión sexual, VIH/sida y embarazos no deseados. Creo que la mayoría de las mujeres de aquí no se cuidan. Trabajo siempre con condón, me encanta usarlo, pero he escuchado a unas chicas que no lo usan porque no les gusta a ellas o a sus clientes, porque no se siente igual.

En Guatemala atienden a personas con VIH, pero si alguno no llega por su medicamento, los enfermeros van a su casa para que se tome sus antirretrovirales. Aquí en Chiapas no sé cómo canalizar a alguien con VIH al Hospital General, aunque sé que los tratan bien. Cuando era niña conocí en mi escuela a dos niñitos que vivían con VIH. Cuando se enteraron los demás niños ya no quisieron acercarse a ellos porque creían que se podían contagiar, pero yo sí les hablaba. Por ignorancia muchos creen eso. Tengo tres amiguitas trans con VIH, nos llevamos muy bien y me gusta platicar con ellas.

Si yo pudiera buscaría personas que no les avergüence vivir con VIH para que se apoyen y se



En una ocasión visité a una persona que estaba recluida en la cárcel y me encontré a varias compañeras que trabajan en el mismo lugar que yo. Después me enteré que ellas iban ahí a *talonear*. Si ellas no lo cuentan es porque no quieren.



acompañen, que sepan que no están solas. Les propondría que hiciéramos marchas, que lleváramos carteles, volantes y todo lo que se pueda para informar a la sociedad. Creo que daría buenos resultados si habláramos del tema directamente.

Mis embarazos los he vivido amargada, aburrida y estresada. Me hace daño embarazarme. No he abortado voluntariamente, pero se me han caído dos bebés. En una ocasión usé el dispositivo y me dio hemorragia. Fui sola a un centro de salud en Tapachula y me dieron cita para el otro día a las seis de la mañana. Llegué sin desayunar, pero ya eran las once de la mañana y todavía no me atendían. Terminé peleando con medio mundo e hice un desmadre. Me di cuenta después que el servicio de salud está pa'l perro. Tuve que ir al centro de salud de Hermosillo, Tabasco. Qué gente más linda, me atendieron muy bien.

Hace poco tuve una amenaza de aborto porque soy bien enojona. Tengo migraña y estrés, hay veces que siento que me voy a desmayar. Se me complicó la salud, pero ahí voy saliendo. Para no tener hijos lo mejor es operarnos. Si tienen menos de 25 años, es lógico que no las operen porque apenas empieza su vida sexual, pero a muchas que ya tienen dos o tres hijos no quieren operarlas aunque sea su decisión. Es una idiotez que te digan que no.

Fui feliz en mi niñez hasta los ocho años. Mi papá le puso el cuerno a mi mamá y ella a él. Yo era la única niña y dormía en el mismo cuarto con ellos. Mi mamá metió a un tipo a mi casa, pero llegó mi papá y le hizo tal desmadre que casi la mata. Me desperté, vi que mi papá la iba a golpear y me le fui encima, pero me dio una cachetada y me dijo que yo estaba solapando las puterías de mi mamá. Lo que más me dolió y me marcó fue que mi papá me gritó que yo era igual o peor que ella. Me jodieron la infancia.

Hay violencia entre las compañeras, hasta puñetazos se llegan a dar y se hace un desmadre. Es por envidia, unas quieren ser mejor que otras o porque una hace más plata o porque a una le gusta un cliente y lo tiene otra. Hay quienes quieren adueñarse de los clientes, pero no entienden que con su plata ellos pueden meterse con quien les dé la gana. Cuando llega una chica nueva al negocio, lo primero que hacen es buscarle defectos de pies a cabeza, y más si la vieja está buena.

Algunos dueños de los bares eran bien mierdas con nosotras. Doña Gloria era bien canija hasta que la alineamos, ahora ya no es ni la cuarta parte de lo que era. El Jasson siempre ha sido una

mierda, pero todo el mundo lo quiere, porque entre su pendejismo y su relajo también tiene su humanidad. A Manuela, su mujer, nunca se le va a bajar la caca de la cabeza. Ellos y la situación que vivíamos ha cambiado porque ya están en el ojo del huracán.

Cuando llegué a la calle 12 en Tapachula nunca imaginé que se podía trabajar. Las chicas del *talón* están en las calles y se ocupan en los hoteles. En mi vida había visto algo igual. Hay personas que para llevarse un bocado se sacrifican. Yo pasaba seguido por el mercado pero nunca imaginé la situación en que vivían. En Huixtla, también en Chiapas, las chicas hacen de todo pero por muy poco dinero, hasta me dieron ganas de llorar.

En una ocasión visité a una persona que estaba recluida en la cárcel y me encontré a varias compañeras que trabajan en el mismo lugar que yo. Después me enteré que ellas iban ahí a *talonear*. Si ellas no lo cuentan es porque no quieren. Dicen que es poco lo que les pagan ahí dentro. Sus clientes son los reclusos, entran diciendo que van a visitar a un familiar.

Hace seis años llegué al trabajo sexual y me empecé a drogar. Me pagaban por hacerlo y por curiosidad fumé mariguana, después le agarré el gusto pero me dio miedo volverme adicta. No tuve algún motivo para drogarme ni lo hice para olvidar algo, aunque lo creí alguna vez. En el trabajo por lo general las drogas y el alcohol van de la mano. Algunos clientes lo primero que preguntan es quién vende *perico*. Hay meseros que lo venden, hacen más plata ellos y los dueños del lugar.

Cuando me han ofrecido les pregunto si me van a pagar más por meterme esa chingadera, pero si no, se van a la mierda. Hace muchos años me metí un chingo de cosas, como cocaína y mariguana, y ya drogada me daban más ganas de tomar alcohol, incluso ganaba más porque fichaba más.

En Guatemala una vez me agarró la policía, alguien le dijo que estábamos tomando y drogándonos en una gasolinera. Me metí el *perico* en la vagina y nos encerramos en el baño, pero nos sacaron de ahí. Me hicieron hacer sentadillas pero ni a putazos se me salió la droga que llevaba dentro. Firmemente les negué que estuviera drogada, pero me revisaron la garganta y se dieron cuenta que sí. Esa vez me dejaron ir.

He tenido problemas con los clientes cuando están drogados porque les cuesta más trabajo tener una erección. Yo nunca compré la droga para mí o para algún cliente, si me pedían que les consiguiera tenía contactos que me la llevaban enseguida. Conozco a cuatro chicas que sólo trabajan para drogarse. Una de ellas me pidió dinero para su hijo que no tenía que comer, le di 100 pesos pero inmediatamente se fue a comprar mariguana y me hizo encabronar. Otras no pueden tomar ni una cerveza porque luego luego quieren drogarse. A cada rato las madrean, no se dedican a trabajar, sólo salen a robar a los clientes para seguirse drogando.

La mariguana me ponía más calenturienta, me daba mucho sueño y mucha sed, me ponía más loca de lo que ya estaba. La única secuela que me dejó la cocaína fue en la nariz, me quedó lisiada una fosa nasal. Quien consume drogas es pendejo por andar gastando su dinero en chingaderas.

Las primeras veces que llegué a Tapachula sólo iba los fines de semana. En Guatemala atravesaba el río, tomaba un taxi o una combi para ir a trabajar. A la mayoría de mis compañeras migrantes las extorsionan los policías, y cuando no traen lana para darles, les piden sexo a cambio de cruzar la frontera o las violan. Siempre estamos con miedo de que nos lleve Migración o que la policía nos meta al bote. Mucho tiempo estuve del trabajo a la casa y de la casa al trabajo.

Antes era más difícil tramitar la residencia. Yo pagué casi diez mil pesos por los papeles. Ahora es más fácil. Nos ayudó Brigada Callejera para que muchas compañeras puedan tramitar sus papeles más rápido y sin pagar tanta plata. Hay un montón de gente en Tapachula que está muy agradecida con ellos. Desgraciadamente no falta algún pendejo que les diga que les va a conseguir los papeles, pero sólo quiere quitarles el dinero.

La mayoría de las trabajadoras sexuales mexicanas no quieren a las centroamericanas. Es muy marcada la discriminación, creen que venimos a quitarles la comida y a sus clientes. Hay unas que quieren hacer menos a las otras porque no tienen dinero ni cómo moverse, por eso siguen estancadas en un sólo lugar. A nosotras las nicaragüenses nos confunden mucho con las hondureñas, dicen que ellas son mal habladas e hipócritas; de las guatemaltecas, que son más tímidas y son más criticadas por sus rasgos físicos. A veces somos discriminadas más por nosotras mismas que por la sociedad. Me gustaría que todas avancemos sin hacernos menos unas a otras, aunque existan represalias, envidias y egoísmo.
Con mi papá y mis hermanos tengo una relación muy buena, estable, pero con mi mamá no. Teníamos una relación muy cercana pero hace poco discutimos muy fuerte. No sabía que mi mamá tenía otro interés en mí, el monetario. Yo quería mantener una relación bonita pero ella no quiso. Me sentí bien gacha pero tuve que cortar la relación. Si no se puede, pues ni modo.

Tengo 40 años. Terminé la secundaria en mí país y la preparatoria aquí, en Hermosillo, Tabasco, donde vivo actualmente. Me gustaría llegar a los 80 años sentada en una silla mecedora. Me gustaría terminar bien. A ninguna le deseo el mal, sólo que nos cuidemos entre nosotras.

Soy una mezcla entre trabajadora sexual, sexoservidora y prostituta. La putería me quitó la ingenuidad que me mantuvo mucho tiempo vulnerable. Hace tiempo me armé un caparazón, ahora soy bien rencorosa y siempre estoy a la defensiva.

Me llamo Salomé y es un nombre que nunca me lo voy a quitar. Cuando pasas más de tres meses trabajando en esto, se te queda de por vida. La "P" de puta nunca se me va a quitar de la frente. No me da vergüenza hacerlo ni decirlo porque a fin de cuentas es algo que hacemos todas las mujeres, sólo que de diferente manera.


$50-

15 ALESSA

El teatro me deslumbró. Era un mundo desconocido para mí. Las luces, los músicos, los bailarines, las plumas y las lentejuelas. Me impresioné. Más cuando vi a una mujer que venía de dar su show. Tenía un rostro bellísimo y un cuerpazo. Estaba llena de diamantina, una cabellera negra y unas tetas preciosas. Tuve curiosidad y vi la variedad que hacía. En ese momento, emocionada, pensé: eso es lo que quiero ser, una bailarina. La Chary era veracruzana y poco después se hizo mi gran amiga.

Empecé a beber antes de trabajar en la farándula. Creí que me hacía olvidar lo que sentía, el rechazo de la familia y lo que decía la iglesia, de que los homosexuales no van al cielo, que sólo les espera el infierno y cosas de ese tipo. El alcohol me servía para fugarme y olvidarme de mi homosexualidad, porque a esa edad me consideraba una pecadora.

Creí que ser homosexual era un delito y eso me hacía sentir culpable. Por eso siempre procuré una imagen femenina, tanto en la voz como en mis modales. Conocí a muchos homosexuales muy amanerados y me dije: yo no debo ser así, puedo ser más femenina, porque si me ven así como ellos en la calle, me van a agarrar los de la *dif* (la Dirección Federal de Seguridad).

El *torito* es como un reclusorio pero en chiquito. Una vez me llevaron ahí. Me agarraron en un operativo saliendo de un bar. Ellos sólo se limitaron a decir: "¡súbete!". Pregunté por qué, no me contestaron y pum, vas pa'rriba. Estuve detenida 24 horas, sin trato especial ni tampoco algún tipo de maltrato.

No creo que haya diferencia entre trabajadora sexual, sexoservidora y prostituta, salvo la terminología. Sabemos que independientemente de la forma en como se llame, se cobra por hacer el sexo a los hombres. Doy un servicio y pagan por eso, pero bueno, me gusta eso de trabajadora sexual porque es un trabajo. Y yo trabajo en eso.

Nuestro oficio no está permitido por la ley. Le propondría al gobierno que hubiera lugares para trabajar, para que no estuviera repartido el *talón* en toda la ciudad. Que existiera un control con las y los trabajadores sexuales, pero que fuera justificable. Que pagáramos impuestos pero que tuviéramos seguridad social, salud, y por qué no, una casa, porque muchas de nosotras la necesitamos. Creo que estando aseguradas con una casa y controlando el trabajo sexual, no existiría tanto homosexual ratero.

Se sigue dando la trata de personas porque existe la corrupción con las autoridades. Ellos saben números de teléfono y lugares donde hay



El *torito* es como el reclusorio pero en chiquito. Una vez me llevaron ahí. Me agarraron en un operativo saliendo de un bar. Ellos sólo se limitaron a decir:'¡súbete!' Pregunté por qué, no me contestaron y pum, vas pa'rriba. Estuve detenida 24 horas...



menores de edad. ¿Por qué no van vestidos de civil para investigar donde se anuncian masajes y promociones al dos por uno? No lo hacen porque ellos están metidos en esto.

Vivo en Ecatepec y actualmente estoy anunciándome en el periódico y a muchos clientes les gusta mi servicio. Me llaman, nos quedamos de ver tal día y tal hora, y bueno, es un dinerito extra. Somos más de 200 personas que trabajamos de esta manera, pero eso no quiere decir que sabemos dónde hay menores de edad. No tengo temor por anunciarme en el periódico, que sepan quién soy yo. Estoy dispuesta a enseñar a las autoridades mi credencial de elector y comprobante de domicilio. No me importaría que los que tengan mi información quieran extorsionarme o amenazarme, porque en mi casa ya saben a qué me dedico.

Cuando salen noticias de que ellos rescataron a menores de edad de la explotación sexual y que agarraron a personas por lenocinio, son sólo para taparle el ojo al macho. Las autoridades saben todo, dónde empieza y existe la esclavitud sexual. Algunas noticias ayudan para que la gente se dé cuenta quiénes están metidos en esto. No dudo que haya mujeres y hombres que se dediquen al lenocinio ni tampoco que existan menores y mayores de edad que sufran golpes y esclavitud, pero no todas somos así.

A las grandes televisoras sólo les importa la nota roja, como que agarraron a unos cuantos, pero nunca han denunciado a algún funcionario metido en esto. No lo han hecho ni lo harán. Las televisoras no se atreven a entrar al mundo de la explotación sexual, sólo canales como el 11 o el 22 lo hacen y dan otra perspectiva sobre nosotras. Me gustaría que todos los medios dijeran la realidad. Existimos quienes verdaderamente nos dedicamos a trabajar, que sabemos nuestro negocio —complacer a los hombres— y que estamos haciendo algo para cambiar nuestra vida para bien. Que no nos confundan con las que están metidas en las drogas, en el lenocinio y la explotación sexual.

Tal vez cambiaría de trabajo, pero no porque me deje más lana. No me importaría trabajar ocho horas o más, tener poco tiempo de descanso o que me deje menos dinero, pero que pudiera cotizar en el Infonavit, tener seguro social o un crédito para una casa como esas que dan por ahí, de cuatro por cuatro, o para acabar de construir mi casa.

Hoy se puede vestir de mujer cualquier homosexual de 14, 15 o 16 años. Antes no. Las que salíamos a trabajar debíamos tener una imagen elegante. Usábamos bléiser, falda tres cuartos,

zapatillas y medias. No podíamos darnos el lujo de que nos descubrieran, pero hoy salen hasta encueradas.

La policía gana su tajada en el *talón* y solapa a la delincuencia. Eso siempre ha existido pero ahora lo hacen más abiertamente. Dejan que te pares en cualquier calle para *talonear*. Ellos son los que están regenteando, cobran cuota y extorsionan a los clientes.

Intenté trabajar en los puntos de trabajo más conocidos, como las calles de Baja California, Aguascalientes, Campeche, avenida Insurgentes y el Cine Las Américas en la colonia Roma, pero varias trans no me dejaron, porque las calles no eran para alguien como yo.

Tenía como 19 o 20 años cuando me llamó la atención ganar más dinero. Tenía un sueldo por hacer show en un teatro, las fichitas que me hacía en un cabaret, y comencé a ejercer el trabajo sexual. Fue decisión mía, nadie me obligó. Una vez, después de haberme cogido a un cliente, me quedé bebiendo con él en un hotel porque se veía buena onda. Yo estaba bien borracha cuando me reclamó: "me engañaste, no me dijiste que no eras mujer". Le dije: "no te hagas pendejo, tú sabías", y empezamos a discutir. Aquella ocasión se me vino encima, me dio mis moquetes, agarró mi maleta y se fue. A pesar de esa experiencia, los sigo tratando bien.

Aunque los clientes me digan que la mota que traen está muy buena, yo les digo: "papi, una copita sí te la acepto, pero droga no; ponte, te acompaño". En algunas ocasiones fumé mariguana; me ponía alegre, pero no me gustó que me diera mucha hambre y nunca lo hice con un cliente. Sí llegué a ponerme borracha con varios de ellos pero he tenido problemas, se han ido sin pagarme o me han querido golpear. Las situaciones que se te presentan no puedes manejarlas estando alcoholizada.

Casi siempre el cliente determina el tiempo que quiere estar conmigo. Cobro 350 pesos por hora y media, pero si quieren echarse unas copas o drogarse me llegan a dar hasta 850 y les aclaro a qué hora me voy a retirar. A los clientes los he tenido que educar. Me han comentado que han estado con muchas como yo pero que no les han pedido usar condón. Eso no es posible, no puede ser, debemos usarlo.

Antes no pasaba de una gonorrea, pero ahora lo que predomina es el sida. Algunas no usan el condón con la pareja ni con los clientes porque ganan más dinero. Al condón lo veo como una barrera. No lo uso con mi pareja para no sentir el rechazo, pienso que me está cogiendo pero no me está amando. Los putos no entendemos, la neta. No sé si sea el sabor al riesgo y al peligro, pero sigo teniendo sexo sin protección.

El gobierno tiene la obligación de evitar que siga avanzando el sida, pero no tiene derecho a exigir que nos hagan exámenes y pagar por ellos para que nos dejen trabajar. Va en contra de nuestros derechos, pues deben ser gratuitos. Si yo quiero hacerme la prueba, es una decisión personal.

Recomiendo a las compañeras y a las nuevas generaciones que se cuiden un poco más. No se droguen ni beban alcohol para ir a trabajar, sólo así estamos al cien por ciento. Es más seguro que los clientes nos busquen si nos conocen sobrias,



La policía gana su tajada en el *talón* y solapa a la delincuencia. Eso siempre ha existido pero ahora lo hacen más abiertamente. Dejan que te pares en cualquier lado para *talonear*. Ellos son los que están regenteando, cobran cuota y extorsionan a los clientes.



pero si nos ven drogadas o borrachas no creo que regresen. No las conozco abiertamente, pero he visto a varias que sólo trabajan para alcoholizarse o drogarse. Salen a ver a quién le dan las nalgas por un poco dinero para ir inmediatamente a comprarse una *piedra*, activo o alcohol.

Nunca me he expuesto a operativos y razias por trabajar en esto. Tengo la fortuna de que jamás me han extorsionado policías o padrotes, pero de que los hay, los hay.

En ese tiempo existían los de la *dif*, la Dirección Federal de Seguridad. Era una corporación policiaca muy culera y no querían a los putos. Era el tiempo del presidente José López Portillo y el jefe máximo de la policía era Arturo Durazo Moreno. Los separos estaban por la colonia Tránsito, donde comienza Tlalpan. Ese lugar para nada se parecía a lo que hoy es el *torito*, era peor que el reclusorio. En ese tiempo te llevaban ahí porque te vestías de mujer y eso ni siquiera era una falta administrativa, era un pecado. Te metían a la cárcel nada más por ser o parecer gay. Ahora en cualquier calle puedes prostituirte y las trans pueden salir vestidas de mujer. Hoy los gay varoniles se abrazan y se besan. En ese tiempo no se podía, ellos nos hubieran quemado en leña verde.

Las patrullas eran de color blanco. A los policías les exigían cierta cantidad de detenidos para cumplir su semana. Una vez, cuando yo era menor de edad y vivía en la Magdalena Mixhuca, me detuvieron unos patrulleros. Estaba platicando con unas amistades en la esquina de mi casa y un culero me subió a la patrulla. Me llevaron a los separos de la *dif* y estuve detenida diez días.

Llegando a las galeras, me metieron con todos los hombres que estaban detenidos también. Ellos me echaron montón, me violaron y nadie se metió. Me raparon la cabeza, me pusieron a lavar las charolas y la ropa de los comandantes y les serví a todos los funcionarios que trabajaban en el lugar. Ahí conocí a una *vestida* del *talón* que era muy sanguinaria. Le decían la Xóchitl. Ella me golpeó hasta que llegó un custodio que le dijo: "ya déjala". Él me tuvo que aislar y a ella se la llevó a otro lugar.

Mi papá tenía familiares que trabajaban ahí. Les habló: "fíjate que este Adolfo tiene cinco días que no llega a la casa". Con ellos me fue a buscar durante tres días en hospitales, en delegaciones y el forense. En ese entonces no existían archivos en computadoras ni nada de esas cosas, puro papeleo, y por eso tardaron en encontrarme. Cuando se enteraron que yo

POR TODAS LAS
ASESINADAS EN EL EDO.
NI PERDON NI OLVIDO

Por todas las
Presas Politicas

Por el ejercicio pleno
de los DDHH de las mujeres
para la erradicación de

para que la equidad
sea una utopía

RESPONSABILIDADES

No queremos
Machistas
Micro machistas

estaba detenida, reclamaron a las autoridades y les cuestionaron por qué me tenían ahí, qué había hecho. Ellos contestaron que porque yo estaba vestido de mujer y prostituyéndome en la calle. Indignado, mi papá les aclaró: "él es menor de edad, todavía ni cumple los 17 años".

Aun así no me dejaron libre, pero al güey que me agarró lo metieron a los separos donde estaba yo. Poco después él me dijo: "por tu culpa estoy aquí". Y por qué, contesté. "No sabía que eras menor de edad, pensé que te estabas prostituyendo y por eso te subí". Entonces de forma prepotente me ordenó que le lavara sus calcetines y calzones. Los días que estuve arrestada me la pasé lavándole su ropa. Cuando al fin salí, él me dijo: "te voy a buscar para llevarte a trabajar". Quería prostituirme en la calle para que le diera una lana. Eso es trata de personas.

Regresó a buscarme tres veces a mi casa. En una ocasión salió mi mamá y él le dijo que quería ser mi novio. Ella no sabía nada, pero después le conté lo que pretendía y que por eso me estaba acosando. Enfurecida, le dijo que no me volviera a buscar porque lo iba a acusar con los que lo habían metido a la cárcel: "lo que usted quiere es meterlo en las drogas, robos y no sé qué otras cosas más, no me venga con el cuento de que lo quiere para pareja, además él es menor de edad y usted se está metiendo en grandes problemas". Gracias a que me defendió mi mamá, jamás volvió a buscarme. Hoy la policía sigue siendo corrupta.

Estuve en varias zonas de tolerancia de Acapulco, Tuxtepec y Nuevo Laredo. Ahí estaba permitida la prostitución para quien quisiera trabajar. Había mujeres jóvenes pero mayores de edad. Cada una vivía en un cuarto que estaba atrás del local donde trabajábamos. Teníamos servicio médico y de lavandería. Había tiendas de abarrotes, de ropa y de comida. Todo lo teníamos dentro de la zona. Era una mini-ciudad, con policías que nos cuidaban.

Los lugares siempre estaban abiertos de par en par. Cada uno tenía su especialidad, en unos había variedad, en otros se podía tomar la copa y en otros sólo *talonear*. En 1982 trabajé en un lugar que se llamaba C'est la vie. El dueño del negocio cobraba 20 pesos a los clientes por usar un cuarto. Era nuestro asunto cuánto le pedíamos al cliente. Recuerdo que las autoridades les cobraban a las mujeres una cuota semanal dizque para que tuvieran vigilancia y limpieza de la zona.

A los seis años empecé a sentir atracción por los niños y pensaba que era normal. Desde chiquillo fui muy obvio, ya existía el *bullying* y yo lo viví. Los de mi salón no se metían conmigo, pero algunos de otros grupos sí. Me torturaban mucho, me fue muy mal. Me hacían *bolita*, me maltrataban y golpeaban. Me arrebataban la mochila y la metían a la taza del baño, le escupían y se cagaban en ella. Yo no me defendía, sólo lloraba y lloraba hasta que me dejaran de golpear, y otras veces me defendían las niñas.

Para que ya no me molestaran los niños, la maestra María Gallardo y otros les dijeron: "no se metan con el puto". Pero lo siguieron haciendo, y como nunca me defendía, varias veces me llegaron a acusar de iniciar los pleitos. La maestra mandó traer a mi mamá. Ella fue y le dijo que me veía raro, diferente. Le recomendó que me llevara al doctor para que me curara, porque

había algo malo en mí. Mi mamá no había notado lo que los demás sí.

Ella habló con mi tía Cleofás, la millonaria de la familia, y le pidió que nos llevara con su médico de cabecera. Era un cardiólogo muy chingón, pero no sabía nada del tema y ordenó que me realizaran pruebas de sangre. Le dio a mi mamá un pase para ir a un hospital para que me hicieran exámenes y radiografías de la cabeza. Mi mamá preocupada me decía: "yo te veo bien, no te veo nada", pero mi papá le preguntaba: "¿pues qué es lo que tiene, qué es lo que le van a hacer?, yo lo veo bien, mejor que se vaya a la carnicería el cabrón".

Cuando mis padres me llevaron para ver los resultados, fueron además mis tías, primas y otra gente que ni conocía. El doctor nos saludó y dijo: "su hijo Adolfo salió bien en las pruebas, tiene un coeficiente normal, sólo voy a recomendar un tratamiento para que le bajen los testículos, porque no los tiene en su lugar". Y terminó: "él ya sabe lo que quiere, si no lo supiera estaría en graves problemas". El doctor jamás les dijo que yo era homosexual. En ese tiempo no se tocaba el tema. Mis padres eran de pueblo, pero sí entendieron el mensaje sobre mí. En esos momentos pensé: yo estoy bien.

Poco después, mi mamá comenzó a notar lo que toda la gente ya sabía. Yo era homosexual. Llegó a decir: "éste sí tiene algo raro, no le gustan las niñas y ya lo caché con la toalla en la cabeza". Ella no tenía la capacidad de entender qué es ser homosexual y que existiera el sexo entre hombres. Yo me ponía sus zapatillas y su ropa. Cuando ella llegaba se daba cuenta y me decía: "mis zapatos no estaban así, no los dejé en ese lugar". Yo sólo contestaba: "es que hice el quehacer". Eso era mentira, ya le había dado vuelo toda la tarde a sus cosas.

En la secundaria me sentía diferente y rara porque no me gustaban las niñas. Había gente que me trataba como una chamaca, pero otros me decían puto, maricón y ese tipo de cosas. En primer grado tuve un novio y en algunas ocasiones me protegió. Mi mamá varias veces me preguntó: "¿qué le pasó a tu suéter?, ¿qué le pasó a tu camisa?, ¿por qué están mojados los libros?" Yo le respondía: "es que me peleé". Siempre era mi excusa, pero nunca se enteró ni le dije que me agredían y que me decían puto. Llegué hasta segundo de secundaria. Quise estudiar la carrera de enfermería, pero ya me vestía completamente de mujer y me dio miedo que me fueran a rechazar.

Mi papá ya era casado cuando conoció a mi mamá, fuimos la *casa chica*. Él vivía con su esposa y sus hijos. Ellos no tuvieron la ropa ni los juguetes que yo. A pesar de eso, siempre fue cariñoso conmigo. Nunca me golpeó, por eso siempre lo quise. Una vez me advirtió: "aquí tienes casa y comida, pero no te voy a dar dinero para que te vistas de mujer, así que te pones a trabajar". En cambio, mi mamá me trató severamente. Cualquier cosa que no le gustaba me chingaba: trapéale, bárrele, ve por las tortillas. Creía que me castigaba por portarme mal. Pocas veces me demostró su cariño porque a ella así la trataron cuando era niña, pero jamás pensé que no me quería. Hoy se lo agradezco porque me volvió independiente y responsable.

Comencé a trabajar de cajera en Sanborns, el que se encuentra en Xola. Me recomendó mi

amigo Arturo. Era supervisor de una sucursal y estaba a punto de ser el encargado del bar. Me hicieron pruebas psicológicas y de matemáticas y me contrataron como cajera en el departamento de regalos. Practiqué 15 días en una caja registradora, bajar la palanquita, cambiar el rollo de papel y todo ese pedo. No era como hoy que existe el código de barras. Ahí pensaban que era mujer. Me sirvió juntarme con mujeres porque no tuve problemas con nadie. Llegaba, me ponía el uniforme y me dirigía a mi puesto. Poco después mi amigo tuvo broncas por un fraude y me dijo que me saliera de inmediato para no tener problemas.

Al renunciar, lavé ropa, hacía el quehacer y la comida de unos enfermeros que estaban estudiando Medicina. Estaban haciendo su servicio aquí, pero después de un tiempo se fueron a vivir a otro lado. Estuve meses sin trabajar, ni para pensar en estudiar estilismo, no era tan sencillo. En el edificio donde vivía había un vecino que trabajaba con Lyn May, tocaba los tambores en sus espectáculos. Un día me dijo: "ve al Teatro Apolo y pregunta por Mary". Ella era una vedette muy conocida y necesitaba un secretario. Yo no sabía qué hacer, pero él me explicó que tenía que pegar lentejuelas en el cuerpo de Mary, recoger su ropa cuando se desnudaba durante el show, cargar su neceser, sus maletas, lo que ella o sus compañeras necesitaran.

Al siguiente día me presenté en el teatro y me abrió la puerta una mujer muy atractiva. Tenía rasgos indígenas pero de piel blanca y con una cara muy bonita. "Oye, ¿a quién buscas?". "A ti", le contesté, "vengo de parte de Celfo, él me dijo que necesitabas un ayudante". Ella contestó: "él me dijo que me iba a mandar a un jotito, no a una mujer". Le dije que ese jotito era yo. Me invitó a pasar y platicamos. Creo que le caí bien porque me contrató.

Llegué a un buen nivel dentro del vedetismo y nunca tuve problemas para trabajar en centros nocturnos y cabaret. Estuve anunciada en periódicos, carteleras y marquesinas como Alessa. Compartí créditos con vedettes muy importantes de esa época. Hice fotonovelas y algunos video-home. Hice dos obras de teatro con Irma Serrano: *Calcuta* y *Calcuta 2000*. El lugar que más me gustó para trabajar fue el Teatro Garibaldi, haciendo burlesque por más de cinco años. Me recuerdo voluptuosa, sensual, posesiva, agresiva, manipuladora y muy alcohólica. En el teatro se agudizó mi forma de beber alcohol, me hacía sentir más segura para atrapar a los clientes.

Me sentía como pez en el agua cuando salía a dar show, pero tenía un poco de temor de que fueran a descubrir que no era mujer, pues nunca me quité los genitales ni me habían operado alguna parte del cuerpo. En el primer acto salía con bailarines y en el siguiente me ponía plumajes, ponían música sensual y me iba desnudando. Mostraba mis pompis, piernas y las tetas que se habían desarrollado por inyectarme hormona femenina, me cepillaba el vello púbico muy bien y lo delineaba con lápiz. Empecé a usar trucos de la farándula. Ahora el teatro ya no existe, es un estacionamiento.

Alessa era muy hermosa y famosa. Fue un caso especial porque le realizaron el cambio de sexo. Los dueños del teatro y de los cabarets le permitieron que hiciera su variedad. Ella se desnudaba y era anunciada como "la maravilla del si-

glo, la maravilla del tercer sexo". El morbo era el gancho para jalar más espectadores en los centros nocturnos donde ella trabajaba. Era un éxito, pero cuando ya no fue novedad se tuvo que retirar. En algún momento quise ser como ella, pero a mí no me convenía porque la sociedad no era tan abierta como ahora. Me podía quedar sin trabajo por no ser una auténtica mujer.

En la disco Espartacus, que está en Neza, había sexo en la azotea por puro gusto, pero descubrí que podía cobrar aunque sea unos treintita a los hombres. En un reclusorio he tenido sexo de común acuerdo, pero no he ejercido el trabajo sexual, al contrario, he pagado para que me dejen meter las cosas que le llevo a quien voy a visitar.

Cuando un cliente se instala en un hotel que está retirado de mi casa, me lleva de tres a cinco horas arreglarme y atenderlo. A veces tardo más en ir y venir que en trabajar. A algunos les gusta que los trate como a una mujer. Yo les digo: "cómo estás reina", "cómo estás muñeca, "qué pasó mamacita", según el nombre que se quieran poner yo se los digo. Hay que darles por su lado, es su fantasía. Creo que tienen un tipo de fetichismo.

Varios se han enamorado de mí. Algunos me dicen que me salga de ahí, que me van a dar todo lo que yo quiera, que por favor ya no coja con extraños, pero yo no quiero, no me interesa. Otros me han gustado demasiado pero nunca cometeré la indiscreción de hablarles por teléfono porque tienen vida propia. Ya me imagino que me llegara a contestar su esposa o sus hijos y que después le preguntaran: "¿quién es Alessa, papá?". A los clientes los respeto mucho.



Me recuerdo sensual, voluptuosa, posesiva, agresiva, manipuladora y muy alcohólica. En el teatro se agudizó mi forma de beber. Me hacía sentir más segura para atrapar a los clientes. Me sentía como pez en el agua cuando salía a dar show, pero tenía un poco de temor de que descubrieran que no era mujer.



No necesité terapia o tratamiento para dejar de beber tan seguido. Un taxista que intentó asaltarme me dio una chinga. El coche estaba en marcha cuando me golpeó y me aventó para sacarme, pero mi maleta se quedó atorada y ambos la jaloneamos. Caí, mi cabeza quedó cerca de las llantas y mis cosas regadas en la calle. Él me dejó moreteada y con heridas llenas de tierra porque no logró llevarse mis cosas. Como pude llegué a mi casa y me metí. Mi papá me vio y asustado me dijo: "ya no quiero que trabajes en la noche, te voy a dar dinero para que pongas un negocio o a ver qué haces". Comprendí que no sólo había quedado cerca de las llantas, sino que estuve muy cerca de la muerte.

Con el alcohol me sentía más caliente y me volvía más extrovertida. Creía que a todos los hombres les caía muy bien. Como veían que yo era un puto muy chistoso me decían: "véngase pa'cá, estás muy buena, qué te tomas". Eso les



gusta a los hombres, que proyectemos ser putas, sanas, alegres y jocosas.

Hoy tengo 50 años y me percibo más tranquila. Bebo alcohol cuando quiero, cuando tengo ganas de oír música o cenar algo rico. Si se me antoja echarme una chelita me la tomo, ahora lo disfruto. Procuro estar con una o dos copas cuando estoy con un cliente. Quizás lo hago para sentirme fuerte, animosa y sobre todo ganadora ante la vida. Antes usaba el alcohol para conquistar hombres, ahora no, me tomo una copa para pasármela bien. Si me embriagara o drogara estaría más expuesta al peligro. Ahora lo sé, las putas nos vemos más bonitas sin alcohol. Disfruto leer, es algo vital para mí. El libro que más me ha gustado es el de Jorge Bucay, *El camino a la autodependencia*, me ha ayudado a corregir mis actitudes ante la vida.

La casa donde vivo fue de mi padre y me gusta. Mi familia son tres personas: mi mamá, que sabe a qué me dedico, Tomás, que fue mi pareja, y su novia. Cuando llegó ella con sus hijos hubo más gastos, la comida y otras cosas. Ahorita tengo una tienda pero me deja poco dinero, lo que gano en los servicios es para invertir en el negocio. Eso me ha ayudado a saldar las deudas que he tenido, pero hay gastos en la casa.

En Acapulco conocí el verdadero amor, pero era casado y con hijos. A Víctor lo conocí cuando yo trabajaba en El Carrusel. A él le gustaban las rubias y llegó tras la Samantha. Ella trabajaba en El Tívoli de la zona roja y llegó a dar show al lugar donde yo trabajaba haciendo variedad. Cuando terminó su espectáculo, se salió y dejó a Víctor; después él me preguntó por ella y le dije que ya se había ido. Me pidió que lo acompañara a tomar una cerveza y acepté, y así empezó todo. A la semana ya estábamos viviendo juntos. Fue la relación más sana que he tenido, pero creo que nos faltó madurez y terminamos.

El 33 era una cervecería que estaba cerca de Garibaldi, en Eje Central y Perú, en donde casi siempre se agarraba marido. Una vez llegué tomada y él estaba ahí. Tomás era soldado y también estaba borracho. Yo me quedé dormida porque llevaba 15 días de farra y unos putos se estaban amachinando la botella que yo había comprado. Él me despertó y me empezó a hacer la plática, me dijo lo que estaba sucediendo y amenazó a las que se estaban pasando de lanza conmigo. Después de eso nos comenzamos a frecuentar y siempre nos poníamos muy estúpidos por tanto alcohol en ese lugar. Duramos seis meses de novios y después se vino a vivir a mi casa.

Me emocioné de tener quién que me amara. Por un tiempo dejé de beber con la ilusión de que él hiciera lo mismo, pero no fue así. Él seguía tomando. Justificaba su forma de beber diciendo que era hombre. En esos momentos no le di la importancia y, teniéndole fe, comenzamos a montar una tienda. En poco tiempo tuvimos deudas y me costó mucho esfuerzo sacar adelante el negocio que él mismo echó abajo por su adicción. Desaparecía varios días y yo me angustiaba al pensar que le hubiera pasado algo malo.

Nunca imaginé que se iba a cotorrear con unas *vestidas*. Vanessa, Vanitti y Dorian se dedicaban a la prostitución y otras más eran estilistas. Cuando él regresaba a la casa, no se tentaba el corazón al decirme: "estuve con un homosexual hermoso, parece mujer y es joven". Esos comentarios me hacían sentir muy mal. Su actitud hizo

que se acabara la pasión y el amor que sentía por él. Hace tres años ya no aguanté la situación y lo corrí. Era lo mejor. Creí poder estar sin él, pero fueron meses de sufrimiento.

Un día llegó a tocar a mi puerta. Me dijo que se había anexado a un grupo de Alcohólicos Anónimos y ya no quería volver a beber. Me pidió que lo volviera a recibir y yo acepté. Hasta ahorita no ha vuelto a tomar; sin embargo, la relación se convirtió en una dependencia tan grande que empecé a quererlo como a un hermano. Al final me convertí en eso, en su hermana mayor. Ahora me dice que ya se curó gracias a su grupo de Alcohólicos Anónimos, pero yo le digo que la relación que tuvimos no es una gripa que se pueda curar.

Hoy tiene una relación con una mujer. Las cosas entre ellos van mal, discuten mucho. Verlos me hace recordar el infierno que viví con él, pero ese es su pedo. Hoy se dedica a atender la tienda, es más responsable, está al pendiente de la mercancía que se acaba y va a comprar más y le doy su sueldo. Trato de cuidarme y no meterme en relaciones que me hagan daño. No fumo ni me drogo y procuro no tomar alcohol en exceso.

De joven tenía un poco de busto porque me inyectaba hormonas femeninas sin supervisión médica. Una amiga me recomendó hacerlo porque le había funcionado. Poco después me di cuenta que ya no tenía erección ni eyaculaba. A los 22 años me puse implantes. Me animé a hacerlo porque el dueño del teatro me dijo: "señora, usted está altota, de piel blanca y piernas largas, sólo le falta busto, opérese". A esa edad una siempre quiere ser más chingona que otras y además eran pocas a las que a mi edad les hacían la cirugía. Me atreví y busqué un buen doctor. Gasté lo que ahora serían como 15 mil pesos.

Con mi nuevo busto me sentía más segura, lo proyectaba en el trabajo y los clientes me lo confirmaban. Me beneficié económicamente hablando, pero el cirujano jamás me dijo que se tenían que cambiar cada tres años. Las traje por más de veinte y nunca me di cuenta que un implante ya estaba reventado y el silicón se había regado en la mama por ser de mala calidad. Me tuvieron que volver a operar para retirarme las prótesis y me pusieron otras de mejor calidad. Aproveché para que me restiraran la cara, me operaran la nariz y me inyectaran bótox en el rostro. Contando los medicamentos, invertí más de 50 mil pesos. A los dos meses rechacé un implante porque desarrollé fibrosis por el problema del implante que se reventó y el médico no tuvo más que retirarlo. Ahorita estoy con un implante y un postizo. No quiero que me pongan el otro porque existe el riesgo de que me vuelva a ocurrir.

A los 35 años me inyectaron las nalgas con aceite mineral. Era la moda y muchas me dijeron que no me iba a hacer daño, pero se me pusieron duras como piedra. Fue una loca a la que ya la había inyectado otra y la otra a alguien más. Para convencerme me decían: "yo lo sé poner, yo te lo pongo". Desgraciadamente muchas amigas y conocidas se pusieron graves y murieron por inyectarse eso, aunque hay personas que todavía no les ha hecho daño. Afortunadamente no he tenido más problemas, pero estoy propensa a rechazar el líquido que me inyectaron. Ahora ya no puedo hacer ejercicio ni bailar ni me pueden inyectar ningún medicamento en las nalgas. Me

arrepiento, pero ya es demasiado tarde. Quiero hacer yoga o pesas, creo que eso sí puedo hacer.

Las cirugías de implantes de seno son seguras siempre y cuando las realice un médico certificado. Pueden inyectar materiales seguros en las nalgas sin ningún riesgo. En una lipoescultura te pueden quitar la grasa e inyectarla en las nalgas o las piernas. Yo lo haría, es lo más seguro para nosotras. Hay muchas formas de ayudarse, pero no les recomiendo que cualquiera les quiera inyectar aceite. Pienso volver a hacerme otro estiramiento facial, que me pongan bótox y colágeno en mi cara.

En 1985, mi amigo Yaco estuvo en el hospital Santa Elena. Fue uno de los primeros casos del sida. Cuando le daban de comer, le tenían que acercar la comida con una escoba hasta que quedaba a la altura de su cama. No existía en ese entonces información. Tengo amigas que están infectadas, viven bien mientras tomen sus medicamentos. Algunas han comentado su estado y llegaron a ser discriminadas, la gente las ha llamado sidosas, *numereadas*, que ya tienen el *tiki-tiki*. Lo peor es cuando muchas buscan consuelo en su familia y las rechazan. Hay lugares donde atienden bien a personas con VIH/sida, como el hospital Gabriel Mancera y el hospital de Nutrición, pero existen casos de discriminación en otras instituciones.

He visto morir a muchos y su proceso ha sido muy doloroso. Quedan solos y aislados. Una amiga se autodestruyó. Siempre estuvo en la negación y nunca tomó el tratamiento. La familia la rechazó, la dejaron sola en su recámara y murió. Me da miedo terminar así, pero si llegara a pasar me gustaría estar en mi cama bien maquillada



La casa donde vivo fue de mi padre y me gusta. Mi familia son tres personas: mi mamá, que sabe a qué me dedico; Tomás, que fue mi pareja, y su novia… Ahorita tengo una tienda pero me deja poco dinero, lo que gano en los servicios es para invertir en el negocio.



y con un bonito peinado. Que me aplicaran un suero con potasio, que se me subiera la presión y me diera un paro cardiaco. En el DF puedes pedir la eutanasia si llegas a tener una enfermedad incurable, creo.

No existe alguien que me ame como yo quisiera. Si llegara a suceder traería consecuencias porque ya lo viví. Me enamoré varias veces y me fue mal. Mucho dolor y frustraciones. No estaba preparada para una relación. Yo quería que las cosas fueran como yo quería y las basábamos en quién era más poderoso y quién mandaba al otro: qué sí, qué no, que te quiero a las ocho, que por qué llegas a estas horas. Ahora lo entiendo. Todas las relaciones me hicieron pasar buenos y malos momentos, pero sólo fueron dependencias.

Soñaba con tener otra casa, un hombre guapo a mi lado que me amara como yo quería. Tener

una enfermera que cuidara a mi madre hasta que muriera, tener mucho dinero para comprarnos lo que necesitáramos y que me hicieran cada año cirugías estéticas. Sé que todo eso no puede ser real y por eso procuro no hacer planes. Lo único que le pido a la vida es más salud.

El *talón* no me quitó nada, al contrario: me dio fortaleza, madurez y experiencias buenas y malas, agradables y desagradables. Me he encontrado con hombres bellísimos que me hacen sentir como si fuera una doncella, aunque otros me hayan querido matar. Espero que la vida me dé un poco más de salud. Antes me la pasaba haciendo muchos planes, pero como no resultaban como yo quería, me frustraba. Me gustaría que me recordaran como una *vestida* que ayudó a las nuevas generaciones para que sean tan libres como yo. Pero quién me podría recordar, si los que podrían ya se están muriendo.


RRO

16 MARGARITA

En mi niñez mis papás nunca fueron cariñosos, no querían jugar conmigo. Por ser la mayor, mi abuelita le decía a mi papá que yo no era su hija. Una vez él nos pegó muy feo a mi mamá y a mí por esa mentira. Llegaron mis tíos a la casa y me dijeron que tampoco me querían, que me iban a llevar, pero mi mamá no se los permitió. Tiempo después mi papá supo la verdad y comenzó a tratarme mejor. Recuerdo verlo cargando a una hermanita mía de ocho meses. Cuando ella tuvo tres años le dieron a tomar un jugo y se murió. Nunca podré sacarla de mi mente.

A los 15 años, mí tío, el esposo de la hermana de mi papá, intentó violarme, pero no lo logró porque en ese momento llegaron mis amigos a verme. Se lo dije a mi papá y lo fue a buscar; él lo negó todo, mi papá le creyó y yo quedé como una mentirosa. Tengo una tía que siempre me ha querido, me hablaba bonito, me decía: "mi amor, mi cariño". Hasta la fecha me manda mensajes, me pregunta cómo estoy, está al pendiente de mí, me quiere.

Cuando era chamaca quise estudiar administración de empresas, pero sólo llegué hasta segundo de secundaria. Me gustaría estudiar la carrera de Leyes porque aquí en Chiapas hay mucha corrupción. Hay gente que está presa injustamente, no tienen quién la defienda y los abogados de oficio no lo hacen, sólo la hunden más.

Yo soy de Honduras. Tengo cuatro hijas, tres ya son grandes y están en mi país, y las que tengo aquí van en la primaria. Me separé del padre de las tres primeras porque no nos daba plata y no teníamos qué comer. Cuando tenía 32 años mi mamá se enfermó, tuvo un problema renal y le dio un coma diabético. No tenía dinero y los medicamentos eran muy caros.

Quería ayudarla pero no sabía cómo. Un gay me aconsejó que fuera a México, me dijo que si quería él me llevaba a trabajar de mesera. Le pedí a una tía que cuidara a mis hijas y me vine con Maco. Nos quedamos en un hotel de Guatemala y pagué la parte que me correspondía. Entramos a México por la frontera de Corinto y Puerto Barrio, Guatemala. Él me dijo que yo tenía que pagar por cruzar pero me estafaron, como no sabía qué onda me cobraron dos mil lempiras.

Cuando llegué, el dueño de la cantina me dijo que le diera el dinero, pero le contesté que no me habían dado nada para él. Hablé por teléfono con el *mampo*, con mis papás y mis hermanos para contarles lo que me estaba pasando. Ellos fueron a reclamarle a su familia y él tuvo que pagarle al dueño. De no haberlo hecho, él me hubiera descontado de mi sueldo. Nunca imaginé que el dueño del bar le pagara al *mampo* para llevarle mujeres. No es correcto que nos engañen así.



No sólo en las cantinas existen padrotes y la trata de personas, también en tiendas y en casas de ricos… Conozco menores de edad que trabajan en esto porque algunos dueños de los bares las hacen pasar por adultas. Me hice amiga de una de ellas, tenía 15 años.



Tenía cuatro meses trabajando cuando me llevaron presa. El 24 de octubre del 2014 hubo un operativo a las cuatro y media de la tarde. Como no encontraron al dueño ni a la encargada del bar, el Ministerio Público puso a una muchacha a contar el dinero y a hacer las cuentas. Se llevaron todo lo que había en la cantina, dinero, rocola, todo. Eso no fue un operativo, fue un robo. A la chica y a mí nos llevaron detenidas, nos dijeron que sólo íbamos a testificar y nos llevaron a la Policía Federal. Cerré los ojos y lo primero que pensé fue en mis hijas, me quería morir.

Cuatro días después me enteré que me estaban acusando de trata de personas y de otros delitos más. Un cliente se metió a defenderme pero la policía le dijo que mejor se callara, pues si no también se quedaría detenido. Por miedo, él mejor se fue. Estuve cinco meses en el reclusorio y los custodios me exigieron dinero al ingresar. Ahí dentro me trataron muy mal, tuve una hemorragia que me duró dos meses, hasta que me ayudó una psicóloga para que me atendieran.

En la cárcel varias reclusas *talonean* del otro lado del penal con los presos. Dentro del reclusorio venden de todo: mariguana, cocaína, cerveza. Las visitas son los lunes y jueves. Hay un recluso que fue senador, da dinero para que lo visiten diario y a cualquier hora. Estando dentro me contaron de una senadora que es lesbiana y que se dedica a prostituir mujeres.

No sé la diferencia entre trabajadora sexual o prostituta. Soy mesera porque atiendo a los clientes en las mesas. En el bar mandaban a las chicas a Salubridad para que las revisaran y les sellaran su tarjeta, y las que no pagábamos salida nos dedicábamos a cubrir el lugar de las que no estaban.

Trabajé en un bar de Tapachula, ahí me pagaban 50 pesos diarios, pero los sábados no me daban ni un centavo y tenía a fuerzas que trabajar. No me gustó estar ahí. En otra cantina gané hasta 100 pesos diarios, al paso del tiempo fueron 300 y cuando me iba bien ganaba hasta dos mil. Para ganarlos tenía que convencer a los clientes de comprar una botella, me daban propina y aparte 300 pesos de comisión por vender la botella. Si pedían droga, 200 eran para mí y 200 para el dueño.

Ya no existe el amor para mí, aunque me enamoré dos veces. Los viví bien, todo era comprensión. Al primero, el papá de mis dos hijas mayores, lo conocí en Honduras. Al otro lo conocí en el bar cuando yo tenía una semana de haber llegado. En esta relación al principio me fue bien,

pero él me decía que no quería que me llamaran por teléfono de mi trabajo, cuando lo hacían yo respondía porque tenía que juntar más dinero para mi mamá.

El dinero que ganaba se lo mandaba a mi papá porque él se hacía cargo de comprar las medicinas de mi mamá. Al principio mi pareja me ayudó económicamente, pero todo empezó a salir mal desde que nos fuimos a vivir con sus papás, porque se creían superiores. Si él hubiera tenido güevos y no fuera machista, la relación hubiera sido mejor.

Cuando los padrotes traen mujeres de otras partes y las obligan a tener relaciones sexuales con quien no quieren, es trata de personas y explotación sexual. Ellos viven de las mujeres y las enganchan enamorándolas, aparentan tener un carácter dulce, y si son guapos las mujeres se van con ellos por su carita. Les hablan bonito y les compran cosas caras, por eso las mujeres creen que con ellos van a vivir mejor.

Una vez que ya las tienen, las mantienen cautivas y les meten un montón de droga, si no obedecen les pegan, no les dan de comer, y si intentan huir, las amarran. Si todo esto no les funciona, las matan. Conocí a una que no quería trabajar y apareció muerta, otra sí logró escapar, se salió por una puerta trasera, tomó un taxi y se fue. No volví a saber más de ella.

Conozco menores de edad que trabajan en esto porque algunos dueños de los bares las hacen pasar por adultas. Me hice amiga de una de ellas, tenía 15 años. Su mamá la metió a ella y a su hermana a trabajar. Cuando me tocaba con ella la cuidaba porque no faltaba algún cliente que quisiera verle la cara de pendeja. Conocí a otra de 13 años, tenía un marido que la obligaba a prostituirse en una cantina desde muy temprano y hasta las diez de la noche, él se quedaba con el dinero. Ahora el cabrón ya no se dedica a eso porque puso una purificadora de agua.

El Gato hacía lo mismo, lo último que supe de él es que tenía a la Miriam trabajando en la 12. No sé si ya esté preso, a saber qué se habrá hecho. Maritza también estuvo con un padrote y era el papá de su niño. Ella trabajó conmigo en otra cantina. Él le pegaba y le quitaba su dinero. Lo metieron a la cárcel, ella le pagó todo, trabajó más y se metió en tandas para poder sacarlo, hasta que un día ella murió de sida.

Nunca pagué por trabajar. Las preferidas del patrón eran las que ganaban más porque les cobraba 200 pesos para dejarlas trabajar. Las trabajadoras sexuales no deben hacer lo que no quieren, pueden buscar ayuda. Si se quedan calladas se vuelven cómplices.

No sólo en las cantinas existen padrotes y la trata de personas, también en tiendas y en casas de ricos. Se necesita dar más información a las personas, como talleres informativos en más lugares, pues no sirve de mucho darlos sólo en cantinas. Deberíamos apoyarnos entre nosotras, independientemente de dónde seamos.

Primero debe terminarse la corrupción aquí en Chiapas, pero eso está bien difícil. No conozco a nadie que haya ido a la cárcel por padrote, los sacan rapidito porque tienen mucho dinero y a nosotras nos hacen pagar por ellos, nos encarcelan sin ser tratantes. La policía es corrupta porque extorsiona a los clientes y amenaza a las

compañeras que no les dan una cuota. Ellos sólo sirven para proteger a los ricos, a los delincuentes, y para robarle a la gente más pobre. Por ejemplo, cuando me detuvieron me pidieron 40 mil pesos por soltarme, y como mi patrón nunca apareció me tocó pagar. Nos hacen sentir que en este país no valemos nada.

No está permitido fichar en los bares ni las salidas con los clientes. La licencia de trabajo para los bares es de dos de la tarde a ocho de la noche, pero todos los dueños dan una mordida para que puedan abrir desde las doce del día y cerrar a la hora que quieran. Los domingos hay ley seca, pero hay algunas cantinas que están abiertas, dan 500 pesos esos días para que no las clausuren.

Las muchachas y los dueños de los bares deben sacan un tarjetón azul en Salubridad para que se lo sellen. En Las Huacas pasa un señor gordo cada 15 días en una camioneta blanca para sacarle 100 pesos a las muchachas, se los tienen que dar escondido entre los tarjetones.

La única manera que veo para que esto cambie es dar más talleres a la sociedad en general, decirle a las muchachas que tenemos derechos aunque seamos de otro país, que no pueden obligarnos a hacer algo que no queramos, que cuando trabajen se fijen bien con quién se van. Que denuncien, que no se queden calladas. Para prevenir la trata de personas en las comunidades indígenas primero buscaría una persona que hable su misma lengua para que sepan que todos somos seres humanos y tenemos los mismos derechos.

Todo lo que sale de nosotras en los medios de comunicación es mentira. Aquí el gobierno maneja a la prensa, sólo sale lo que les conviene. Nos afecta porque sólo nos exhiben como si fuéramos tratantes. Dijeron que a las menores de edad las teníamos amarradas y que las estábamos prostituyendo. De las mujeres que trabajan en la 12 decían que estorbaban en la calle, que por ellas Chiapas estaba infectado de sida.

Me gustaría que dijeran la verdad, que habemos mujeres que no tenemos otra opción más que trabajar en bares, que toda la policía del estado son una bola de sinvergüenzas, desde el superior hasta los que andan a pie. Todo lo que sale sólo provoca que nos etiqueten. Si digo que trabajo en una cantina, luego luego me ponen en la frente que soy prostituta o una quitamaridos. Si alguien me lo dice de frente, los paro enseguida, les explico, pero a los medios qué les puedo decir.

Cuando empecé a trabajar me cobraban 45 pesos por hacerme la prueba del VIH. Me he hecho la prueba de VIH varias veces y ha salido no reactiva. En Tapachula atienden a las personas con VIH en un lugar que se llama CAPASITS. Ahí hacen pruebas de detección, tienen un psicólogo y te tratan bien. Aquí el VIH/sida se da más en los homosexuales, si les dan sus antirretrovirales viven normal, trabajan y no tienen problema.

Tuve una tía que nunca trabajó en esto pero se infectó de VIH. No le quisieron rentar una casa, la miraban mal y la señalaban, no recibía apoyo de nadie. Conocí a una chica que trabajaba en un bar, cuando se enteraron que se había infectado la despidieron, la hicieron de menos. Ella empezó a tomar diario y terminó acostándose con cualquier hombre que se encontraba.



Algunas no usan condón con el cliente ni con la pareja. Hay hombres que no les gusta usarlo, piensan que a nosotras nos gusta sentirlos naturalmente. Si no lo usamos corremos el riesgo de contraer infecciones como la gonorrea o el chancro. Gracias a Dios nunca he padecido alguna de ellas.

Me gustaría decirle a todos que no rechacen a personas con VIH/sida, al contrario, podemos ayudarlos, apoyarlos. Todos somos seres humanos, los que están pasando por esto no son unos extraterrestres para tratarlos mal.

¡Lo que hice por sobrevivir! Trabajé en la cantina hasta el día en que parí a Gloria. Mi trabajo era tomar. Cuando me invitaban una cerveza yo fingía ser una mesera servicial, les llevaba las cervezas y las botanas para que no me viera forzada a beber, y al final me daban una buena propina. Tuve que adaptarme a la situación que estaba pasando.

He tenido cinco embarazos. El de la mayor lo viví tranquila, pero con el de Patricia tuve un sangrado. De Aranza hubo un problema, no podía hacer del baño y me pegó un dolor en la columna. No sabía en ese momento por qué me sentía así y terminé pariéndola en el baño de la casa. Fui al hospital sólo para que le cortaran el cordón umbilical. Carmen nació a los seis meses porque me caí de una combi y ya no la pude retener. En ese embarazo sufrí más. Con la última no tuve problemas. Conocí a un doctor en la cantina, él trabajaba en una clínica aquí en Tapachula, él me hizo favor de llevar el control de mi embarazo, me dio ácido fólico para que todo estuviera bien.

A casi todos mis hijos los tuve en el Hospital General, siempre me cobraron los partos pero tenía que pelearme casi siempre con el personal para que me atendieran. Si no conoces a alguien que te apoye, ni te atienden. Aquí el servicio del hospital es pésimo. Antes de atenderte te preguntan si tienes seguro popular. Como no tengo, me cobran 40 pesos por consulta.

Para no tener hijos se puede usar condón o anticonceptivos, aunque hay métodos que hacen daño. El dispositivo no lo recomiendo porque se les puede caer. Muchas veces pueden salir embarazadas. Nunca aborté porque entre mi pareja y yo nos cuidábamos. Como no queríamos tener un hijo, me inyectaba anticonceptivos, pero me hicieron engordar. El método más efectivo que tengo para ya no tener más es no tener marido.

El alcohol y las drogas están presentes en el trabajo porque es la mejor forma de ganar más dinero. Nunca me ocupé con clientes drogados o alcoholizados. Cuando me ofrecían droga les decía que no me gustaba porque ya estaba loca de nacimiento. Nunca las consumí. Hay clientes que cuando estaban drogados se ponían bien mal y agarraban a la fuerza a las chicas. Cuando podía, las defendía.

La primera vez que tomé fue cuando mi papá me corrió de la casa, me hacía no ver mis problemas, olvidarme de todo. Para fichar, a güevo tenía que tomar porque si no, no ganaba nada. Ahora ya no tomo, prefiero comprar leche para mis hijas a un cartón de cervezas. Conozco a una compañera que sólo trabajaba para drogarse y una amiga mía murió en mis brazos el 26 de diciembre. Por andar tomando se le subió el azúcar porque tenía una infección en los riñones.

Me deportaron dos veces. La primera vez fue en el 2009. Me dijeron que si les decía que trabajaba en una cantina, me iban a dar papeles. No lo dije y me sacaron de aquí. Fui a la frontera y me regresé otra vez. También me deportaron. Mis niñas las tenía Migración y cuando salí de la cárcel pensaron que yo era una delincuente.

Le pagué a Migración para que tramitara mi residencia y le entregué todos mis documentos. Cuando fui a la ventanilla a preguntar por mis papeles, me dijeron que no había pasado por tener antecedentes penales, pero les pregunté: "¿y mi dinero?". En todo el 2015 no me regresaron nada. Hablé por teléfono varias veces pero nunca me quisieron atender. Fui a Derechos Humanos y el licenciado que me atendió me dijo que me había adelantado a pagarles. Se quedaron con 15 copias del comprobante de pago y me mandaron a hacer el trámite de nuevo para que ahora sí validaran mi pago. Al final me tuvieron que dar la residencia definitiva y la CURP.

Antes no podía pedir otro trabajo porque no tenía papeles, y ahora que ya los tengo no puedo porque tengo antecedentes penales. Aspiraba a trabajar en una empresa donde me dieran un buen sueldo, seguro social para mis hijas y la posibilidad de tener mi propia casa. Eso se quedó en puros sueños porque aquí me cerraron las puertas. La desventaja de la regularización migratoria es que te limita, si tienes antecedentes como yo, no te la dan, pero sí te estafan. Gracias a la queja pude recuperar mi dinero.

En la Secretaría de Educación me discriminaron por ser hondureña, me dijeron que si quería que mis hijas estudiaran, tenía que pagar o si no que serían unas burras. Les pagué 250 pesos pero les dije: "con todo respeto, chinguen a su madre".



La primera vez que tomé fue cuando mi papá me corrió de la casa, me hacía no ver mis problemas, olvidarme de todo. Para fichar, a güevo tenía que tomar porque si no, no ganaba nada. Ahora ya no tomo, prefiero comprar leche para mis hijas a un cartón de cervezas.



En la frontera yo pondría un centro de orientación para migrantes, quiero informarles lo que pasa con las autoridades corruptas. A los presidentes de Centroamérica les diría que ya no manden más cónsules, porque nada más sirven para salir en la foto. En realidad, no nos ayudan ni nos representan y menos cuando tenemos problemas. Necesitamos dar a conocer cuáles son nuestros derechos como extranjeras. Yo los aprendí cuando estuve en la cárcel, de no ser así, todavía estaría trabajando en una cantina.

Si pudiera hablar con el gobierno diría que protegiera de verdad a los migrantes y que se diera cuenta de la bola de delincuentes y corruptos que tiene como policías y gobernantes en Chiapas. Que ya no mande alimentos al comedor co-

munitario porque se los roban esa bola de ratas. Que mejor haga centros donde se den talleres para capacitarnos en otros trabajos para los que somos migrantes.

Si en realidad quisieran resarcir el daño que nos hicieron, no nos tratarían como delincuentes. Todas las que migramos somos inocentes. Que nos indemnicen por el tiempo que estuvimos detenidas, que despidan a todos los corruptos y que no vuelvan a trabajar en el gobierno, aunque lo que hicieron ya esté hecho.

Cuando voy a Honduras les hablo claro a las mujeres que conozco, les digo que si no tienen papeles, aquí sólo hay trabajo en una cantina, hay que bailar con los clientes, dejarse manosear y abrir las piernas. Les digo que no se dejen engañar por hombres que les dicen que les van a dar trabajo y que les va a ir mejor. Si quieren trabajar en otra cosa, sin papeles las van a explotar. Les advierto que no me traigo a nadie, que las que quieran venir ya saben lo que van a encontrar.

Cuando conocí a varios activistas me dijeron que tenía derecho a la salud sin pagar nada. La Brigada Callejera también me habló de mis derechos, los conocí un día antes de tener a mi última hija.

Mi mamá ya murió y con mi papá y hermanas llevo una buena relación. Con mis hijas que están en Honduras me llevo bien. Ellos saben en qué trabajé y que estuve presa. Una de mis hijas se refiere a mí como Margarita, es el nombre que me ponía en el trabajo. No les puedo mentir. Este trabajo no lo escogí, fue la única opción que tuve en ese momento.

Quisiera seguir ayudándolos, pero ahora ya no puedo porque vivo al día. Pago la renta de una casita, tiene dos cuartos, un baño y un patio donde crío cuatro pollos. Si tuviera otro trabajo, no me importaría lo que ganara ni que me pusieran a barrer calles y parques, pero aquí en Chiapas, si eres migrante no tienes otra opción que trabajar en una cantina.

Tengo 41 años, nací en Puerto Cortés, Honduras, y vivo en Tapachula. Trabajé seis años de mesera y ahora aspiro a salir adelante al lado de mis hijas, quiero que crezcan y que estudien. Me siento valiente, pero a veces tengo temor por las represalias que pueda haber contra ellas.



o más
lencia
ntra
eres
NosQueremos






antalgin
RANISEN
Unival
RANISEN
Lactulax

NOSOTRAS

KRIZNA

Krizna (David Avendaño Mendoza) es la coeditora de este libro. El taller Aquiles Baeza le cambió la vida, o al menos la perspectiva. Se dio cuenta, entre otras cosas, que podía estudiar, es decir, que era una persona inteligente, que aprendía rápido y que aún era tiempo de hacer lo que no hizo en su juventud. Le dieron ganas de estudiar la preparatoria abierta y la terminó. Ha hecho tres intentos por ingresar a la carrera de Derecho en la UNAM. Y lo sigue intentando. Tiene olfato periodístico, sentido del relato, ritmo y pasión. Ha colaborado en la revista *Nexos* y es asidua reportera en *Desinformémonos*, medio para el que cubrió el sismo del 19 de septiembre del 2017 en la Ciudad de México.

Krizna es su nombre artístico y también el de batalla. Así la conocen en todos lados. Tiene 46 años, y 39 tenía cuando inició el taller. "Me di cuenta que todavía tenía la capacidad para aprender. Antes decía, para qué estudio, pero tener la responsabilidad de aprender a agarrar la pluma me cambió todo".

La entrevista, dice Krizna, "es un pretexto para conocer problemas más a fondo, para descubrir más cosas". Y todo un descubrimiento ha sido para ella su introducción a un oficio que no admite concesiones. "Estoy tratando de aprender las comas", dice, pues "fueron mi coco en la primaria y de nuevo en el taller. También los acentos. Yo era de abusar mucho de las comas, ahora busco aprender a darle la redacción correcta a un texto, a darle estética a cualquier escrito".

Para ella está claro: "No se necesita un título para ejercer este oficio". Y es otra arma, "un plus" en su actividad. Justo cuando empezó el taller le ofrecieron un curso de tres meses para presentar el examen único y obtener el certificado de bachillerato, así que al mismo tiempo iba al taller y al intensivo de preparatoria. Y sus ansias de conocimiento se desataron.

"No me imaginé que alguna vez fuera a ser periodista, aunque sí tenía una necesidad de querer informar lo que estaba pasando". Por eso, cuando se presentó la propuesta del taller no lo pensó dos veces. Y aquí llegó con un activismo previo, pues como integrante de Brigada Callejera había participado en diversas actividades zapatistas. "Ser puntual ha sido mi coco, pero gracias a los zapatistas y al ver cómo se organizan, cambié. El movimiento me volvió más responsable", dice.

Desde el primer momento Krizna asumió diversos roles en el taller de periodismo: "Correcciones, ediciones, entrevistas y me la he pasado hasta la madrugada para terminar, cuando antes pensaba que hasta donde diera… Hace un tiempo, por ejemplo, hice una entrevista con un



chingo de gripa. En otro tiempo habría llamado para decir no puedo, me siento mal. Pero vine".

La dura vida de Krizna se ha enfrentado una y otra vez a la de sus compañeras. Siempre parece peor la otra. "Se trata de rescatar los porqués llegamos a la calle. Escucho necesidades o situaciones que no son nada comparables con la mía, he escuchado a compañeras de otros estados que las corren, las golpean, las desprecian por ser diferentes, y las matan. Escuchar sus historias me hace sentir confundida entre ser la amiga para apapacharla y consolarla con sentir el nudo en la garganta, y ver el periodismo, el trabajo, darle continuidad a la entrevista. Me ha costado mucho trabajar porque tiendo a engancharme en las emociones de la gente, pero afortunadamente he seguido".

Este libro representa para todas un logro ni siquiera imaginado. Si le hubieran preguntado a Krizna hace 15 o 20 años, "habría dicho que un éxito, esperando el reconocimiento y hasta las cámaras. Ahora lo equiparo como mi certificado de bachillerato, un logro que costó mucho trabajo. Es un trabajo colectivo".

Krizna seguirá indagando en el periodismo. Se le antoja un libro con testimonios sobre la represión que ejerció el *Negro* Durazo. En aquella época, dice, en el *talón* hubo "desapariciones forzadas, represión, tortura, mutilación, violación, estrangulamientos". Y hay que contarlo.

De joven, Krizna era fiestera, le gustaban las discos, los bares y el alcohol. A los 16 años se salió del bachillerato. Había salido del clóset y no pudo con las burlas y la discriminación. En ese tiempo le ayudaba a una tía vendiendo refrescos en el mercado de Jamaica, pero se peleó con ella, estaba endedudada y en una salidita a una disco gay conoció a una trans. "Estaba ella frente a mi mesa, me levantó su copa y me dijo, salud. Le contesté, salud. Me dijo que si quería irme a su mesa y yo le dije que mejor ella se viniera a la mía. Empezamos a platicar y me dijo que me veía guapa, que por qué no me iba a *talonear*. Le dije que no sabía cómo y me respondió que ella trabajaba en la calle de Sinaloa e Insurgentes, que la buscara si quería para que me presentara a la representante". Y ahí empezó.

Unos días después le presentaron a Aranza, la "representante". En ese tiempo Krizna había terminado con su primera relación, tenía la autoestima hasta abajo y ni un peso. Tenía 20 años y probó por primera vez el intercambio de sexo por dinero. "Se sentía chido", recuerda.

No duda: "Fue la situación económica lo que me llevó al trabajo sexual. Me atreví a intentar el *talón* y vi que funcionaba. Por una relación sexual en ese momento se cobraban 200, 300 pesos. Yo pagaba de renta 350 pesos, entonces con dos clientes pagaba mi renta, y eso en una noche. En un mes generaba más dinero. Y también, hay que decirlo, descubrí que podía disfrutar el sexo. Antes de llegar al *talón* tenía la idea de que las trans no deberían de tener erecciones ni eyacular, pero ya cuando el cliente me lo pidió empecé a descubrir mi sexualidad. Lo primero que descubrí fue la eyaculación compartida y eso claro que me gustó".

"Pinche puto", le gritaban de niño. Y el niño David Avendaño no entendía nada. En la doctrina le dijeron que era pecado y que Dios lo castiga-


Brigada Callejera
DE APOYO A LA MUJER "ELISA MARTÍNEZ", A.C.
REP. DE URUGUAY
ADIDAS
03
ORIGINALS



Para ella está claro: 'No se necesita un título para ejercer este oficio´. Y es otra arma, `un plus' en su actividad. Justo cuando empezó el taller le ofrecieron un curso de tres meses para presentar el examen único y obtener el certificado de bachillerato, así que al mismo tiempo iba al taller y al intensivo de preparatoria. Y sus ansias de conocimiento se desataron.

ría por preferir la compañía de su mismo sexo. Pero a él le gustaban.

En los bailables de la primaria, el niño David quería los vestidos vaporosos de las niñas. Una vez lo vistieron de marinerito y él quería el disfraz de geisha de su compañerita. Lo tenía claro, y más cuando un día en un baile en el mercado de Jamaica llegó un grupo de trans. "Me encontré a una de frente, guapa y percibiendo el rechazo, la burla y todo, pero ella feliz, digna, contenta. Pensé, eso quiero ser".

La mamá preocupada llevó al niño David a terapia. Estaba en secundaria y el psicólogo le dijo que Dios hizo al hombre y a la mujer y que por naturaleza debían tener hijos. Le insisitió en que cambiara "su actitud" y al final, "cuando no pudo conmigo, me propuso: ahorita que entre tu mamá, le vas a decir que vas a cambiar. Tú puedes tener doble vida, casarte, tener hijos, y a espaldas, cuando no te vean, puedes tener lo que tú quieras. Le dije que sí. En ese momento abrió la puerta, yo creo que también ya quería terminar la sesión. Señora, pase, ya hice cambiar a su hijo, le dijo a mi mamá. A mi mamá la veo entrar con una cara de ilusión y lo primero que me dice es ¿sí vas a cambiar? En esa pregunta vi mi vida en segundos, casado, con hijos, sufriendo. Y mi respuesta fue no, así soy".

Lo demás vino solo. Conoció a chicas trans en los bailes de calle, se empezó a relacionar con ellas y le recomendaron el uso de hormonas femeninas. Tenía 16 años. "Se me hizo fácil, todavía trabajaba con mi tía y tenía dinero. La hormona era barata, me salía a cinco pesos la inyección. Luego una amiga me ofreció los anticonceptivos. Yo tenía bolsas de inyecciones, pero sin prescripción médica. Me decían que me inyectara una cada tercer día y yo me inyectaba dos, una en cada nalga. La voz se me hizo un poco delgada, el pelo me creció más largo. Lo único es que me puso de malas y no tenía erección, todo me molestaba".

La mejor parte es que empezaron a llegar los clientes guapos. "Yo en mi vida jamás pensé tener relaciones sexuales con alguno de ellos, y aparte que me pagaran". Y la parte mala: "Me di cuenta de que la policía hacía operativos y te extorsionaban. Muchas veces a mí me quisieron detener, tuve que dar dinero. Tardé mucho tiempo en pisar la delegación y también el *torito*. Afortunadamente, me salvé gracias a la mordida, algunas veces corriendo, me volví experta en correr con tacones".

En el trabajo sexual Krizna pasó de todo, extorsiones y violencia extrema, al grado que la amenazaron con una pistola. Ella nunca fue buena para dejarse, así es que respondía con golpes y con gritos. Pero siempre quedaba indignada, tocada. Aranza, la respresentante, "era muy de ponerse al tiro. Cuando ella veía ese tipo de injusticias, nos jalaba a todas. Y ahí empecé de activista o mitotera. Creo que el activismo requiere 24 horas y yo a veces no tengo ese tiempo para darle. Por eso me llamo mitotera".

En un centro de salud en el que las obligaban a hacerse las pruebas de VIH, conoció a Rosa Madrid, quien ofrecía talleres de prevención de enfermedades sexuales y derechos de las trabajadoras sexuales mientras esperaban su turno. Y las invitó a visitar a la Brigada Callejera en el atrio de la iglesia de La Soledad, en el corazón de La Merced. "Soy una persona desconfiada, porque

ya se nos habían acercado políticos a ofrecernos su apoyo, a impulsar un reglamento para que se nos respetaran nuestros derechos. Recuerdo haber visto a candidatos del PRI y creo que del Frente Cardenista, llegaban a pedirnos el voto, pero nunca nos ayudaron y dejamos de creer".

Krizna no creyó a la primera en la Brigada, pero una noche se subió a un auto con un cliente y cuatro patrullas los detuvieron para robar al cliente. Lo bajaron y le robaron todo lo que traía. Media hora después el cliente la buscó con pistola en mano y le cortó cartucho. Krizna lo pudo desarmar y lo denunció. La Brigada Callejera se hizo presente y la asesoró y ahí se ganaron su confianza.

El activismo no era fácil. "Me costaba mucho trabajo apoyar y solidarizarme. Recuerdo que a veces había que etiquetar sus condones marca Encanto porque tenían un pedido para cierta empresa y yo sólo iba por agradecimiento". Casi ninguna quería hablar en los encuentros. "A mí me daba miedo expresarme, me temblaba la voz y me sudaban las manos", pero una vez, literalmente, la lanzaron. Y poco a poco se le fue "quitando el miedo a tener congruencia".

La Brigada Callejera es una organización pro zapatista, firmó la Sexta Declaración de la Selva Lacandona y "por eso nuestra experiencia política tiene que ver mucho con las comunidades de Chiapas". En los encuentros zapatistas Krizna se dio cuenta que "lo mismo que pasábamos como trabajadoras sexuales, pasaba un indígena o un obrero…". La lucha la llevó a las comunidades zapatistas "no a hacer algo, sino a aprender. Ahí aprendí a escuchar".

Krizna no leía periódicos ni escuchaba ni veía noticias. Pero en las comunidades todo era diferente. "La invitación a construir sin que nadie tenga injerencia me gustó". Conoció entonces al Subcomandante Marcos (hoy Galeano), "una persona criticada, señalada, que la querían desprestigiar… Tener la oportunidad de conocerlo fue como un premio".

"Sí, puta, zapatista y periodista". Krizna es una mujer de frases. Las arma y se le salen todo el tiempo, por eso es tan buena editora. Es zapatista, dice, "porque me involucré mucho en las convocatorias, en los pronunciamientos, en el compromiso al hablar frente a los compañeros zapatistas sobre el trabajo sexual. El que me digan que están con nosotras, que nos apoyan y que no estamos solas, me hizo ver la lucha no como una obligación, pero sí como una congruencia. Ser zapatista involucra ver a todos con respeto; es involucrarse hasta donde uno puede. Si veo que un policía detiene a un vendedor, yo me meto. Me pongo al pedo con los policías por defender a con quien se está pasando de lanza".

Ella es comerciante en el mercado de Jamaica. Lo mismo vende corazones el 14 de febrero que arbolitos de Navidad. También le ayuda en el negocio de comida de su mamá, al tiempo que ofrece shows trasvestis.

BEATRIZ

A Beatriz Herrera la conocen como la Morty, por su cabellera negra y lacia, o por su humor igual de negro. Lo suyo es la cocina, pero también es danzante azteca, esposa, hermana y mamá de dos hijos a los que no volvió a ver. Desborda alegría, ternura, ira y sarcasmo. Y reta a cualquiera, pues después de su última resurrección ya nada la espanta. Tocó fondo y hasta a "Cartolandia" fue a dar, metida de lleno en la coca y el alcohol. Nada de qué avergonzarse, pues salió de ésa y hoy está felizmente casada con un ex cliente, un hombre que la cuida y le aguanta el trote. Tiene 51 años.

Antes de entrar al *talón* trabajó en Pemex. Y ahí "tenía que acostarme con el que fuera mi jefe. Yo aceptaba pero no me gustaba, porque yo no me metí ahí para darle las nalgas a nadie. Yo no había estudiado secretariado para irme a acostar con todos los de Pemex. Aguanté porque tenía a mi niño de meses y tenía que hacerme responsable de él. Me embaracé a los 16 años".

Así es que "si en Pemex todo el mundo iba a estar metiéndome la verga, mejor me fui a donde yo podía ganar". Un amigo le presentó a un conocido que manejaba a todas las trabajadoras de Insurgentes. "Me explicaron de lo que se trataba, que tenía que darle el 30 por ciento del total de lo que yo ganara. Sólo eran diez minutos de la cintura para abajo. Nadie me obligó, yo me metí por necesidad, pues tenía a mi hijo y estaba enojada porque en Pemex estaba obligada a darle las nalgas a unos culeros. Ahí es la putería más grande de México".

A patir de ese momento Morty se mantuvo tres décadas en el trabajo sexual. "No me puedo quejar, gané mucho dinero, me fue muy bien, tuve lo que quise. A mi familia le di lo que más pude, le pagué su hospital a mi madre, a mis hijos les di lo mejor, a mis hermanos también. Yo llevaba carros y carros de despensa para que no les faltara nada". Al principio, recuerda, nadie de su familia sabía de dónde venía todo. Su madre sí. "A ella le decía que no iba a llegar a dormir porque me iba a una esquina a trabajar".

De una esquina de avenida Insurgentes salió también para la cirugía a corazón abierto de su padre y la hospitalización de su madre. Entre los turnos del trabajo y el cuidado de su madre le quedaban apenas minutos para dormir. Y empezó con la cocaína. Ya la había probado, "ahí la agarré más porque tenía que aguantar sin comer, sin dormir, sin nada". Vino también el alcohol. Y de ahí un largo camino a la nada.

"Mi jornada de trabajo antes de empezar con la droga era despertarme en la casa de mis padres, comer, jugar con mi hijo, ver la tarea, ver qué le hacía falta a mi mamá. A las 5 o 6

de la tarde me bañaba, preparaba mi ropa y me arreglaba. En ese tiempo me daban un carro que traía 24 horas para ir y venir. Me subía y me iba a Insurgentes, me paraba y tomaba mucho té y café. Estaba muy muy bien. Había veces en que ni salía del cuarto del hotel porque todos estaban formados. Hasta rosada terminaba, pero tenía mi monedero lleno. Daba el 30 por ciento al tipo que me cuidaba y me regresaba a mi casa y otra vez la misma rutina".

Dice Beatriz que cuando llegó a la esquina "era muy pendeja", porque "todo el mundo me albureaba, me gritaba, y yo lloraba". Pero una vez llegó una mujer a su mesa y le aventó un vaso de cerveza. Ese día decidió no dejarse más. ¡Y agárrense!

Con su éxito en la calle llegaron las envidias. En una ocasión un grupo de "compañeras" le metió la cara al escusado lleno de mierda. Y, como pudo, "me di en la madre con todas". Esa era la ley. "Si aguantaba, me quedaba". Y "no me fui porque era para mí más fácil ganarme el dinero así. En Pemex era una putería, dar mi cuerpo por un pinche contrato. Yo preferí quedarme de prostituta, dando las nalgas por un billete, pero mío".

Con el dinero y la carga de trabajo llegaron las drogas. "Tenía que apurarme a trabajar para pagar el hotel donde ya vivía. Le daba un jalón a la *piedra* o me daba un *perico*, y en chinga trabajaba. Era despertarme, trabajar para comprarme mi droga y seguir trabajando. No comía, no dormía, puro alcohol, droga y cigarros. Duraba hasta ocho o 15 días sin comer". Tocó fondo. Fueron tres pasones y en el último por poco no la libra. Terminó durmiendo en "Cartolandia", como le dicen a los montones de cartones entre los que se arropan los nadies de la Ciudad de México. "Levantaba la comida del suelo, veía el arroz que tiraban de los ambulantes y para mí era riquísimo. Me enseñé entre los cartones a patear los refrescos para ver cuáles eran meadas y cuáles no. Hasta ahí llegué.

Cansada de cuidarse entre los cartones para que no llegara alguien a violarla o a robarle las pocas pertenencias con las que dormía, un día reapareció en su vida un señor al que nunca había hecho caso. "Ese día pasó y le pregunté si seguía en pie su propuesta de llevarme, y me dijo que sí. Me llevó a su casa y hasta la fecha sigo con él. Nos casamos. Al principio no me tocaba, se dormía en su mitad y yo en la mía. Yo llegaba cansadísima, me aventaba hasta 24 horas durmiendo y nada más comía cualquier cosa para volver a dormir". Poco después empezaron a ser pareja. "Volvió a darme ese valor y me dijo que podía salir adelante, que tenía mucha fuerza para hacer lo que yo quisiera. Gracias a eso he seguido. Es lo mejor que me ha pasado en la vida".

Su llegada a la Brigada Callejera se la debe a Elvira Madrid, quien la veía fumando *piedra* en las calles y le decía que "ya dejara esa madre". Después "me empezó a jalar, me pidió que me hiciera mi estudio de papanicolau y vi que era buen pedo. Me empezó a meter en la cabeza de que dejara la coca y la dejé. Me jalaba para ir a seminarios de salud, de educación sexual, trabajo sexual, para instruirme y vi que había otras cosas aparte de la droga".

Y así llegó el taller de periodismo. "Le dije a Elvira que yo también quería ir. Le reclamé que no me invitaran. Aceptó y llegué a *Desinformémonos*.





En una ocasión, durante una entrevista en el taller, Morty hizo catarsis. 'Ese día reflexioné que la estaba cagando". Vinieron las entrevistas con otras trabajadoras sexuales' y me reflejé un chingo". El taller, asegura, "me cambio ciento por ciento"...



Nunca en la vida imaginé que me convertiría en periodista o reportera. Aquí he aprendido a ver la vida diferente, desde lo que es noticia. Yo no sabía que tengo las herramientas para poder compartir la información, y eso me satisface muchísimo porque a güevo que soy capaz de hacer una nota, redactar, hacer una entrevista bien hecha, una edición. Eso me hace sentir de poquísima madre".

Con el taller, dice Beatriz, "me cambió todo radicalmente. Me siento mejor conmigo misma. Ahora le digo a mi marido, ve esa nota, es pura pinche pendejada, puro ego del periodista. Siempre comparto cosas que me enseñan a mí. Con la familia también me cambió la vida. Mis hermanos me ven diferente".

Beatriz se declara seguidora de Ryszard Kapuscinski. Y sí, "para ser buen periodista debes ser buena persona, porque lo haces con la nobleza de tu corazón. Quieres que la gente se entere de lo que le pasa a la gente, no de lo que yo diga. Yo me considero buena persona porque lo soy. Me gusta serlo porque la vida me trató de la chingada. Trato de ser lo mejor para ser buena periodista, dar la mejor nota, con lo que me han enseñado".

Como periodista "he aprendido a tener dignidad, calidad humana, a tener una posición en cada nota que demos, ser de una sola línea. Todo viene anudado a la Brigada Callejera, porque sin ella no hubiera llegado al taller, y si no hubiera llegado al taller no hubiéramos logrado esto".

Ahora Morty acude a las marchas por los derechos de las trabajadoras sexuales. Pero no sólo. También a las movilizaciones de los maestros o contra la violencia a las mujeres. "Soy activista porque soy bien perrucha, peleo por las causas, voy contra los que están pisoteando al pueblo. En las marchas grito, llevo mi bandera negra, tomo fotos y les pregunto cómo ven y difundo fotos. Sí, soy activista y periodista".

Como activista, Beatriz, además de marchar, ofrece testimonio de vida en universidades y en entrevistas que organiza la Brigada. Fue de las primeras en obtener su credencial de trabajadora sexual no asalariada, un logro de la lucha de Brigada Callejera en la Ciudad de México.

Beatriz recuperó a sus hermanos y hermanas. Durante el taller se casó y se dice feliz en su casa y con su esposo. Pero con sus hijos "está de la chingada, no les hablo". Su hijo es alcohólico y la culpa de su enfermedad. Su hija, dice, "me

odia porque dice que preferí la droga y la putería a estar con ella". Morty lo lamenta y "les echo la bendición".

En una ocasión, durante una entrevista en el taller, Morty hizo catarsis. "Ese día reflexioné que la estaba cagando". Vinieron las entrevistas con otras trabajadoras sexuales "y me reflejé un chingo". El taller, asegura, "me cambió al ciento por ciento, porque si ellas pueden, por qué yo no. He dejado de drogarme y aunque está el gusanito de entrarle otra vez, digo que no porque hay cosas que valen más, como las historias de mis compañeras".

Ahora, dice, "lo que quiero es ponerme a dieta, bajar de peso, ponerme bien chula para presentar el libro. Seguir luchando por las voces que no se han escuchado, de las compañeras que gritan y que merecen ser escuchadas. Se trata de alertar a los demás, porque es bien fácil mover la lengua, no tiene hueso y cualquier hijo de puta la puede mover, pero no saben las consecuencias de hablar nada más a lo pendejo".



MÉRIDA

Patricia Mérida Ortiz es poeta y le gusta la cantada. Cuando empezó el taller tenía más de 30 años en el oficio. Sus calles son las de La Merced. Hoy es esposa, activista, madre, abuela y periodista. Tiene 49 años.

"Inicié en el trabajo sexual muy chiquita, a los 16 años, yo pienso que por las circunstancias. Me crié en una familia brusca, con una mamá que desde muy chiquita me golpeaba. Mi infancia fue difícil, muy triste, dolorosa, y mi vida puro golpe tras golpe. Crecí con la idea de que no valía nada".

De chiquita su mamá le decía que "un chango estaba más bonito" que ella. Una vez su progenitora preguntó en voz alta a sus hijas: "A ver, ¿quién es la más bonita de la casa?". "¡Yo!", respondió la niña Mérida. Le llovieron las burlas y los insultos. "Órale chamaca horrible", le dijeron, y la echaron al patio. Se fue de su casa apenas cumplió los 14 años.

"Salí de ahí y fui a vivir con otra tía, y luego anduve rodando por el pueblo. Cuando me di cuenta ya estaba en la Ciudad de México porque un tipo me trajo haciéndome creer que me iba a dar trabajo de sirvienta para ayudar a su esposa, y resulta que me trajo con mentiras y me llevó a una casita de cartón. Quiso abusar de mí. Era virgen, todavía no tenía sexo con nadie". Mérida se escapó, huyó descalza, y así empezó a rodar por las calles de la ciudad, donde no tardó mucho en ser violada. Y pensó: "Si ya me quitaron mi virginidad y ya no valgo nada, pues voy a terminar en una esquina y ya por lo menos que me den para comer".

Una compañerita le enseñó, cómo y dónde; "Me llevó a un lugar y me dijo: 'espérate y fíjate'. Se metió con un tipo y me dijo: 'mira, ya me dio mil pesos y con esto vamos a ir a comer'. Ese día comimos, nos fuimos a Tepito a comprar ropa usada, nos pusimos guapas y así fue como empecé. Me paraba en las esquinas de la calle de la Merced".

No soñó la niña Mérida en que ese sería su trabajo por 32 años. Se sentía "de la patada, sucia", extraña en su cuerpo. Luego lo vivió como cualquier trabajo. "Te acostumbras a todo, después ya era lo normal". La necesidad, dice, la llevó, pues no sabía leer ni escribir, ni contaba con documentos de identificación y "lo único" que encontró que podía hacer era pararse en una esquina. "No me arrepiento de ser trabajadora sexual porque no le hice daño a nadie, sino al contrario. Siempre trabajé con la dignidad por delante".

Mérida está segura de que nunca hubiera ganado lo que ganó en el trabajo sexual con otro oficio. Hace muchos años, "cuando ya tenía casi la mitad de mi vida ahí, decidí dejar el ambiente



Quiero ser periodista para difundir realidades y componer el mundo, para estar a favor de mis compañeras y de mí misma como trabajadora sexual. Pienso que puedo seguir mejorando a través de la información.



porque tuve momentos en los que me pregunté por qué estaba en la esquina. Agarré el vicio, la droga, el alcohol y quería olvidar todo. Decidí meterme a trabajar a la Central Camionera de Tasqueña para limpiar. Era un trabajo decente para mí, según yo. Pero salió peor porque el que se encargaba de revisarnos los empleos, bien manchado, quería a cada rato que tuviera sexo con él en los baños, me acosaba, quería que le hiciera sexo oral. Más de tres veces le tenía que hacer el sexo oral porque me chantajeaba, me decía que era joven y que tenía buenas piernas, chichis y buenas nalgas, y que mejor calladita porque si no, me jodía y me corrían. En ese tiempo me estaban pagando como 200 pesos. Tuve sexo con él y fue la misma fregadera”.

Entonces, continúa, “yo me dije que dónde estaba la decencia… y mejor regresé a mi esquina. Ahí me sentí mucho más segura. De aquí soy y aquí me quedo".

Y ahí se quedó, incluso después de que casi la matan. “Hace muchos años, cuando estaba jovencita, un cliente casi me mata. Estaba en una cantina tomando y un cliente llegó a preguntarme cuánto cobraba. Me lo llevé al hotel, era un sábado. Llegamos y me empezó a pegar, me bañó en sangre, me dejó los ojos inflamados. Me estaba ahorcando. El foco estaba prendido y yo ya no veía la luz. Veía puras lucecitas, foquitos. Cuando él vio que ya no forcejeé ni traté de defenderme porque me quedé sin fuerza, dijo: ‘ya la maté, para qué la presiono más’. Si hubiera presionado un poquitito más, ahorita no te lo estuviera contando. Me soltó, salió corriendo de la habitación y las compañeras que se dieron cuenta de todo lo corretearon, lo alcanzaron y le dieron una que para qué te cuento. Con palos, con todo le pegaron y el tipo se fue”.

Estas historias son las que convierten a Mérida en una activista. “Quisiera cambiar las cosas, mejorar el oficio, mejorar la vida de mis compañeras, porque hay muchas que son nuevas y todavía no tienen esa experiencia, para que aprendan cómo defenderse y cómo es la situación”.

“Me considero una activista”, dice Mérida, “porque hemos rescatado a compañeras, defendemos nuestros derechos como trabajadoras en las marchas, porque quiero frenar los abusos. Nosotras sufrimos agresión verbal, física y moral. No sólo es agresión cuando me golpean los polis o cuando son pasados los clientes, sino también cuando te ofenden, cuando te dicen puta”.

Cuando van a buscar atención médica, cuenta, ”simplemente porque eres trabajadora sexual te tuercen el hocico, te tratan con asco. Quiero lu-



char por mejorar la situación y cambiar al mundo del trabajo sexual, y también fuera del trabajo".

Quiero ser periodista para difundir realidades y para componer el mundo

Un día Mérida se encontraba en un bar en el que su trabajo era ofrecer canciones a quienes consumían. De pronto entró un grupo de policías y anunciaron un cateo. "Eran más de 60 uniformados que llegaron con el pretexto de que había droga y había menores de edad. Pero no había nadie, nada más éramos yo y el conjunto, un viejito que estaba consumiendo, los meseros y la que preparaba la bebida. No había menores de edad pero se llevaron a los meseros. A mí me aventaron y caí de nalgas".

Al otro día, recuerda, "en el periódico salió que de ahí habían rescatado a 45 menores de edad, pero no había ninguna, y a los meseros los hicieron pasar como padrotes. Fue cuando me pregunté qué tipo de información estamos recibiendo los lectores". Justo después la Brigada Callejera le ofreció el taller de periodismo "y por eso le entré, porque quiero ser diferente. Quiero informar realmente lo que sucede en nuestro trabajo, lo que pasa con mis compañeras, cómo somos tratadas, cómo abusan en los operativos, los encarcelamientos, todo lo que los medios callan".

"Quiero ser periodista para difundir realidades y para componer el mundo, para estar a favor de mis compañeras y de mí misma como trabajadora sexual. Pienso que puedo seguir mejorando a través de la información. Entrar a las mentes de las personas lectoras que lean mis notas, mi información, y que realmente sepan lo que sucede detrás de las esquinas y por qué estamos ahí".

Mérida es más que lista. Su pasión le estorba para separar la información de la opinión y termina editorializando. Tiene claros el qué, cuándo, cómo, dónde y por qué, y también que el periodismo siempre es intencional, "pues tenemos que tener una intención para difundir la información y para ser mejor persona".

"Mi intención", dice, "es componer el mundo. Entrar a las personas y que ellas empiecen a considerar, a comprender, y así se logre más respeto y consideración hacia las trabajadoras sexuales. En eso me enfoco, porque me importa el mundo de mis amigas y el mío".

Una buena periodista, explica, "siempre va a ser tratable, se va a interesar en el problema del entrevistado y no nada más va a llegar con morbo y con el egoísmo de decir: 'te voy a entrevistar porque yo quiero sacar mi nota', y ya. Debe pensar con profundidad, decir": 'sí, me importa mi nota, pero también me importas tú como ser humano, tus problemas; igual y no te voy a poder ayudar, porque a veces desgraciadamente aunque queramos, no podemos, pero sí trataremos de mejorar o de darle ánimos o no sé'.

Quizás Mérida es la más kapuscinskiana de todas. "Estoy de acuerdo con eso de que sólo las buenas personas pueden ser periodistas, porque cómo una mala persona será buena periodista si es déspota, grosera, soberbia, irrespetuosa, y todavía va a entrevistar. Así no sirve un periodista. Los periodistas malos tienen mala intención".

La decencia, dice Mérida, "no está en que abra las piernas o las cierre, la decencia está en el corazón, en tener buenas actitudes. Los problemas siempre van a suceder dentro y fuera del



trabajo sexual, pero la hipocresía es la base de la vida. Como trabajadora sexual me choca que la gente pase y me diga: 'mira la pinche puta, está parada ahí abriendo las piernas en lugar de buscar un puesto, hay mucho trabajo'. Hay muchas que tienen trabajos dizque decentes y también terminan abriendo las piernas. ¿Cuál es la diferencia? Yo abro las piernas por necesidad, por dinero, pero otras las abren por que le den un puesto mejor, por que el novio le compre una casa, un carro, zapatos buenos, o así".

Mérida hace muchas cosas. Escribe poesía y canciones, reportea y escribe notas periodísticas, trabaja en la Brigada Callejera como promotora de salud y ha aprendido a hacer pruebas médicas. Pero que no le impongan desde afuera a qué se tiene que dedicar. Eso no. "Hay un movimiento por ahí que quiere sacarnos a fuerza de aquí, que nos van a poner talleres de velas, de rosarios, de máscaras, de cortes de pelo y quién sabe cuántas cosas más. Pero eso no funciona. Ahora hay muchas compañeras que saben cortar pelo pero no abandonan sus esquinas. Si yo voy a aprender a cortar el pelo, de qué me sirve, si se requiere rentar un local, gastos, impuestos y todo eso".

Lo que le gusta es ser periodista. "Jamás en mi vida pensé que me iba a ver escribiendo una nota informativa. Me siento bien contenta, porque son sorpresas que te da la vida, sueños que realizas. Siempre me ha gustado escribir, pero no me daba por escribir más a fondo de los problemas de las personas. Ahora ya estoy más atenta, ya paso y si veo que hay unos policías pregunto, con mi libretita acá, bajita la mano. Me cambió la vida el taller".

Empezó por la nota y, ya animada, escribe poesía. "He escrito muchos poemas en mi libretita. Cuando estoy sola me pongo a pensar, me acuerdo de mi pasado y me gusta escribir. Hice un poema que se llama 'La flor marchita', del que me siento bien orgullosa, lo integraron en un libro y ahí está".

Mérida tiene el corazón enamoradizo. "Diecinueve veces me enamoré", dice orgullosa. Tiene dos hijos, uno de 31 años que es policía estatal, y una joven de 28 años que se dedica al hogar. El número 20, y espera que el último, llegó para casarse con ella. Un cliente "que se enamoró de mí y me enamoré de él… Nos casamos el mero 14 de febrero, él me sacó de trabajar, no le importó que yo estuviera en la esquina, me aceptó tal y como soy".

"Siempre fue mi sueño casarme con alguien, ser la esposa, ya no la amante ni la querida. De mis parejas unos eran casados, otros solteros, pero ninguno me tomaba en cuenta. Y llega él y me dice esto. Nos casamos por el civil y soy muy feliz. Ya no trabajo desde hace cuatro años, pero no me arrepiento de haber sido lo que fui. A mucha honra te lo grito con la dignidad en la frente, pues me siento muy orgullosa de haber sido trabajadora sexual. Y aquí sigo, en la lucha".

Hoy Mérida se siente completa. "Tengo salud, todavía me siento fuerte, tengo un esposo que me quiere, que trabaja para mí, que me da mi gasto. De vez en cuando no alcanza y lo apoyo haciendo el aseo del edificio, pero no me falta nada, tengo a mi marido, a mis hijos, a mis amigos. Tengo todo".



SANDRA

Sandra Montiel Díaz tiene 39 años. Su pelirroja cabellera le cubre medio rostro. Hace muchos años un hombre, así nomás, casi de pasada, le aventó ácido en la cara. Casi pierde el ojo y las decenas de cirugías no han logrado reconstruirla del todo. Su esquina está en Tlalpan, donde decenas de vehículos la abordan todos los días, aunque "de 100 que se acercan, sólo dos o tres" se la llevan.

Estilista, cocinera, tarotista, capoerista, trabajadora sexual y periodista. Como todas, llegó al trabajo sexual "por necesidad". A ella, como al resto de las trans, "nos explotan mucho las personas que nos contratan". Como cocinera trabajaba de diez a 12 horas diarias con el salario mínimo, sin pago de horas extras y con un ritmo inaguantable.

Tenía 17 años cuando una amiga le dijo que era muy guapa, que parecía mujer. Esa amiga se desaparecía de su pueblo dos o tres meses; le contó que en la Ciudad de México se paraba en una esquina "y los hombres pasaban en sus autos a pagarle". La joven Sandra no sabía nada del trabajo sexual, pero estaba "harta de ser explotada" en el restaurante. Quería tener una casa, ayudar a su mamá y soñaba con tener enorme tener busto. De un día para otro se decidió y se fue de aventón a la capital del país. Buscó a unas amigas y les pidió que le enseñaran el oficio. "Me recibieron con los brazos abiertos y me llevaron a Tlalpan, a la altura de General Anaya, donde llevo más de dos décadas trabajando".

La primera vez que se paró en la esquina temblaba toda. "Como a los cinco minutos me abordó un transeúnte. Como yo no sabía nada, la que hizo el trato por mí fue una de mis compañeras. En ese tiempo cobrábamos 200 pesos por el servicio más la habitación. Ella nos paró el taxi y nos dijo cuál era el hotel, y le dijo al cliente que todo se hace con preservativo ya sea oral o penetración". Ese día recibió 500 pesos. "En media hora me gané lo de 15 en el restaurante".

"Por supuesto que fue muy fuerte la primera vez. Me sentí ultrajada, rara… Han pasado 20 años y sigo en el trabajo sexual porque me ha dado muchas cosas. Me siento orgullosa, es un trabajo como cualquier otro, sólo que un plomero utiliza llaves, un reportero su cámara o su grabadora, y yo uso mis genitales. Lo hago con mucho esmero y honradamente".

Para Sandra no hay más, "las personas que dicen que el trabajo sexual no debería de existir es porque crecieron en otras situaciones, tuvieron otro tipo de circunstancias. Pero a las que nos tocó diferente, tenemos derecho a decidir en qué queremos trabajar. Hay muchas personas



Las personas que entrevistamos nos brindaron su confianza. Nos contaron su realidad, cómo son extorsionadas, que a veces no sólo son explotadas por los dueños de los bares, como dicen en las noticias, sino también por las autoridades.



que explotan su cuerpo, su físico, y no se dedican al trabajo sexual, y ahí nadie dice nada".

Las experiencias duras en la calle no han sido suficientes para abandonarla. "¡Ahora sí, hija de tu chingada madre, ya te cargó la verga! Me están esperando mis amigos y entre todos te vamos a tener fiesta", le dijo sin más un sujeto que la subió a su carro. Forcejearon. "Me le fui a los golpes, a jaloneos con el volante, el auto empezó a zigzaguear y tuve la suerte de que se puso un semáforo en rojo". Se bajó y la libró. Pero la suerte no la acompañó la siguiente ocasión, cuando un hombre que iba caminando por la banqueta se detuvo frente a ella y así, sin más, le arrojó ácido en la cara. Estuvo mes y medio en el hospital, le reconstruyeron la mitad de la cara y por poco pierde el ojo.

Por experiencias como la suya, ella y el resto valoran el reconocimiento al trabajo sexual que obtuvieron a través de las gestiones de la Brigada Callejera. "Una jueza reconoció el trabajo sexual como no asalariado y le bajaron un poco a los operativos, pues los patrulleros, en lugar de cuidar a la ciudadanía, sólo esperaban que nos subiéramos a una patrulla para extorsionarnos. Los clientes regresaban muy enojados porque pensaban que nosotras estábamos coludidas con los policías para extorsionarlos, pero gracias a la sentencia del trabajo sexual no asalariado está bajando todo eso".

Sandra es activista. "Peleo por los derechos de nosotras, que se nos reconozca como trabajadoras, que se nos respete. Una marcha muy importante que tenemos las trabajadoras sexuales es la del primero de mayo, para que la gente vea que también nuestro trabajo es reconocido".

Sandra también es estilista, corta el pelo y pone extensiones. También estudia ciencias ocultas. Es tarotista. Y en sus tiempos libres, además del periodismo, entrena capoeira. Lo suyo es aprender.

"Nunca me imaginé que llegaría a ser periodista, pero llegó a mi vida, y si llegó fue por algo, para sacarle provecho, jugo. Quiero que la gente lea notas sobre nosotras que tengan veracidad, no como esas que seguido vemos en los noticieros de las televisoras. Siempre sale que rescataron a 50 mujeres de un bar y que eran amenazadas, pero eso no es cierto. Son personas que llegan a trabajar y que a determinada hora salen, regresan a sus casas con sus familias y vuelven al otro día. A quienes se dedican a la trata de personas no los agarran, no los tienen presas. Pero no tocan a los poderosos", dice Sandra.



Ella tiene ritmo para el baile y para las letras. Aprendió a escribir notas sobre una marcha o un operativo arbitrario. "Es algo muy lindo. Y más este libro donde se relata la vida de mis compañeras, de nosotras, de lo que es el trabajo sexual". Del taller Sandra recuerda con orgullo las entrevistas a sus compañeras nicaragüenses y hondureñas que trabajan en Tapachula, Chiapas. "Las personas que entrevistamos nos brindaron su confianza. Nos contaron su realidad, cómo son extorsionadas, que a veces no sólo son explotadas por los dueños de los bares, como dicen en las noticias, sino también por las autoridades. Aprendí que en la frontera sur de México las obligan y les cobran por hacerse un estudio mensual, cuando se supone que eso es gratis, y viven con el miedo a la deportación".

Sin duda, la entrevista que más le impactó fue la de Xóchitl, "saber todo lo que sufrió me dio mucha rabia, coraje, tristeza. Su propio padre la vendió a los 12 años por una vaca y un dinerito y unos bultos de mazorcas. Después fue violada por su cuñado, su madre no le creyó y tuvo que salir huyendo porque la acusaron de que ella lo incitó. Luego fue engañada por una señora que la trajo a la Ciudad de México y que le dijo que la va a ayudar a trabajar". Esa historia, dice Sandra, le dejó claro que cada persona llega al trabajo sexual por diferentes causas y de diferentes maneras. "Por eso quiero que se sepa la verdad, quiero que la gente vea la realidad. El trabajo sexual no es prostitución, no es sexoservicio, no es trata de personas, es un trabajo. Eso es lo que quiero que la gente vea y que tenga conciencia de la diferencia de cada nombre que se le da".

De la actividad periodística le gusta a Sandra "hacer las entrevistas, la redacción de esa entrevista





y la edición". Ha publicado en el portal de la Brigada Callejera y por eso, dice, "soy muy feliz".

Un día normal en la calle empieza para Sandra entre las siete y siete media de la noche. "Lo primero que hago es saludar a mis compañeras, reírnos, porque nos divertimos mucho en el trabajo. Tomo mi lugar, me empiezan a preguntar los clientes. De 30 que me preguntan, nada más me llevan dos o tres. A veces los clientes nada más pasan por el morbo de preguntar. Yo los abordo con mucho respeto porque es lo mismo que pido de ellos. Aunque esté parada en una esquina, merezco el respeto de la gente que pasa, de los clientes, de todos".

Ya en el hotel, "lo primero que hago es lavarme las manos, pedirles a ellos que se aseen sus genitales y el uso del preservativo". En dos décadas de talonear nunca ha tenido una enfermedad de transmisión sexual, pues "no falta el cliente que me pida relaciones sin preservativo, pero no lo hago porque otra de las actividades que hacemos en Brigada Callejera es hablar de la salud sexual".

Sandra se retira de su esquina a medianoche. "Me voy a mi casa, ceno, me baño y todo normal. No bebo, no fumo, no me gusta ya la vida nocturna. De mi trabajo a mi casa. Así son mis días normales".

El taller de periodismo Aquiles Baeza, dice Sandra, le cambió la vida y la perspectiva. "Ahora, como periodista, tengo un enfoque diferente para ver las situaciones. Puedo ir en una marcha para exigir derechos para nosotras, pero si hay agresión por parte de las autoridades, ya sé cómo tomar una fotografía, hacer una nota, tomar un video para que salga y la gente vea cómo son las cosas, en lugar de que yo vaya y me meta a la bronca. Para mí es mejor ser periodista y dar la nota que meterme en el pleito".



SOLEDAD

María Soledad Sánchez Toledo tiene 57 años y, como ella dice, sigue "vivita y coleando". Lo que no es poco en este oficio. Chole, como le dicen sus amigas, llegó al trabajo sexual porque un padrote se robó a su hija de 14 años, fue con las autoridades a denunciar y nadie le hizo caso. Entonces tomó la decisión de hacer su propia investigación y para eso se introdujo al trabajo sexual. Pisó los lugares más inverosímiles en compañía de dos malandrines que contrató. "Pensé: ella es mi hija y tengo que ir a rescatarla.". Recorrió bares y cantinas como trabajadora sexual para obtener información, pues sólo así le permitían el paso. Seis meses después la recuperó.

Su búsqueda la llevó al programa de televisión "A quien corresponda", dirigido por Jorge Garralda, a donde llegó el jueves 31 de noviembre del 2000; lo recuerda bien porque al día siguiente tomaba posesión Vicente Fox como presidente. Garralda le preguntó si quería mandar un mensaje al secuestrador de su hija. Le dijo que ya sabían quién era y dónde estaba y que "si no me la entregaba, se moría". Soledad estaba amenzando al Caifán, uno de los padrotes más temidos de la zona de La Merced.

Soledad empezó a "ocuparse" en un hotel del centro de la Ciudad de México, donde recolectaba información sobre el paradero de su hija. Le preguntaba a sus compañeras, a los clientes, a las afanadoras. Un día le dijeron que la habían visto en unos bares entre Toluca y la Ciudad de México. Se trasladó, le dijeron que sí había estado ahí, pero que justo esa mañana se la habían llevado. En una ocasión, los malandrines que contrató "me pusieron una camisota tamaño elefante, me vendaron mis ojitos y hasta llegué a pensar que me matarían. Me pidieron que me acostara en el piso de la parte de atrás del carro para que no me vieran y que yo no supiera a dónde íbamos. Si mi hija estaba en ese lugar al que nos dirigíamos, serían diez mil pesos por cada uno. El dinero ya estaba en la cuenta, sólo era encontrarla y rescatarla. Llevaban armas de fuego, claro".

Soledad y sus malandrines llegaron "a un terreno grande, con muchos callejones, cuartuchos, (donde había) niñas y jovencitas, pero yo no podía identificar dónde era. Hasta el día de hoy no sé dónde queda ese lugar". Soledad se quitó la venda de los ojos y sus acompañantes le pidieron que buscara a su hija y que si la veía sólo les indicara quién era. "Me dijeron que si había plomazos, nosotras sólo nos agacháramos y nos cubriéramos la una a la otra. Pero no la encontré ahí".

"En noviembre de ese año, unas mujeres fueron a decirme que si no retiraba la denuncia contra el Caifán, me iban a mandar a mi hija en pedaci-

tos. Pensé que no me importaba que me la mandaran en pedacitos, pero que se la iba a quitar, no se la iba a dejar", recuerda Soledad.

El domingo 3 de diciembre, luego de la denuncia televisiva, "alguien" le fue a decir dónde estaba su chamaca y fue por ella. "Había madrotas ahí, un padrote armado y puras chavitas de entre 13 y 14 años vestidas como prostitutas. Yo a mi hija ni la reconocí, pero había una que se puso nerviosa y tenía una cicatriz muy especial en la cara que sólo yo sé. En seis meses, ya no la conocía, me la habían cambiado".

Soledad corrió a abrazar a su hija, quien entró en crisis nerviosa y le gritó: "¡mamita, nos van a matar!". Con temple le respondió que no, que si a alguien iban a matar sería a ella. "Le dije que se quitara las zapatillas y se echara a correr al metro Zócalo, que no se detuviera y que llegara con su hermana a Iztapalapa. Le dije que no volteara, que mirara para adelante. Nos fuimos corriendo a todo lo que dábamos. Pensé que nos mataban o me mataban. Pero no lo hicieron. Pienso que sirvió que yo dije a Garralda quién era y ya estaba registrado si algo nos pasaba".

Soledad rescató a su hija pero no volvió a ser la misma. Perdió el trabajo que tenía antes del secuestro y no tenía nada más que la posibilidad de seguir en las calles. "Quería que mis hijos tuvieran algo de tranquilidad. Mi otra hija quería ser médico forense y tuvo que interrumpir sus estudios para ponerse a trabajar y ayudarme. Ella pensó que sus estudios la esperaban, pero la vida de su hermana no".

Nunca más volvió la tranquilidad para Soledad y su familia. Hasta Naucalpan, donde vivía, llegó el Caifán. "Mi hija despertaba en la noche llorando, preguntando si venían por ella, si se la iban a llevar. Le dije que si él se atrevía a entrar, yo lo mataba, que no se preocupara", pero un día, cuando la joven regresaba de ir por las tortillas, le comunicó a su mamá que él estaba afuera y quería llevársela. "Corrió y se metió abajo de la cama. Era un pánico tan grande... Le grité que tenía agua caliente y que si entraba le quemaríamos la jeta. Pero se fue, yo creo que la pensó".

Un día se encuentra con Elvira Madrid, de Brigada Callejera, quien la pone en contacto con la Procuraduría General de la República (PGR) para que de una vez por todas lo pusieran tras las rejas. "Colaboré y su organización criminal quedó diezmada". Una mujer con apenas la primaria terminada había logrado lo que la policía no había podido o querido.

Soledad siguió su camino en el trabajo sexual, pero como no es "ratón de un solo agujero", empezó a estudiar la secundaria. Y también quiere la prepa. Sueña con ser criminóloga forense, "no para ejercerlo, pero me quiero poner esa piel encima. Por qué no".

Me queda la piel de periodista

La invitación al taller de periodismo Aquiles Baeza le llegó también por Elvira. "Le dije que por qué no me invitaba, que yo quería conocer". El periodismo, dice Soledad, es "decir la verdad, no importa que sea del presidente". Sobre el trabajo sexual, considera que "el pueblo debe saber muchas cosas, por ejemplo sobre los asesinatos o la trata". La desaparición de jovencitas en este trabajo, dice, es alarmante y nadie sabe



o quiere saber nada. "Muchas de las jovencitas que estaban en un hotel que expropiaron aquí en la ciudad se fueron sin dejar rastro. Algunos dicen: '¡ah! seguro se fueron de locas' o que les encantaba un cabrón, pero no, muchas son engañadas, forzadas. Por eso digo que el periodista en el trabajo sexual debe de decir la verdad. Si a alguna le gusta el trabajo sexual, pues a toda madre. Y si a otra la forzaron, pues lo dices".

Soledad no lo duda. Se trata, dice, de "denunciar todo esto". Y en el "esto" incluye la trata, la extorsión, la violencia, la desparición, el secuestro, los asesinatos, las redes de la mafia y un largo etcétera que se vive a diario en las calles.

"Me queda la piel del periodista", dice Soledad con esa sonrisa de mazorca. Quiere con este oficio "dignificar el trabajo de las compañeras" y "ayudar a rescatar a las que están contra su voluntad".

No fueron pocas las veces que Soledad asistió al taller con su nieta de la mano. Hija de su hija rescatada, la niña jugaba o dibujaba mientras Soledad atendía la clase. La niña ha crecido en el ambiente, sabe de qué se trata, como la gran mayoría de los familiares de quienes han hecho de la esquina y el hotel su lugar de trabajo.

"En el taller aprendí que se tiene que ser valiente, porque no es fácil dar una nota. Una nota de lo que sucede con la trata, de la pornografía infantil y de tantas cosas... Tiene una que ser valiente, saber exactamente qué quieres darle a conocer al pueblo. Muchas personas no saben qué es la trata, cuántas niñas desaparecen, no saben el fondo de la realidad. Aquí he aprendido que se necesita tener valor. No sé si a mí me sobre, pero aquí ando".




NO
ORGANIZATE

Soledad dice que "relativamente" sabe hacer una nota periodística. Advierte que la escritura no es su fuerte y que "ha llegado a redactar bien dos o tres cositas", y por eso sigue aprendiendo. Poco a poco ha ido dejando el trabajo sexual, pues ahora tambien recolecta, vende y compra desechos reciclables. "Quiero ver si este año puedo poner mi recicladora para darme más tiempo para mi prepa, mi periodismo y entrar a la escuela que quiero", dice.

Soledad es libre. "Lo que yo quiero, voy y lo hago". Y lo que quiere es que el trabajo sexual sea reconocido, que haya prestaciones de ley "porque al final es un trabajo como todos". También es mujer de causas y ponerse "esa piel de activista". Platica con las chavas sobre la trata y cómo prevenirla:

"Tengo tres hijos: la grande de 35, el chamaco de 32 y la que fue víctima de 31. Soy abuela, mi nieta cumple años el 14 en junio. Me siento completa. Ya fui hija, madre, hermana, abuela. Le gané al cáncer, a la Marina, acabé con una red de trata importante y peligrosa. Me siento completa, aunque me falta la piel de forense y de periodista.

Yo crecí en un pueblo donde toda la gente era moralista, y los que más despreciaban a las compañeras en el trabajo sexual eran los más pervertidos. Les diría que revisaran su interior para ver si no tienen cola que les pisen antes de juzgar. Conocí a una señora muy acá, Margarita, la hermana de López Portillo. Pero ahí andaban los hombres en su casa teniendo sexo y dejándole dinero. Será una nalga fina, pero era una empleada sexual. No pueden juzgar, discriminar ni despreciar, porque no saben cuál fue su historia.

Con lo que yo viví con mi hija, quiero decirles a las madres, porque son muchas jovencitas desaparecidas, que busquen a sus hijas, porque las van a encontrar. Y rescátenlas, porque la ley no lo va a hacer".








1
El implante mide 4cm
de largo y 2 mm de diametro.


ES y TUBÉRCULOS
es son: maíz, trigo, arroz, avena, cebada y centeno
pleados son la papa, el camote y la yuca.
s de almidón.
Frutas y Verduras

Otras publicaciones de Brigada Callejera

Pliego petitorio de la Red Mexicana de Trabajo Sexual: 20 años de movilización contra el VIH, SIDA, el silencio, la trata de personas y la discriminación. Material de discusión. Elvira Madrid Romero, Jaime Montejo y Rosa Icela Madrid de Brigada Callejera de Apoyo a la Mujer "Elisa Martínez A.C., México, 2017.

Observatorio laboral del trabajo sexual en México de 2005 a 2015. Diez años de acciones. Elvira Madrid Romero, Jaime Montejo y Rosa Icela Madrid de Brigada Callejera de Apoyo a la Mujer "Elisa Martínez" A.C. México, 2016.

Cuadernos de discusión para el seminario itinerante sobre trabajo sexual en México "Francisco Gómezjara". Elvira Madrid Romero, Jaime Montejo y Rosa Icela Madrid de Brigada Callejera de Apoyo a la Mujer "Elisa Martínez" A.C., México, 2016.

Guía de seguridad contra la trata de personas y otros delitos. Elvira Madrid Romero, Jaime Montejo y Rosa Icela Madrid de Brigada Callejera de Apoyo a la Mujer "Elisa Martínez" A.C., México, 2016.

Hacia una mayor rendición de cuentas/ responsabilidad; monitoreo participativo en iniciativas contra la trata de personas. Informe regional latinoamericano, coordinado por el Secretariado Internacional de la Alianza Global Contra la Trata de Mujeres (The Global Alliance Against Traffic of Women, GAATW), en el que participa Brigada Callejera de Apoyo a la Mujer Elisa Martínez, A. C.

Hacia una mayor rendición de cuentas. Hablan sobrevivientes de trata con fines sexuales: Informe ampliado de México. Brigada Callejera de Apoyo a la Mujer "Elisa Martínez", A.C., que inicia como un proyecto de investigación de la Alianza Global Contra la Trata de Mujeres (Global Alliance Against Traffic in Women, GAATW).

Guía operativa de la campaña: "La trata de personas no es cuento. disfruta, aprende y actúa". Cómics contra la trata. Elvira Madrid Romero, Jaime Montejo y Rosa Icela Madrid de Brigada Callejera de Apoyo a la Mujer "Elisa Martínez" A.C. México, 2014.

Auto-protección ante la trata de personas. Elvira Madrid Romero, Jaime Montejo y Rosa Icela Madrid de Brigada Callejera de Apoyo a la Mujer "Elisa Martínez" A.C. México, 2015.

ABC de la trata de personas. Elvira Madrid Romero, Jaime Montejo y Rosa Icela Madrid de Brigada Callejera de Apoyo a la Mujer "Elisa Martínez" A.C. México, 2014.

Reflexiones básicas sobre trata de personas, para la movilización comunitaria de trabajadoras sexuales ante todo tipo de explotación. Elvira Madrid Romero, Jaime Montejo y Rosa Icela Madrid de Brigada Callejera de Apoyo a la Mujer "Elisa Martínez" A.C. México, 2012.

La prevención del VIH/SIDA como práctica de la libertad entre trabajadoras/es sexuales. Modelo educativo para promotoras de salud. Elvira Madrid Romero, Jaime Montejo y Rosa

Icela Madrid de Brigada Callejera de Apoyo a la Mujer "Elisa Martínez" A.C. México, 2004.

Otras publicaciones de Desinformémonos Ediciones

Manual de periodismo de abajo. Gloria Muñoz Ramírez. Desinformémonos Ediciones. México, 2015

Trópico de la libertad. Hermann Bellinghausen, Desinformémonos Ediciones. México, 2014.

Rebeldes Solitarios. El magonismo entre los pueblos mixtecos. Francisco López Bárcenas. Desinformémonos Ediciones. México, 2013.

Félix Serdán Nájera. Memorias de un guerrillero jaramillista. Ricardo Montejano. Desinformémonos Ediciones. México, 2012

Créditos de fotos por página

Página 18 Luis Jorge Gallegos
Página 31 Ricardo Ramírez Arriola
Página 37 Elsa Medina
Página 51 Elsa Medina
Página 54 y 55 Ricardo Ramírez Arriola
Página 71 Luis Jorge Gallegos
Página 76 y 77 Iván Castaneira
Página 81 Luis Jorge Gallegos
Página 87 Luis Jorge Gallegos
Página 91 Elsa Medina
Página 103 Ricardo Ramírez Arriola
Página 120 Elsa Medina
Página 125 Ricardo Guerrero
Página 131 Iván Castaneira
Página 136 Ricardo Ramírez Arriola
Página 141 Luis Jorge Gallegos
Página 147 Elsa Medina
Página 151 Iván Castaneira
Página 152 y 153 Iván Castaneira
Página 154 Ricardo Ramírez Arriola
Página 158 Elsa Medina
Página 160 y 161 Elsa Medina
Página 167 Iván Castaneira
Página 169. Iván Castaneira
Página 173 Ricardo Guerrero
Página 175 Ricardo Guerrero
Página 177 Ricardo Guerrero
Página 181 Ricardo Ramírez Arriola
Página 182 y 183 Ricardo Ramírez Arriola
Página 185 Ricardo Ramírez Arriola
Página 189 Luis Jorge Gallegos
Páginas 190 y 191 Luis Jorge Gallegos
Página 193 Luis Jorge Gallegos
Páginas 194 y 195 Ricardo Ramírez Arriola

GRACIAS

El colectivo Brigada Callejera tiene un agradecimiento especial para las trabajadoras sexuales que inspiran nuestra lucha contra la discriminación que padecen todos los días. Gracias a todas ellas por no sentirse culpables de laborar en contra de la moral y por no dejarse rescatar de sus propias decisiones. No son todas, pero sÍ muchas.

Gracias también a las trabajadoras sexuales y sobrevivientes de trata de personas que participaron en el Taller de Periodismo Aquiles Baeza, aportando sus historias llenas de dolor y de conquistas personales.

Un agradecimiento más a las trabajadoras sexuales mujeres y trans que participaron en el taller como periodistas y dejaron su huella en estos años de reflexión, escritura, recesos y silencios. Sin participantes como ellas hubiera sido imposible retratar el diario acontecer del trabajo sexual en primera persona.

Este libro tampoco hubiera sido posible sin el acompañamiento en las imágenes de Elsa, Luis Jorge, Ricardo R, Iván, Ricardo G, Elpida y Rodrigo, quienes caminaron con nosotras con respeto y alegría. Gracias también a Mireya, porque supo vernos en el diseño.

Finalmente, un agradecimiento muy emotivo al equipo de *Desinformémonos*, y en particular a la maestra Gloria Muñoz Ramírez, guerrera inquebrantable que levanta la espada de su palabra por las mejores causas de México y el mundo. A ella nuestro respeto. Un honor de caminar a su lado.

Caminando preguntamos.

Brigada Callejera de Apoyo a la Mujer "Elisa Martínez" A.C.

COLOFÓN